

Soy, del Rev.º P.r Francisco Fernandez, Español, del Ord.n de Predicadores





NUEVA CYROPEDIA,

Ó

VIAGES DE CYRO EL JÓVEN,

CON UN DISCURSO

SOBRE LA MITOLOGÍA DE LOS ANTIGUOS:

ESCRITA EN INGLES

POR MR. ANDRES RAMSAY,

Y TRADUCIDA

POR D. JUAN QUINTANO,

OFICIAL DE LA SECRETARIA DE ESTADO, Y DEL DESPACHO UNIVERSAL DE HACIENDA DE ESPAÑA.

TOMO I.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1805.

AL EXCMO. SEÑOR

D. MIGUEL CAYETANO SOLER,

CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE ESTADO, SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO UNIVERSAL DE HACIENDA DE ESPAÑA E INDIAS, SUPERINTENDENTE GENERAL DE ELLA, DE AZOGUES, Y DE LAS CASAS DE MONEDA DE ESTOS Y AQUELLOS DOMINIOS, Y PRESIDENTE DE LA JUNTA GENERAL DE COMERCIO, MONEDA Y MINAS.

EXCMO. SEÑOR.

La oportunidad de poder tributar á V. E., sin riesgo de lisonjas, una prueba pública de mi gratitud, me

mueve á estampar al frente de mi traduccion de los Viages de Cyro, escritos en Ingles por Mr. Ramsay, el respetable nombre de V. E., á quien aseguro de nuevo que las singulares honras que, solo por la bondad de V. E., me ha dispensado el Rey nuestro Señor agraciándome con mi actual destino, estarán eternamente grabadas en mi corazon, y que el tierno y fiel amor que V. E. profesa al Real servicio y á los Augustos Soberanos, será siempre el mas seguro exemplo para mi imitacion.

EXCMO. SEÑOR.

Juan Quintano.

SUMARIO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

PREFACIO DEL AUTOR.

No habiendo dicho nada Xenofonte en su Cyropedia de lo que acaeció desde el año 16 hasta el 40 de Cyro, me he tomado la libertad de llenar este espacio haciéndole viajar. La relacion de estos viages me da oportunidad de describir la Religion, las Costumbres y la Política de los diferentes paises por donde pasó, é igualmente las grandes revoluciones que aconteciéron en tiempo de este Héroe en Egipto, en Grecia, en Tiro y en Babilonia.

El Discurso que está al fin de la obra manifiesta que nada he referido sobre la Religion de los antiguos que no esté autorizado con pasages expresos, no solo de sus Poetas, sino tambien de sus Filósofos.

Me he ceñido, quanto me ha sido posible, á la mas exâcta cronología. Mr. Freret, eminente Individuo de la Academia de Inscripciones de Paris, me ha escrito sobre esta materia

una carta, que no puedo, sin injusticia, dexar de publicar y remitir á ella al Lector. En ella trata el asunto con la brevedad y claridad que jamas podia yo esperar.

Me he tomado la libertad de mezclar en mis episodios históricos la descripcion de ciertos sitios y caractéres, para hacer mas instructiva é interesante mi narracion.

El estilo de esta obra mas es de Historiador que de Poeta. Yo no soy capaz de comunicar las bellezas de la Poesía antigua á un lenguage moderno, como lo ha hecho el Autor del Telémaco, á quien con dificultad podrá alguno igualar. El modelo es muy perfecto para ser imitado.

EL TRADUCTOR AL LECTOR.

Saben muy bien los inteligentes en lenguas quan dificil es expresar en una traduccion los pensamientos del original, y lo mucho que se altera el sentido de este quando aquella se hace de otro idioma diverso del primero en que se ha escrito la obra. Esto mismo sucede en la version de la nueva Cyropedia que Don Francisco Savíla hizo del Frances en el año 1732. Cotejada esta con el original Ingles, no solo se hallan algunas cláusulas que faltan en aquella, y otras que no estan en este, sino tambien párrafos enteros, nada conformes entre sí, ni en lo literal, ni en el sentido. Tales son los siguientes; los quales para que te convenzas por tí mismo me ha parecido conveniente poner aquí

Tomo 1, página 95 de impresion Castellana hecha en la Imprenta Real en 1799.

Despues de haber hecho admirar todas estas maravillas, Zoroastres se elevó luego hasta los astros [para explicar de qué suerte vagan todos en un fluido invisible y puro.

La materia, dixo, es no solo divisible al infinito, si que se divide incesantemente por la accion continua del primer motor: así se forman en los espacios inmensos fluidos innumerables, cuya rapidez, curso y sutileza son infinitamente diferentes: se cruzan, se penetran y corren los unos en los otros como el ayre, el agua y la luz, sin turbarse ni confundirse jamas.

La accion de estos fluidos invi-

Tomo 1, página 95 de la impresion hecha en Ingles en la Imprenta Real en 1799.

After this Zoroaster rais'd the thoughts of Cyrus to the contemplation of the cœlestial bodies; [et explain'd to him the admirable proportions in their distances, magnitudes, et revolutions.

The first mover, said he, is not an immense restless matter, which takes all sorts of forms, by the necessary laws of a blind mechanism. It is the great Oromazes himself, whose essence is love; et who has impress'd this character upon all his creatures, animate et inanimate.

The laws of the material et visible

sibles es el resorte universal de todos los movimientos celestes y terrestres: hace circular las estrellas fixas sobre su centro al tiempo que hace rodar los planetas al rededor de estos astros; esta materia pura hace pasar hasta nuestros ojos, con una rapidez increible, la luz de los celestes cuerpos, como el ayre los sonidos; y sus temblores, mas ó ménos prontos, producen la agradable variedad de los colores, así como los del ayre forman los tonos armoniosos de la música.

En fin lo fluido de los licores, la consistencia de los sólidos, la pesadez, el resorte, la atraccion de los cuerpos, todo viene de la accion de esta materia etérea. La misma simple causa produce infinitos efectos, y aun contrarios, sin que estos innumerables movimientos se destruyan.

world resemble those of the invisible et intellectual. And as the first mover draws all spirits to himself, et by his almighty attraction unites them in different societies; so does he likewise continually act upon all bodies, give them a tendency towards each other, et there by range them with order into different systems. Hence it is, that the parts of matter cohere and form those vast globes of fire, the fix'd star, which are so many images of the great Oromazes, whose body is light, et whose soul is truth.

It is by the same attractive power, that the planets are retain'd in their orbits; et instead of shooting forward for ever in right lines, through the immense spaces, move eternally round those luminous centers, from which, as their great benefactors, they derive their light et heat.

Esta materia invisible no opera segun las leyes necesarias de una mecánica ciega: es el cuerpo del grande Oromaz, cuya alma es la verdad: siempre presente á su obra, da incesantemente á los cuerpos y á los espíritus todas sus formas y todos los movimientos. Los Griegos llaman á esta accion del primer motor la fuerza unitiva de la naturaleza, á causa de que une con su infinita atraccion todas las partes del universo. Nuestras ideas son las mismas, aunque nuestras expresiones sean diferentes.]

But not only the beauty et harmony of the great systems are owing to this principle of attraction, but likewise the cohesion et motion of the lesser bodies, whether solid or fluid. The same cause produces numberless, and even contrary effects, yet without any confusion in so infinite a variety of motions[1].]

A vista de esta evidencia juzga, pues, si será muy á propósito la indicada traduccion de Savíla, para que los que desean aprender la lengua Inglesa se sirvan de ella en la version de la Cyropedia escrita en este idioma.

Es verdad que Savíla no es culpable de estos defectos. El traduxo la version que del Ingles hi-

---

[1] NOTA. *Véase mi traduccion desde el párrafo* Zoroastro elevó (pág. 93), *hasta el párrafo* Si nos sorprehendemos.

zo en Francés su mismo Autor Ramsay, quien en el original siguió el sistema de Newton, y en la traduccion el de Descartes.

Finalmente, amado Lector, mi principal objeto ha sido proporcionarte una version mas conforme con el original Ingles que la de Don Francisco Savíla. En consideracion de esto espero que censures con moderacion los defectos que encontrases en la mia; y te suplico, que en lugar de emplear el tiempo en satirizarla, te ocupes en dar á luz otra que merezca el aprecio de los Sabios.

VIAGES
DE CYRO EL JÓVEN.

LIBRO PRIMERO.

El Imperio Asyrio, que por muchos siglos habia estado extendido en toda Asia, fué al fin desmembrado luego que murió Sardanápalo [1]. Arbaces, Gobernador de la Media, hizo liga con Belesis, Gobernador de Babilonia, para destronar á este afeminado Monarca. Sitiáronle en su capital, donde el desgraciado Emperador, para evitar el ser hecho prisionero é impedir que sus enemigos se hiciesen dueños de sus inmensas riquezas, puso fuego á su palacio, se arrojó á las llamas, y pereció con todos sus tesoros. Nino, su verdadero heredero, le sucedió en el trono y reyno en Nínive.

1 Diod. Sicul. *lib.* 2. Athen. *lib.* 12. Herod. *lib.* 1. Just. *lib.* 1. *cap.* 3.

Pero Arbaces se apoderó de la Media y todas sus dependencias, y Belisis de la Caldea y sus inmediaciones [1]. Así fué dividido el antiguo Imperio en tres Monarquías, cuyas capitales fuéron Nínive, Ecbactana y Babilonia.

Los sucesores de Arbaces hiciéron considerables conquistas, y obligáron poco á poco á que les pagasen tributos otras muchas provincias y naciones, especialmente la Persia.

Tal era la situacion del Asia quando nació Cyro. Su padre Cambyses era Rey de Persia, y su madre Mandane hija de Astyages, Emperador de la Media [2].

Fué educado desde sus tiernos años segun la antigua costumbre de Persia, donde la juventud se acostumbraba á los trabajos y fatigas. La caza y la guerra eran sus únicos exercicios; pero confiando de-

1 Esto sucedió muchos años ántes de la fundacion de Roma, y de la institucion de las Olimpiadas. Acaeció en tiempo de Aryfron IX, Arconte perpetuo de Atenas, y cerca de 900 años ántes de la era cristiana.

2 Xenof. Cyrop. *lib.* I.

masiado en su natural valor olvidaba la disciplina militar.

Aun eran los Persas rústicos, pero virtuosos. No estaban versados en las artes y ciencias, que pulen los ingenios y las costumbres; pero poseían con perfeccion la sublime ciencia de contentarse con la simple naturaleza, de despreciar la muerte por amor de su patria, y huir de todos los placeres, que enervan el alma y debilitan el cuerpo.

Los jóvenes eran enseñados en escuelas públicas, donde se instruian desde luego en el conocimiento de las leyes, se acostumbraban á oir la relacion de los pleytos, dar sentencias, y hacerse mutuamente justicia. De este modo descubrian su disposicion, talento y capacidad para los empleos en una edad mas madura.

Sus maestros procuraban inspirarles todas las virtudes, principalmente la verdad y la bondad, la sobriedad y la obediencia. Las dos primeras nos hacen semejantes á los Dioses: las dos últimas son necesarias para la conservacion del buen órden [1].

1 Xenoph. Cyrop. *lib.* 1.

El principal designio de las leyes de la antigua Persia se dirigia á evitar la corrupcion del corazon. Por esta causa los Persas castigaban con rigor la ingratitud; vicio contra quien las leyes de otras naciones no han provisto ningun remedio. El que era capaz de olvidar un beneficio, ó de dexar de hacer algun bien quando podia, era mirado como enemigo de la sociedad.

Cyro fué criado segun estas sabias máxîmas, y aunque era imposible el ocultarle su esfera y estado, sin embargo, se le trataba como á los demas compañeros, y con la misma severidad que si no hubiese nacido para reynar. Se le enseñó á practicar una exâcta obediencia, para que pudiese despues saber mandar.

Quando llegó á la edad de catorce años Astyages deseó ansiosamente verle. Mandane no pudo dexar de complacerle; pero sentia aun el pensar de verse obligada á llevar á su hijo á la corte de Ecbactana.

Los valerosos Reyes de Media continuáron extendiendo sus conquistas por espacio de trescientos años. Estas engen-

dráron el luxo, el qual siempre es mensagero de la ruina de los Imperios. El valor, las conquistas, el fausto y la anarquía son el fatal círculo que forma los diferentes períodos de la vida política en casi todos los Estados. La corte de Ecbactana estaba entónces muy brillante; pero su esplendor nada tenia de sólido.

Pasábanse los dias en bagatelas ó lisonjas. Ya no se estimaba el amor de la gloria, la exâcta probidad, ni el honor severo. Los sólidos conocimientos eran mirados como contrarios al buen gusto: los chistes agradables y frívolos, los agudos pensamientos y repentinas vivezas de la imaginacion eran la única especie de ingenio que admiraban los Ecbactanos. No les agradaba ninguna clase de escritos mas que los que contenian ficciones de mero entretenimiento, y una infinita sucesion de acontecimientos que sorprehenden con su variedad, sin instruir el entendimiento ni ennoblecer el corazon.

El amor no tenia finura. Solo les encantaba el ciego deleyte. Las mugeres se creian despreciadas quando no eran combatidas

con solicitudes engañosas. La nueva doctrina difundida en todas partes por los Magos, quienes decian que el placer es el primer impulso del corazon del hombre, contribuyó mucho á aumentar esta corrupcion de alma, costumbres y opiniones. Cada uno era libre en poner su gusto segun le parecia; cuya máxîma autorizaba la virtud ó el vicio como la pasion, el capricho ó el temperamento le sugeria.

Sin embargo, esta depravacion no era muy universal en Media, como lo fué despues en los reynados de Artaxerxes y Darío Codomano. La corrupcion nace en las cortes, y se extiende sucesivamente por todas las demas partes del Estado. Todavía se conservaba con exâctitud la disciplina militar. Aun habia en las provincias muchos valientes soldados, que no estando infectados con el corrompido ayre de Ecbactana, tenian en su corazon todas las virtudes que floreciéron en los reynados de Deyóces y de Fraortes.

Mandane conocia muy bien todos los riesgos á que expondria al jóven Cyro lle-

vándole á una corte en donde las costumbres eran tan diferentes de las de los Persas; pero la voluntad de Cambyses, y las órdenes de Astyages la obligáron á emprender este viage.

Púsose en camino acompañada de una escolta de la jóven nobleza de Persia, mandada por Hystaspes, á quien se habia encargado la educacion de Cyro. Iba en un carro con su hijo, el qual se vió por primera vez distinguido de sus compañeros.

Mandane era una Princesa de virtud no comun: tenia un espíritu culto é instruido, y un ingenio muy superior á su sexô. Durante el viage se ocupaba en inspirar á Cyro amor á la virtud, entreteniéndole con fábulas, segun costumbre de los orientales. No se logra la atencion de los niños con elevados y refinados discursos, sino con imágenes agradables y familiares. Para hacerles amable la verdad, es menester manifestarsela con pinturas bellas y sensibles.

Mandane habia observado que Cyro estaba ordinariamente lleno de presuncion,

y que daba señas de empezar á nacer en él una vanidad, que pudiera obscurecer algun dia sus bellas prendas; por lo qual procuraba hacerle conocer la fealdad de este vicio refiriéndole la fábula de Soranes, Príncipe del antiguo Imperio de Asiria, la que se asemeja á la historia del Griego Narciso, quien pereció por el loco amor de sí mismo. De este modo castigan los Dioses: nos abandonan á nuestras propias pasiones, é inmediatamente somos infelices.

Pintóle despues la hermosura de aquellas nobles virtudes, que guian al heroismo por el generoso olvido de sí mismo. Le contó la fábula del primer Hermes, divino niño, que era hermoso sin saberlo, tenia entendimiento sin que así lo creyese, y no conocia sus propias virtudes, porque ignoraba que hubiese vicios.

De este modo instruia Mandane á su hijo durante el viage: una fábula daba orígen á otra. Las preguntas del Príncipe suministraban á la Reyna nueva materia para divertirle, y oportunidad para ense-

ñarle el sentido de las ficciones Egipcias, las quales se habian extendido rápidamente en el oriente desde las conquistas de Sesostris.

Pasando un dia por una montaña consagrada al grande Oromazes [1], Mandane paró su carro, se apeó y se acercó al sagrado lugar. Era dia de una solemne fiesta. El sumo Sacerdote estaba ya preparando la víctima coronada de flores. De repente se inflamó de un espíritu divino, é interrumpiendo el silencio y la solemnidad del sacrificio, exclamó con admiracion. Veo elevarse un jóven laurel, que bien pronto extenderá sus ramas por todo el oriente. Los pueblos vendrán de tropel á juntarse baxo su sombra. En este mismo instante salió de la hoguera una centella y dió varias vueltas al rededor de la cabeza de Cyro.

Mandane hizo profundas reflexîones sobre este suceso; y despues de haber vuelto á subir al carro, dixo á su hijo: los Dio-

1 El gran Dios de los Persas. Véase el Discurso que está al fin de esta obra.

ses envian algunas veces estos vaticinios para animar á las almas heroycas. Estos son presagios de lo que puede suceder; mas no predicciones ciertas de lo futuro, que siempre dependerá forzosamente de tu virtud.

Habiendo llegado á las fronteras de Media Astyages salió á recibirlos con toda su corte. Era un Príncipe muy benéfico y humano; pero su bondad natural le hacia de ordinario demasiado condescendiente, y su propension á los placeres habia introducido en los Medas el gusto de pompa y afeminacion [1].

Cyro, poco despues de su llegada á la corte de Ecbactana, dió pruebas de espíritu é ingenio muy superior á su edad. Astyages le hizo diversas preguntas concernientes á las costumbres, á las leyes y á los modos de educar la juventud entre los Persas. Se maravilló de las vivas y nobles respuestas de su nieto. Toda la corte admiró las brillantes prendas de Cyro. Empezó este á envanecerse con las alabanzas:

1 Xenof. Cyrop. *lib.* 1. Herod. *lib.* 2.

una oculta presuncion se difundió en su corazon: hablaba algo mas de lo regular; y no oía bastante á los demas: decidia con ayre de suficiencia, y se manifestaba apasionado de lo ingenioso.

Mandane, para remediar esta falta, procuró ponerle delante de su propio retrato, refiriéndole ciertos pasages históricos; y continuó educándole con el mismo plan que habia empezado. Contóle de este modo la historia de Logis y Sigéo.

Hijo mio, era antiguamente costumbre de Tebas, en Beocia, elevar al trono, despues de la muerte del Rey, al hijo que tenia mejores prendas. Quando un Príncipe tiene buen entendimiento puede elegir ministros hábiles, servirse adequadamente de sus talentos, y mandar á los que han de gobernar baxo sus órdenes. Este es el principal secreto del arte de reynar.

Entre los hijos del Rey habia dos que manifestaban un ingenio sobresaliente. El mayor hablaba mucho. El menor era bastante taciturno. El Príncipe eloqüente, llamado Logis, se hacia admirar por la belleza

de su talento. El Príncipe silencioso, nombrado Sigéo, se ganó el amor de todos por la bondad de su corazon. El primero manifestaba claramente, aunque procuraba disimularlo, que solo hablaba para lucirse: el segundo oia gustosamente á otros, y miraba la conversacion como un género de comercio, en que cada uno debe poner alguna cosa propia. El uno hacia agradables los negocios mas difíciles é intrincados, manejándolos con una gracia singular: el otro aclaraba las materias mas obscuras reduciéndolo todo á simples principios. Logis misterioso, sin ser reservado, tenia una política artificiosa y llena de estratagemas. Sigéo, impenetrable sin ser falso, superaba todos los obstáculos con prudencia y ánimo, siguiendo constantemente los caminos mas nobles y justos.

Despues de la muerte del Rey se juntó el pueblo para elegir sucesor. Doce ancianos presidiéron la asamblea para recoger los votos de la multitud, que pocas veces dexa de ser arrastrada por preocupacion, por apariencias ó por pasion. Logis hizo

una larga pero bella oracion, en la que expuso todas las obligaciones de un Rey, para manifestar que el que tan bien las conocia podria ciertamente cumplirlas. Sigéo en pocas palabras les demostró los muchos riesgos á que está expuesto el poder supremo, y confesó que no deseaba exponerse á ellos. No es esto, añadió, querer yo huir de ningun trabajo para servir á mi patria, sino temer el no hallarme con las qualidades necesarias pára gobernar.

Los ancianos decidiéron á favor de Sigéo; pero los jóvenes y los de entendimiento superficial se inclináron al partido de Logis, y formáron poco á poco una revolucion, pretextando que se le habia hecho injusticia. Levantáronse tropas por una y otra parte. Sigéo propuso ceder su derecho á su hermano, para evitar que se derramase las sangre de sus ciudadanos; pero su exército no quiso consentirlo.

Los gefes de ámbos partidos, viendo las miserias que tan de cerca amenazaban al Estado, juzgáron conveniente preferir el menor mal, y propusiéron que reynasen

los dos hermanos alternativamente un año cada uno. Esta forma de gobierno tiene muchos inconvenientes; mas fué preferida á una guerra civil, la mayor de todas las calamidades.

Los dos hermanos aplaudiéron esta proposicion de paz, y Logis subió al trono. Mudó en poco tiempo todas las antiguas leyes del reyno. Siempre escuchaba los nuevos proyectos. Una viva imaginacion era suficiente para elevar á un hombre á los empleos mas altos. Lo que parecia excelente en la especulativa, no se podia executar sino con dificultad y confusion. Sus inexpertos ministros no conocian que las mutaciones precipitadas, por útiles que parezcan, siempre son peligrosas.

Las naciones vecinas se aprovecháron de la debilidad de este gobierno para invadir el Estado, y si no hubiese sido por la prudencia y valor de Sigéo todo se hubiera perdido, y el pueblo se hubiera visto precisado á someterse á un yugo extrangero. Despues que su hermano acabó el año de su reynado, subió al trono, ganó

la confianza y el amor de sus vasallos, restableció las antiguas leyes, y mas con su sabia conducta que con sus victorias echó al enemigo del pais.

Entónces se decidió en el supremo Consejo de los Ancianos que en lo sucesivo no se eligiese Rey al que diese mas pruebas de talento, sino de juicio mas sólido. Fuéron de opinion que el hablar con eloqüencia ó ser fértil en ideas no son qualidades tan esenciales para un buen Gobernador, como el recto conocimiento en elegir, y la constancia y el vigor en seguir los mejores y mas sabios consejos.

Cyro, que por lo regular confesaba sus faltas sin procurar excusarlas, oyó esta historia con atencion, comprehendió el designio de Mandane en referírsela, y resolvió corregir sus defectos.

No tardó en dar una prueba evidente de su talento y valor. Apénas habia cumplido diez y siete años quando Merodac, hijo de Nabucodonosor, Rey de Asiria, juntó algunas tropas, baxo pretexto de cazar, é hizo una invasion en Media. De-

xó su infantería en las fronteras, y marchando en persona con doce mil caballos hácia las primeras plazas fuertes pertenecientes á los Medas, acampó cerca de ellas, y desde allí enviaba todos los dias destacamentos para saquear y asolar el pais.

Astyages supo inmediatamente que el ènemigo habia entrado en sus dominios; y despues de haber dado las órdenes necesarias para juntar su exército, partió con su hijo Cyaxares y el jóven Cyro, seguido únicamente de algunos esquadrones levantados con precipitacion, los quales se componian de ocho mil caballos.

Luego que llegó cerca de las fronteras de su propio pais acampó en una colina, desde donde descubria la llanura que Merodac asolaba con sus destacamentos. Astyages mandó á dos Generales que fuesen á reconocer al enemigo. Cyro suplicó que se le dexase acompañarlos para informarse por sí mismo de la situacion del terreno, de los puestos ventajosos, y de las fuerzas del exército Asirio. Concluidas sus ob-

servaciones volvió é hizo una exâcta relacion de todo lo que habia visto.

Astyages juntó al dia siguiente un Consejo de Guerra para deliberar sobre los movimientos que debia hacer. La mayor parte de los Generales, temiendo alguna emboscada si dèxaban su campo, fuéron de parecer que se suspendiese toda accion hasta que llegasen nuevas tropas. Cyro, impaciente de pelear, oyó con disgusto sus discursos; pero guardó un profundo silencio, así por respeto del Emperador, como de tantos Gefes tan acreditados, hasta que al fin Astyages le mandó hablar. Entónces se levantó en medio de la asamblea, y con ayre noble y modesto dixo: ayer descubrí á la derecha del campo de los enemigos un gran bosque, el que acabo de reconocer. Ellos han despreciado este puesto, y nosotros podemos ocuparle enviando secretamente un destacamento por entre este valle, que está á nuestra izquierda. Yo mismo iré con Hystaspes, si el Emperador lo aprueba.

Calló, y púsose colorado temiendo haber

hablado demasiado. Todos admiráron su espíritu guerrero en tan tiernos años. Astyages, sorprehendido de un pensamiento tan juicioso, mandó inmediatamente que se siguiese su parecer y se dispusiesen para pelear.

Cyaxares marchó en derechura al enemigo, miéntras que Cyro acompañado de Hystaspes desfiló con un cuerpo de caballería sin ser descubierto, y se ocultó en el bosque.

El Príncipe de Media atacó á los Asirios dispersos en el llano. Merodac salió de su campo para sostenerlos. Astyages avanzó con el resto de sus tropas, á tiempo que Cyro sale del bosque, cae sobre el enemigo, y anima con su voz á los Medas, quienes le siguen con ardor. Cúbrese con su escudo, penetra por lo mas grueso de los esquadrones, y va derramando por todas partes el terror y la muerte. Los Asirios, viéndose atacados por todas partes, caen de ánimo y huyen desordenados.

Cyro, despues de la batalla, se enter-

neció mucho al ver el campo cubierto de cadáveres. Cuidó del mismo modo de los heridos Asirios que de los Medas, y dió las órdenes necesarias para su curacion. Soñ hombres, decia, como nosotros; desde que son vencidos dexan de ser enemigos.

El Emperador, habiendo tomado las precauciones oportunas para evitar semejantes irrupciones en lo venidero, regresó á Ecbactana. Vióse Mandane poco despues obligada á dexar la Media para volverse con Cambyses. Deseaba llevarse consigo á su hijo; pero Astyages se opuso á ello. ¿Por qué quieres, le dixo, privarme del placer de ver á Cyro? Él será el báculo de mi vejez. Ademas, aquí aprenderá la disciplina militar, la qual aun no es conocida en Persia. Por el amor que siempre te he tenido te ruego que no me niegues este consuelo.

Mandane no pudo asentir á esto sino con grande sentimiento. Temia dexar á su hijo en una corte que era el centro de la voluptuosidad. Estando sola con Cyro, hi-

jo mio, le dixo, Astyages quiere que permanezcas en su compañía: yo no puedo sin mucha repugnancia resolverme á dexarte. Temo que se manche la pureza de tus costumbres, y que te embriagues con las torpes pasiones. Los primeros pasos del vicio solo te parecerán inocentes entretenimientos, corteses diversiones admitidas por la política, y una libertad de que necesitas usar para agradar á las gentes. Poco á poco la virtud te parecerá un enemigo muy severo del placer y de la sociedad, y aun contrario á la naturaleza, porque se opone á tu inclinacion. En una palabra, quizá la mirarás como una materia de mera decencia, como un fantasma político, y una preocupacion popular, de que los hombres deben exîmirse quando pueden satisfacer en secreto sus pasiones. Así irás de paso en paso, hasta que cegado tu entendimiento extravie tu corazon, y te precipite en todo género de crímenes.

Dexad á Hystaspes conmigo, madre mia, respondió Cyro. El me enseñará á

evitar todos estos riesgos. Su virtud no es muy severa. Mucho tiempo ha que estoy acostumbrado á descubrirle mi corazon: no solamente es mi consejero, sino tambien confidente de mis fragilidades.

Hystaspes era un Capitan acreditado, que habia servido muchos años baxo el mando de Astyages en sus guerras contra los Escitas y el Rey de Lidia; y tenia todas las virtudes de los antiguos Persas, junto con la cortesanía de los Medas. Era gran político y gran filósofo; hombre hábil y desinteresado: habia llegado á los primeros empleos del Estado sin ambicion, y los poseía con modestia.

Mandane, persuadida de la virtud y capacidad de Hystaspes, como tambien de las ventajas que su hijo podria adquirir viviendo en una corte no ménos valerosa é instruida en el arte militar, que culta, obedeció á Astyages con ménos pesar. Poco despues emprendió su marcha; y Cyro la acompañó algunas millas. Al despedirse le abrazó con ternura. Hijo mio, le dixo, acuérdate que sola tu virtud puede hacer-

te felíz. El jóven Príncipe se deshizo en lágrimas, y nada pudo responderle. Esta fué la primera vez que se separó de ella. Siguióla con los ojos hasta que la perdió de vista, y despues se volvió á Ecbactana.

Cyro permaneció en esta corte voluptuosa sin pervertirse; pero no debió este beneficio ni á las precauciones de Mandane, ni á los consejos de Hystaspes, ni á su propia virtud, sino al amor.

Habia entónces en la corte de Ecbactana una jóven Princesa llamada Casandana, parienta de Cyro, é hija de Farnaspes, de la família de los Acheménides [1]. Su padre, que era uno de los principales Sátrapas de Persia, la habia enviado á la corte de Astyages para que fuese educada en ella; pero aunque habia adquírido la política mas fina, no tenia ninguno de sus defectos. Su ingenio era igual á su belleza, y su modestia realzaba los encantos de ámbos. Tenia una imaginacion viva mas juiciosa. Le era tan natural el pensar con rectitud, como el explicarse con gracia. Los chistes de que

1 Herod. lib. 1.

abundaba su amable y gustosa conversacion, eran sin estudio ni afectacion. Amaba á Cyro desde el primer instante que le vió; pero ocultaba tanto su pasion que ninguno se la advirtió.

El parentesco proporcionó á Cyro oportunidad de verla y hablarla con freqüencia. Su conversacion pulia las costumbres del jóven Príncipe, el qual adquirió insensiblemente una finura que hasta entónces no habia conocido.

Las gracias y las virtudes de esta Princesa excitáron poco á poco en su alma todos los impulsos de aquella noble pasion que ablanda los corazones de los héroes sin disminuir su valor, y coloca el principal encanto del amor en el gusto de amar. Los preceptos, las máxîmas y las severas lecciones, no siempre preservan el alma de las envenenadas flechas de la sensualidad. Quizá es pedir demasiado á la juventud el pretender que sea insensible. Muchas veces sucede que ninguna cosa mas que un amor justo puede servir de seguridad contra las peligrosas y criminales pasiones.

Casandana conoció el afecto de Cyro; pero no se dió por entendida. Cyro gozaba en su conversacion todos los placeres de la amistad mas pura, sin declararle su amor. Su juventud y su modestia le hacian tímido. No tardó en experimentar todas las inquietudes, todas las penas y todos los rezelos que provienen de tales pasiones por inocentes que sean. La hermosura de Casandana bien pronto le produxo un rival.

Cyaxares se enamoró de esta Princesa. Era casi de la misma edad que Cyro; pero de carácter muy diferente. Tenia entendimiento y valor, mas era de un genio altanero y fiero, y mostraba ya muy grande inclinacion á todos los vicios comunes en los jóvenes Príncipes.

Casandana solo podia amar la virtud, y su corazon habia ya hecho eleccion. Temia mas que la muerte una union con el Príncipe Meda, por mas que esta pudiese lisonjear su ambicion.

No conocia Cyaxares los delicados afectos del amor. Su alta gerarquía aumenta-

ba su altanería natural, y las costumbres de los Medas autorizaban su presuncion. Bien presto halló ocasion de manifestar á la Princesa su pasion sin rebozo ni ceremonia.

Conoció luego la indiferencia de Casandana; indagó la causa, y no tardó en averiguarla. Manifestábase alegre y franca con él en todas las diversiones públicas; pero con Cyro era mas reservada. El cuidado que tenia consigo misma le daba un ayre de cautela que no le era natural. Contestaba á los obsequios de Cyaxares con prontas y vivas agudezas; mas quando Cyro le hablaba apénas podia ocultar su confusion.

Cyaxares observó esta diversa conducta, y adivinó la causa; pero el jóven Cyro, ménos instruido en los secretos del amor, no interpretó la conducta de Casandana del mismo modo: imaginó que se regocijaba con la pasion de Cyaxares, y que sus ojos se deslumbraban con el resplandor de la corona de este Príncipe.

Cyro experimentaba alternativamente la incertidumbre y la esperanza, las penas

y los placeres de la pasion mas violenta. Su inquietud era muy grande para estar oculta mucho tiempo. Hystaspes lo advirtió, y sin saber el objeto de la inclinacion del Príncipe, le dixo.

De algun tiempo á esta parte observo que estais pensativo y distraido. Me parece que comprehendo la causa. Cyro, vos amais. No se puede vencer el amor sino quando nace. Despues que se ha arraygado y tomado posesion del corazon, los héroes mas grandes no pueden librarse de sus cadenas sin padecer las penas mas crueles, y las zozobras mas amargas. Tenemos un exemplo de esto en la historia de uno de vuestros ascendientes.

En el reynado de Cyaxares, hijo de Fraortes, se encendió una sangrienta guerra entre los Saquéos y los Medas. Su yerno Estriangéo, Príncipe el mas valeroso, galan y cabal de todo el oriente, mandaba las tropas de este Emperador, quien le habia dado por esposa á su hija Retéa, Princesa discreta, bella, y de un natural amable. Nada habia aun disminuido ni

perturbado su mutua pasion.

Zarina, Reyna de los Saquéos, se puso á la frente de sus tropas. No solamente estaba adornada de todos los encantos de su sexô, sino que tambien poseía las virtudes mas heroycas. Habiéndose criado en la corte de Media contraxo en ella, desde su infancia, una íntima amistad con Retéa.

Por dos años enteros fuéron iguales las ventajas por ámbas partes. Hacíanse freqüentes treguas para tratar de paz, y durante estos armisticios se veían á menudo los dos Gefes. Las grandes prendas que se descubrían en ámbos produxéron luego una recíproca estimacion, y baxo el velo de esta no tardó en introducirse el amor en el corazon de Estriangéo. Ya no procuraba poner fin á la guerra por no separarse de Zarina; pero hacia con freqüencia suspensiones de armas, en las que tenia mas parte el amor que la política.

El Emperador envió en fin órdenes para dar una batalla decisiva. En el ardor del combate se halláron cara á cara los dos Gefes. Estriangéo quiso evitar el encuentro

de Zarina; pero ella le atacó y le obligó á defenderse, diciéndole en alta voz: evitemos que se derrame la sangre de nuestros súbditos; á nosotros solos nos pertenece terminar la guerra.

El amor y la gloria animaban alternativamente al jóven héroe. Temia igualmente vencer que ser vencido. Muchas veces expuso su propia vida por librar la de Zarina; mas al fin halló medio de ganar la victoria sin dañar á su bella enemiga. Arroja su dardo con arte, y hiere el caballo de la Reyna. Cae el caballo y la Reyna con él. Corre Estriangéo á socorrerla, y no quiere sacar otro fruto de su victoria que el placer de salvar á quien ama. Ofrécele la paz con todas las ventajas posibles; consérvale sus dominios, y al frente de ámbos exércitos le jura una eterna alianza en nombre del Emperador.

Pidióle despues permiso para acompañarla hasta su corte. Ella se le concede; pero con miras muy diferentes de las que llevaba Estriangéo en hacer este obsequio. Zarina solo deseaba darle pruebas eviden-

tes de su gratitud, al paso que Estriangéo únicamente buscaba oportunidad de manifestarle su amor. Subiéron ámbos en un mismo carro, en el que los conduxéron con pompa á Roxanacia.

Pasáronse muchos dias en banquetes y regocijos. Poco á poco la estimacion de Zarina se convirtió en pasion sin advertirlo. Descubríale con freqüencia sus sentimientos, porque aun no conocia el orígen de ellos. Gozaba las delicias de una pasion naciente, sin querer exâminar los movimientos de su corazon. Pero al fin comprehendió que el amor tenia gran parte en ellos. Avergonzóse de su flaqueza, y resolvió vencerla. Aceleró la partida de Estriangéo; pero el jóven Meda no podia dexar á Roxanacia. No se acuerda mas de su gloria, olvida el afecto que tenia á Retéa, abandónase enteramente á su ciega pasion, suspira, se queja, y no siendo dueño de sí mismo, descubre su amor á Zarina en los términos mas expresivos.

La Reyna no procuró ocultar la situacion de su alma. Contéstale con fran-

habia interrumpido la correspondencia de estas jóvenes Princesas, sin disminuir su amistad. Se conocian, y se estimaban mucho para ser susceptibles de desconfianzas ó zelos.

Retéa queria excesivamente á Estriangéo, á quien siempre miraba con ojos de amante: sentia, y se compadecia de su debilidad, porque veía que era involuntaria. Luego que se restableció de su herida, Zarina aceleró su viage; pero él no podia separarse de este fatal lugar. Renuévanse sus tormentos y sus pasiones. Retéa lo conoce, cae en una profunda tristeza y padece las mas crueles inquietudes de espíritu: siente el dolor de no ser ya querida de un hombre á quien ella únicamente ama, la compasion de un esposo entregado á su desesperacion, y la estimacion de un rival, á quien no puede aborrecer. Se ve continuamente entre un amante arrastrado por su pasion y una virtuosa amiga á quien admira, y comprehende que su vida es la desgracia de ámbos. ¡Qué cruel situacion para un corazon generoso y tier-

no! Quanto mas oculta su pena, tanto mas la oprime. Gime, y abrumada en fin con tanto peso, cae en una peligrosa enfermedad. Un dia que estaba sola con Zarina y Estriangéo se la escapáron estas palabras: yo muero; pero muero contenta, pues que mi muerte os hará felices.

Zarina se deshace en lágrimas, y se retira. Estas palabras penetran el corazon de Estriangéo. Mira á Retéa y la ve pálida, desfallecida, y próxîma á espirar de dolor y de amor. Los ojos de la Princesa permanecen fixos é inmóviles en el Príncipe. Abrense al fin los de este: en una palabra, queda como un hombre que despierta de un profundo letargo, y que vuelve de un delirio, en el qual nada le habia parecido en su forma natural. La habia visto todos los dias sin advertir la cruel situacion á que la habia reducido. Mírala al presente con otros ojos; reanímase toda su virtud, y enciéndese de nuevo todo su primer afecto. Reconoce su error, echase á sus pies, y abrazala repitiendo muchas veces estas palabras interrum-

pidas de lágrimas y sollozos. Vive mi amada Retéa. Vive para darme el placer de reparar mi falta: ahora conozco el valor de tu corazon.

Estas palabras la reaniman: poco á poco recobra su hermosura y sus fuerzas: parte para Ecbactana con Estriangéo, y desde entónces nada perturbó su union.

Ya veis por este suceso, continuó Hystaspes, hasta que extremos puede el amor reducir á los héroes mas grandes. Tambien veis que una firme resolucion puede vencer las pasiones mas violentas quando tenemos ánimo sincero de superarlas.

Nada temeria si hubiese en esta corte personas semejantes á Zarina; pero una virtud tan heroyca como la suya pareceria ahora una extravagancia, ó mas bien una agreste insensibilidad. Las costumbres de los Medas estan muy mudadas. Casandana es la única persona que veo aquí digna de vuestro amor.

Cyro habia guardado hasta aquí un profundo silencio; mas viendo que Hystaspes aprobaba su pasion, exclamó con

admiracion. Habeis nombrado el objeto de mi amor. Casandana es dueña de mi corazon; pero temo que esté inclinada á favor de otro, y que esto sea el orígen de mi inquietud.

Hystaspes, regocijado de saber que Cyro habia hecho tan digna eleccion, le abrazó diciendo. Casandana merece todo vuestro afecto: su corazon es tan puro como brillante su entendimiento: no se la puede amar sin amar á la virtud: su hermosura es el menor de sus encantos. Temia que os hubiéseis dexado llevar de alguna inclinacion peligrosa; pero ya estoy tranquilo. Apruebo vuestro amor, el qual me parece que tendrá buen éxîto. ¿Habeis visto la fábula Griega de Endimion, que esta Princesa ha representado en una rica bordadura? Creo que aquel pastor tiene todas vuestras facciones; mas ella ha procurado poner á Diana con la cara vuelta para ocultar su propio rostro. ¿No colegis la causa de esto? Sin duda os ama; pero procurad darla á entender que no lo advertis, porque huiria de vos; y ántes que

exponer su virtud á la menor tacha, querria ser cruel con vos y con sí misma. Estas palabras sirviéron á Cyro de grandísimo consuelo, y le tranquilizáron.

No mucho despues Cambyses sabiendo que Cyro amaba á Casandana, le mandó volver á Persia, porque tenia otras miras para su hijo mas conformes á su política. Farnaspes fué al mismo tiempo informado de los pensamientos de Cyaxares. Su ambicion se lisonjeaba con la esperanza de esta alianza; y así dió órden á su hija para que permaneciese en la corte de Ecbactana.

Cyro y Casandana, habiendo recibido las órdenes de sus padres, se viéron en la dura necesidad de separarse. Su pena fue igual á su amor. El Príncipe se lisonjeaba que á su regreso á la corte de Persia podria, con ayuda de Mandane, reducir á Cambyses y Farnaspes. Esta esperanza le impidió el abatirse con el dolor de una situacion tan cruel.

La jóven nobleza quiso acompañarle hasta las fronteras de Persia. De todos los

ricos regalos que Astyages le habia hecho al despedirse, únicamente guardó algunos caballos Medas para propagar la casta en Persia. Distribuyó todo lo demas entre los amigos que dexó en la corte de Ecbactana; y con sus miradas, palabras y liberalidades manifestó á cada uno el debido respeto, segun su clase, su mérito y sus servicios.

Luego que llegó á la corte de Persia informó á Mandane del estado de su corazon. Yo madre mia, la dixo, he seguido vuestros consejos en Ecbactana. He vivido insensible á todos los encantos mas lisonjeros del deleyte; pero nada me debo á mí mismo en esto. Todo lo debo á la hija de Farnaspes. El amor que la tengo me ha preservado de todos los errores y extravagancias de la juventud. No penseis que el cariño que la profeso es un amor pasagero que puede alterarse. Jamas he amado á ninguna otra sino á Casandana, y conozco que no podré amar á nadie mas que á ella sola. Sé que mi padre intenta casarme con la hija del Rey de Armenia;

¿pero permitiréis que la felicidad de mi vida sea sacrificada por respetos políticos? Mandane le anima, y le promete hacer los mayores esfuerzos que la fuesen posibles para que Cambyses mudase de parecer.

Los jóvenes Persas, viendo á Cyro de vuelta, se decian unos á otros. Este viene de vivir con delicadeza en la corte de Media. Nunca podrá acostumbrarse á nuestra disciplina militar, ni habituarse á la sencillez de nuestra vida. Pero quando le viéron contentarse con sus comidas ordinarias, mas sóbrio y frugal que ellos, y que mostraba mas habilidad y valor en todos los exercicios, se asombráron mucho. Merece ser nuestro Soberano, dixéron. Aun tiene mas justo título de subir al trono por su mérito, que por su nacimiento.

Casandana continuaba en la corte de Ecbactana; pero siempre recibia con mucha frialdad á Cyaxares, el qual debia á la presencia de Cyro toda la complacencia que le habia mostrado. El gusto de ver á este á quien amaba, y de quien era amada, llenaban su alma de una secreta ale-

gría, la qual se difundia en todas sus acciones; pero despues de la partida del jóven Príncipe, su conversacion, ántes tan alegre y placentera, se mudó en una silenciosa tristeza: su vivo ingenio parecia extinguido, y disipados todos sus naturales encantos.

En este mismo tiempo Farnáspes cayó enfermo de peligro en la corte de Persia, y deseó ver á su hija, quien dexó aceleradamente á Ecbactana para ir á pagar á su padre la última deuda.

Muchas señoras de la corte sintiéron infinito su partida; pero las mas se alegráron de la ausencia de una Princesa, cuyas costumbres eran un perfecto modelo de prudente conducta. ¡Quan felices somos, decian, de vernos libres de esta extrangera, á quien la severa educacion de los Persas ha hecho insensible!

Cyaxares sintió en extremo la marcha de Casandana. El despecho de los zelos, el odio contra Cyro, en una palabra, todas las pasiones que nacen de un amor despreciado, tiranizáron su corazon. Mandó

al jóven Araspes, hijo de Arpago, que fuese secretamente, por caminos extraviados, á apoderarse de la Princesa y la conduxese á un lugar solitario de las costas del mar Caspio.

Araspes se habia criado con todos los placeres de una corte voluptuosa; pero en medio de ellos habia conservado nobles y generosos sentimientos, y aborrecia todo lo que no era honroso y justo. Sus faltas mas procedian de fragilidad que de vicio: tenia un excelente entendimiento: nacido para las armas, y formado para la corte, estaba adornado de todas las qualidades necesarias para qualquier destino, tanto político como militar.

Comunicó á su padre Arpago las órdenes que Cyaxares le habia dado. Arpago, que amaba á Cyro, despues de haber manifestado su valor en la guerra, vivia en la corte de Ecbactana, sin corromperse con los vicios, tan comunes en los cortesanos. Veía con disgusto los desórdenes de su siglo; pero callaba, y se contentaba con reprobarlos, mas con su conducta, que con

sus discursos. Preveo, dixo á Araspes, todas las desgracias que nos costará la virtud; mas guárdate, hijo mio, de ganar el favor del Príncipe por medio de un crímen.

Mandóle al mismo tiempo ir á comunicar á Astyages un asunto tan grave. El Emperador de los Medas aprobó los prudentes consejos de Arpago; y temiendo que el Príncipe pudiese hallar algunos otros medios de executar su intento, ordenó á Araspes que en lugar de oprimir la inocencia se acelerase á socorrerla.

Araspes partió inmediatamente, alcanzó á la Princesa cerca de Aspadana, refirióla las órdenes de Cyaxares, y se ofreció á conducirla á Persia. Ella llora de alegría al ver la generosidad de Araspes, y se apresura para llegar á las fronteras de su patria.

Farnaspes murió ántes que llegase su hija á la corte de Cambyses. La Princesa, despues de haber pasado en llorar la muerte de su padre todo el tiempo que requirió la naturaleza, vió finalmente á Cyro, y le contó el generoso proceder de Aras-

pes. El Príncipe contraxo con él desde entónces una amistad tan afectuosa, que duró hasta su muerte.

Cyaxares resolvió vengarse de Araspes de un modo igualmente cruel y vergonzoso á la naturaleza humana. Hizo degollar el hijo segundo de Arpago [1]; y habiendo convidado al padre á un gran banquete, mandó que le sirviesen, entre otros manjares, los miembros del jóven mancebo.

Despues de haber comido bien de ellos, mandó traerle la cabeza y las manos, y le dixo con bárbara frescura y serenidad: de este modo castigo la traycion de un hermano con la muerte de otro.

La relacion de tan grande crueldad excitó la indignacion de todos los Medas; pero Astyages, cegado con el amor de padre, disimuló el crímen de Cyaxares, y no le castigó. Temió el violento genio de su hijo, y no se atrevió á confesar la órden secreta que habia dado á Araspes. Así un Príncipe bueno por naturaleza, auto-

1 Herod. *lib. 1.*

rizó el vicio con una flaqueza vergonzosa: no conocia el valor de la virtud: solo era bueno por temperamento.

Arpago se retiró de la corte muy irritado, y pasó secretamente á Persia, donde Cambyses le concedió quantos beneficios y honores pudo para recompensar sus pérdidas en Media.

Casandana vivia con tranquilidad en la corte de Persia, esperando que la Reyna podria conseguir que Cambyses mudase de pensamiento. Un accidente político varió bien presto el de este Príncipe. Supo que la hija del Rey de Armenia acababa de casarse con el hijo del Rey de Babilonia; y que estos dos Príncipes habian hecho una secreta alianza contra el Imperio de los Medas. Esta noticia desconcertó todos sus proyectos, y la virtud de Casandana le inclinó al fin á consentir en que Cyro fuese feliz. Celebróse, pues, el matrimonio segun la costumbre del siglo y del pais. Los esposos fuéron conducidos á la cumbre de una alta montaña consagrada al grande Oromazes. Encendióse una hogue-

ra de leña olorosa. El Sumo Sacerdote ató primeramente las rozagantes ropas del Príncipe y de la Princesa, como símbolo de su union. Cogiéndose despues uno á otro de la mano los dos amantes, rodeados de Estales[1], bayláron al rededor del fuego sagrado, cantando la Teogonía, segun la religion de los antiguos Persas: es decir, el nacimiento de los Jingas, Amilictes, Cosmogoges y demas puros Genios que dimanan del Primer Principio. Tambien cantáron la caida de los espíritus en los cuerpos mortales: los combates de Mitras para volver las almas al empíreo; y últimamente la total destruccion del malvado Príncipe Aryman, que difunde por todas partes la envidia, el odio y las pasiones infernales[2].

1 Esta es una palabra Caldea, la qual significa fuego. De aquí nace la Griega ἑστία, á la que los Romanos añaden la *v* como ἑσπέρα *vespera*. Véase á Hyde. Relig. ant. Pers. *cap. 7*.

2 Véase el Discurso citado.

LIBRO SEGUNDO.

El entendimiento de Cyro se perfeccionaba con la edad. Su gusto y su genio le inclinaban al estudio de las ciencias sublimes. Habia oido muchas veces hablar de la famosa escuela de los Magos, quienes dexando el retiro que tenian en la ribera del rio Oxo, en Bactriana, se habian establecido cerca del golfo Pérsico. Como estos Sabios rara vez salian de su soledad, y tenian poca comunicacion con los demas hombres, jamas habia visto á ninguno. La vehemente pasion de instruirse le excitó gran deseo de conversar con ellos.

A este fin emprendió su viage con Casandana, acompañado de algunos Sátrapas. Atravesáron la llanura de Pasagarda; pasáron por el pais de los Mardes, y llegáron á la ribera de Arosis. Entráron por un paso estrecho en un grande valle, rodeado de altas montañas, cuyas cumbres estaban cubiertas de encinas, pinos y soberbios cedros. Abaxo habia excelentes

pastos, en los que pacia todo género de ganado. La llanura parecia un jardin regado por muchos arroyuelos, que venian de las peñas circunvecinas, y entraban en el Arosis. Este rio parecia perderse á lo léjos entre dos pequeñas colinas, que abriendo sus lados representaban los objetos como si se alejasen, y dexaban ver fértiles campiñas, grandes florestas y el golfo Pérsico, el qual ponia fin al horizonte.

Despues que Cyro y Casandana anduviéron un poco por el valle, se encamináron á un bosque inmediato, atraidos del sonido de una música armoniosa. Entráron y viéron al lado de una cristalina fuente una multitud de hombres de todas edades, y enfrente de ellos un monton de mugeres formando un concierto. Conociéron que aquella era la escuela de los Magos; y se sorprehendiéron al ver en lugar de hombres austeros, melancólicos y pensativos, un pueblo agradable y culto.

Estos Filósofos miraban la música como una cosa celestial, propia para calmar las pasiones; por cuya razon siempre empe-

zaban y acaban el dia con conciertos [1].

Por la mañana, despues de haber pasado un rato en este exercicio, llevaban á sus discípulos por deliciosos campos á una sagrada montaña, guardando siempre un profundo silencio.

Allí ofrecian sus cultos á los Dioses, mas con la voz del corazon que con sus labios. De este modo con la música, con los agradables paseos y con la oracion, se preparaban para contemplar la verdad, poniendo el alma en una serenidad propia para la meditacion. Pasaban en el estudio lo restante del dia. Su única comida era un poco ántes de ponerse el sol. Solo comian pan, frutas, y alguna porcion de lo que se habia ofrecido á los Dioses. Todo esto se concluia con conciertos.

Los hombres no empiezan la educacion de sus hijos hasta despues que han nacido; pero los Magos, en algun modo, empezaban ántes. Miéntras que sus mugeres estaban preñadas procuraban conservarlas siempre tranquilas, y en una perpetua alegría,

1 Estrab. *lib.* 17.

por medio de festivos é inocentes entretenimientos, para que el feto no recibiese desde el seno materno mas que impresiones agradables.

Cada Sabio tenia su ocupacion en el imperio de la Filosofía. Unos estudiaban las virtudes de las plantas, otros la transformacion de los insectos, otros la estructura de los animales, y otros el curso de los astros; pero todos sus descubrimientos se dirigian al conocimiento de los Dioses y de sí mismos. Decian que las ciencias nada valen sino en quanto sirven como de escala para subir al grande Oromazes, y desde allí baxar al hombre.

Aunque el amor de la verdad era el único vínculo de la sociedad entre estos Filosofos, sin embargo, tenian un gefe á quien llamaban Archimago. Zardust ó Zoroastro, que entónces poseia este honor, excedia á los otros mas en sabiduría que en edad, porque apénas tenia cincuenta años. No obstante, no solo era maestro consumado en todas las ciencias de los Caldeos y Egipcios, sino tambien en las

de los Judíos, á quienes habia tratado en Babilonia.

Quando Cyro y Casandana entráron en el bosque, se levantó la asamblea, y los saludó inclinándose hasta la tierra, segun costumbre de los orientales; y retirándose despues los dexáron solos con Zoroastro.

El Filósofo los conduxo á una glorieta de mirtos, en medio de la qual estaba la estatua de una muger, que él habia hecho con sus propias manos.

Sentáronse los tres en este sitio; y Zoroastro entretuvo al Príncipe y á la Princesa con un discurso sobre la vida, las costumbres y las virtúdes de los Magos. Miéntras hablaba miraba con freqüencia á la estatua; y al verla se bañaban sus ojos con lágrimas. Cyro y Casandana obsérváron al principio su dolor con respetuoso silencio; pero despues no pudo la Princesa dexar de preguntarle la causa. Esta es la estatua de Selima, respondió el Filósofo, quien ántes me amaba como vos amais ahora á Cyro. Aquí vengo á pasar mis mas dulces y amar-

gos momentos. Á pesar de la sabiduría qué me somete á la voluntad de los Dioses: á pesar de las delicias que gozo con la filosofía; en fin, á pesar de la insensibilidad en que estoy, con respecto á todas las grandezas humanas, la memoria de Selima renueva muchas veces mis pesares y mis lágrimas. La verdadera virtud ordena las pasiones; pero no extingue los tiernos sentimientos. Estas palabras excitáron la curiosidad de los Príncipes para saber la historia de Selima. El Filósofo lo conoció, y previno su pregunta empezando su relacion del modo siguiente:

No temo manifestaros mis flaquezas; pero evitaria el referirósla, si no previese que podeis sacar de ello alguna instruccion útil.

Nací Príncipe. Mi padre era Soberano de un pequeño estado en las Indias, llamado el pais de los Sofistas. Habiéndome descaminado un dia estando cazando, vi casualmente en la espesura de un monte una doncella jóven, que estaba descansando. Su asombrosa belleza hirió inmediatamente

mi corazon. Quedé inmóvil sin atreverme á dár un paso. Imaginé que era uno de los espíritus aéreos, que descienden algunas veces del trono de Oromazes para volver las almas al empíreo. Ella viéndose sola con un hombre, huyó y se refugió en un templo que estaba cerca del bosque. No me atreví á seguirla; pero supe que era hija de un viejo Bracman, que habitaba en aquel templo, y que se hallaba consagrada á la adoracion del fuego. Las Estales pueden dexar el celibato y casarse; pero miéntras que continúan Sacerdotisas, son tan severas las leyes de los Indianos que un padre cree acto de religion el arrojar viva á su hija á las llamas, si falta á la pureza de costumbres que ha jurado conservar.

Todavía vivia mi padre; mas yo no podia sacarla por fuerza, aun quando hubiese sido Rey; porque los Príncipes no tienen jurisdiccion en aquel pais sobre las personas consagradas á la religion. Sin embargo, todas estas dificultades no hiciéron mas que aumentar mi pasion: la vio-

lencia de esta aguzó mi ingenio. Dexé el palacio de mi padre. Yo era jóven: era Príncipe, y no consultaba la razon. Me disfracé en trage de doncella; fuí al templo donde vivia el viejo Bracman. Engañéle con una historia fingida, y me hice una de las Estales, con el nombre de Amana. El Rey mi padre, inconsolable con mi repentina desaparicion, mandó que se me buscase por todas partes; pero inútilmente.

Selima, ignorando mi sexô, contraxo conmigo una particular y afectuosa amistad. Yo no me separaba de ella jamas: pasábamos nuestra vida juntos, trabajando, leyendo, paseando y sirviendo en los altares. Contábala con freqüencia fábulas é historias, para pintarla los maravillosos efectos de la amistad y del amor. Mi designio era prepararla poco á poco, para descubrirla mi pensamiento. Algunas veces me olvidaba de mí mismo quando la estaba hablando, y me dexaba llevar tanto de mi viveza, que ella me interrumpia diciendo. Amana, quién no pensará,

al oiros hablar, que sentís todo lo que referís.

Viví de este modo algunos meses con ella, sin que pudiese conocer mi disfraz ni mi pasion. Como mi corazon no estaba corrompido, no tuve pensamientos criminales. Creia que consiguiendo hacerla que me amase, dexaria su estado de vida para participar de mi corona. Aguardaba continuamente un favorable momento para descubrirla mis designios: ¡mas ay! nunca llegó este feliz momento.

Las Estales acostumbraban ir algunas veces al año á una alta montaña á encender el sagrado fuego y ofrecer sacrificios. Subimos todas un dia acompañadas solamente del viejo Bracman.

Apénas habia empezado el sacrificio, quando nos rodeó una quadrilla de hombres armados con arcos y flechas, los quales se lleváron á Selima y á su padre. Todos iban á caballo. Seguílos algun tiempo; pero se entráron en un monte, y los perdí de vista. No volví al templo. Me separé de las Estales; me mudé de vestido; tomé

otro disfraz, y abandoné las Indias. Olvidé á mi padre, á mi patria y á todos mis vínculos y obligaciones, y anduve errante por toda la Asia en busca de Selima. ¡Qué no puede hacer el amor en el corazon de un jóven arrastrado por su pasion!

Viajando por la Licia me paré un dia en un gran bosque para precaverme del calor: ví pasar aceleradamente una compañía de cazadores, y poco despues varias mugeres, entre ellas una que me pareció ser Selima. Iba en trage de caza, montada sobre un soberbio caballo, distinguida de todas las demas por una corona de flores. Pasó junto á mí con tanta precipitacion, que no pude asegurarme si mi parecer era bien fundado. Con todo fuí en derechura á la capital.

Los Licios eran entónces gobernados por mugeres, cuya forma de gobierno se habia establecido entre ellos con el motivo siguiente: hace algunos siglos que los hombres se hiciéron tan afeminados, durante una larga paz, que no pensaban mas

que en componerse. Afectaban los discursos, las costumbres, las máxîmas y hasta los defectos de las mugeres, sin tener ni su dulzura, ni su delicadeza. Entregándose á los infames deleytes, los vicios mas abominables ocupáron el lugar de las amables pasiones. Despreciáron las mugeres Licias, y las tratáron como esclavas. Sobrevino una guerra extrangera. Los hombres, hechos cobardes y afeminados, no eran capaces de defender su pais. Huyéron y se ocultáron en los montes y en las cuevas. Las mugeres, acostumbradas á la fatiga por su esclavitud, tomáron las armas, rechazáron al enemigo, hiciéronse dueñas del pais, y estableciéron su autoridad por medio de una ley inmutable.

Los Licios se han acostumbrado desde entónces á esta forma de gobierno, el que han hallado mas suave y conveniente. Las Reynas tienen un Consejo de Senadores, los quales las ayudan con sus dictámenes. Los hombres proponen buenas leyes; pero las mugeres las hacen executar. La suavidad y dulzura de su sexô evitá todos

los males de la tiranía; y el consejo de los sabios Senadores modera la inconstancia que atribuimos á las mugeres.

Supe que habiendo sido destronada la madre de Selima por la ambicion de una parienta suya, su primer Ministro habia huido á las Indias con la jóven Princesa: que allí habian vivido durante algunos años, él como Bracman, y ella como Estal: que habiendo este anciano conservado siempre correspondencia con los amigos de la familia real, la jóven Reyna habia sido restablecida en el trono despues de la muerte de la usurpadora: que gobernaba con la sabiduría propia de una persona que habia experimentado las desgracias; y últimamente, que siempre habia manifestado un invencible aborrecimiento al matrimonio.

Estas nuevas me causáron un gozo inexplicable. Dí gracias á los Dioses por haberme conducido por caminos tan maravillosos cerca del objeto de mi amor. Imploré su asistencia, y prometí no amar á ninguna otra si favorecian mi pasion.

Medité muchos medios para hacerme conocido de la Reyna; y pareciéndome que la guerra era el mas á propósito, me alisté en las tropas. Muy en breve me distinguí en ellas, porque no rehusé ninguna fatiga; busqué las empresas mas arriesgadas, y me expuse por todas partes á los mayores peligros.

En una batalla, que habia de decidir la libertad de los Licios, pusiéron los Carios en desórden nuestras tropas. Esto era en un gran llano, del que no se podia salir sino por un paso muy estrecho: le gané y amenacé atravesar con mi dardo al que intentase forzarle. De este modo reanimé nuestras tropas, y volví á cargar al enemigo. Le derroté, y obtuve una completa victoria. Esta accion me grangeó la estimacion de todo el exército: no se hablaba mas que de mi valor: todos los soldados me llamaban el libertador de la patria. Fuí llevado á la presencia de la Reyna, quien no me conoció, porque hacia seis años que habíamos sido separados, y el dolor y las fatigas habian alterado mis facciones.

Me preguntó mi nombre, y de donde era; y me exâminó con atencion. Me parecia descubrir en sus ojos un secreto movimiento, que procuraba ocultar. ¡ Extraño capricho del amor ! En otro tiempo la habia yo creido una Estal de humilde nacimiento: sin embargo, resolvi dividir con ella mi corona. En este momento juzgué que podria yo ser amado como amé; por lo que oculté mi patria y mi nacimiento, y la dixe que habia nacido en una villa de Bactriana, de una familia muy obscura. Con esto se retiró de repente sin responderme cosa alguna.

Inmediatamente, por consejo de sus Senadores, me dió el mando del exército, lo qual me proporcionó el acercarme con libertad á su presencia. Enviábame á llamar con freqüencia baxo pretexto de algun negocio, aunque nada tuviese que decirme. Se alegraba de hablar conmigo. Pintéla mis sentimientos con nombres fingidos. La Mitologia Griega y Egipcia, que habia aprendido en mis viages, me suministráron abundante materia para probar

que los Dioses estaban en otro tiempo enamorados de los mortales, y que el amor iguala todas las condiciones.

Me acuerdo que estando refiriéndola un dia una historia de esta especie se retiró con grande inquietud, por lo que descubri sus ocultos pensamientos: en lo que tuve un gozo inexplicable, conociendo que yo era amado como amé. Tuve freqüentes conversaciones con ella, con cuyo motivo erecia diariamente su confianza conmigo. Algunas veces la recordé las desgracias de su infancia, y entónces me referia su vida entre las Estales, su amistad con Amana, y su recíproco afecto. Apénas podia yo contenerme quando la oía hablar de esta materia.

Ya estaba enteramente determinado á concluir mi disfraz; pero mi falsa delicadeza pretendia que Selima hiciese por mí lo que yo quise hacer por ella. Bien presto tuve esta satisfaccion. Un suceso extraordinario me hizo experimentar toda la extension y poder de su amor.

Segun las leyes de los Licios no es per-

mitido á la persona que los gobierna el casarse con un extrangero. Llamóme un dia Selima, y me dixo. Mis vasallos desean que me case. Id á decirles de mi parte que consentiré en ello, con tal que me dexen libre en mi eleccion. Pronunció estas palabras con ayre magestuoso y casi sin mirarme.

Al principio temblé; despues me lisonjeé; en fin dudé, porque sabía quán adictos estan los Licios á sus leyes. Sin embargo, fuí á executar las órdenes de Selima. Habiéndose juntado el Consejo, expuse el deseo de la Reyna; y despues de muchas disputas se convino en dexarla libre en elegir marido.

Participéla el resultado de la deliberacion del Consejo: inmediatamente me mandó juntar las tropas en la misma llanura donde conseguí la victoria contra los Carios, y que estuviese pronto á obedecer sus órdenes. Mandó tambien á todos los principales de la nacion que acudiesen al mismo lugar, en el que se colocó un magnífico trono. Vino la Reyna; y estando

rodeada de sus cortesanos los habló del modo siguiente.

Pueblo de Licia. Desde que empecé mi reynado he observado siempre con escrupulosidad vuestras leyes: me he puesto á la cabeza de vuestros exércitos, y he conseguido varias victorias. Mi único anhelo ha sido haceros libres y felices. ¿Es justo que la que ha sido conservadora de vuestra libertad sea esclava? ¿Es razon que la que busca incesantemente vuestra felicidad sea infeliz? No hay igual desdicha á la de hacer violencia á su propio corazon. Quando este está comprimido, la grandeza y la dignidad Real sólo sirven para hacernos sentir mas vivamente nuestra esclavitud. Por lo qual pido ser libre en mi eleccion.

Toda la Asamblea aplaudió su sabiduría, y dixo en alta voz: sois libre; estais dipensada de la ley. La Reyna me envió entónces órden de avanzar al frente de las tropas. Quando estuve cerca del trono se levantó y dixo (señalándome con la mano) este es mi esposo: es extragero; pero

sus servicios le hacen padre de la patria; no es Príncipe; mas su mérito le iguala á todos los Reyes.

Selima me mandó despues que subiese al trono. Yo me postré á sus pies, é hice todos los juramentos acostumbrados. Prometí renunciar para siempre mi patria, mirar á los Licios como hijos mios, y sobre todo no amar jamas á ninguna otra mas que á la Reyna.

Baxó despues del trono, y fuimos conducidos con pompa á la capital entre las aclamaciones del pueblo. Luego que estuvimos solos, ¡ah Selima! la dixe: ¿has olvidado á Amana? Quedó transportada de sorpresa, de ternura y de alegría. Me conoció, y adivinó todo lo demas. No tuve necesidad de hablar: ámbos estuvimos un largo rato en silencio. Al fin la referí mi historia con todos los efectos que el amor habia producido en mí.

Juntó al instante su Consejo, y le participó mi nacimiento. Enviáronse Embaxadores á las Indias: renuncié para siempre mi corona y mi patria; y mi hermano fué

confirmado en la posesion de mi trono.

Este fué un corto sacrificio. Yo poseia á Selima: mi felicidad era completa. ¡Mas ay! duró muy poco. Entregándome á mi pasion renuncié mi pais, olvidé á mi padre, que me consideraba como báculo de su vejez, y abandoné mis obligaciones. Mi amor, que parecia tan fino y tan generoso, y que era la admiracion de los hombres, no fué aprobado de los Dioses. Por esto me castigáron con la mayor de todas las desdichas, y me quitáron á Selima, la qual murió pocos dias despues de nuestro casamiento. Me entregué á todos los excesos de dolor; pero los Dioses no me abandonáron.

Entré profundamente en mí mismo. La sabiduría descendió á mi corazon, abrió los ojos de mi entendimiento, y entónces comprehendí el misterio de la conducta de Oromazes. Se observa que la virtud regularmente es infeliz. Esto es lo que choca á la razon de los hombres ciegos, quienes ignoran que los males pasageros de esta vida son destinados por los Dioses para ex-

piar las faltas secretas de los que parecen mas virtuosos.

Estas reflexîones me hiciéron determinar á consagrar al estudio de la sabiduría el resto de mis dias. Selima habia muerto. Mis lazos estaban rotos. No tenia apego á ninguna cosa de la naturaleza. Toda la tierra me parecia un desierto. No podia reynar en Licia despues de la muerte de Selima; ni quise quedarme en un pais donde todas las cosas renovaban continuamente la memoria de mi pérdida.

Volví á las Indias, y me fuí á vivir entre los Bracmanes. Allí me formé un plan de felicidad. Libre de la sujecion y esclavitud, que siempre acompaña á la grandeza, establecí dentro de mí mismo un imperio sobre mis pasiones, mas glorioso que el falso resplandor de la dignidad Real. Pero sin embargo de este retiro y separacion del mundo, mi hermano tomó zelos de mí, como si yo hubiese deseado subir al trono, y me ví precisado á dexar las Indias.

Mi destierro me suministró un nuevo

manantial de felicidades. De nosotros mismos depende el sacar ventajas de las desgracias. Visité á los Sabios del Asia; conversé con los Filósofos de diferentes paises; aprendí sus leyes y su religion, y me alegré de hallar que los grandes hombres de todos tiempos y de todos los lugares tenian las mismas ideas de la Divinidad y de la moral. Ultimamente, he venido á las riberas del Arosis, donde los Magos me han elegido por su gefe.

Aquí acabó Zoroastro. Cyro y Casandana estaban tan enternecidos que no podian articular una palabra. El Filósofo, despues de haber callado un rato, prosiguió hablando sobre la felicidad que los Dioses preparan á los que conservan un corazon puro y sin mancha; y sobre los placeres que los verdaderos amantes gozan en el empíreo quando vuelven á encontrarse allí. Finalmente concluyó con estas deprecaciones.

Quieran los Dioses que disfruteis largo tiempo la felicidad de un mútuo é individuo amor: que os preserveis del depra-

vado gusto que hace que los placeres dexen de ser agradables quando son legítimos: que despues de una viva y pura pasion en vuestros primeros años podais experimentar, en una edad mas avanzada, todos los deleytes de aquella union que disminuye las penas de la vida y aumenta los placeres, partiéndolos entre ámbos: que una larga y agradable vejez os haga ver vuestra remota posteridad multiplicando en la tierra el linage de los héroes; y en fin, que en un mismo dia se recojan las cenizas de los dos para que os libreis de la desdicha de llorar como yo la pérdida de lo que amais. Yo me consuelo con la esperanza de volver á ver á Selima en la esfera del fuego, puro alimento del amor. Las almas únicamente empiezan acá baxo la amistad; pero arriba consuman su union. ¡O Selima, Selima! nuestra llama será eterna. Sé que no será completa tu felicidad en esas regiones hasta que yo la goce contigo. Los que se han amado mutua y puramente, siempre se amarán. El verdadero amor es inmortal.

La relacion de Zoroastro hizo una fuerte impresion en el corazon de estos Príncipes: confirmólos en su mutuo afecto y en su amor á la virtud. Permaneciéron algun tiempo en este retiro filosófico ántes de volverse con Cambyses.

Miéntras que Casandana se divertia conversando con las mugeres y con sus armoniosos conciertos, Zoroastro instruyó á Cyro en los principios de todos los misterios de la sabiduría oriental. Los Caldéos, los Egipcios y los Gimnosofistas tenian un maravilloso conocimiento de la Naturaleza; pero le envolvian en fábulas alegóricas. Y esta es sin duda la razon por que la venerable antigüedad ha sido reprehendida por haber ignorado la Filosofía moral.

Zoroastro descubrió á Cyro los secretos de la naturaleza, no solamente para divertirle, sino tambien para hacerle observar las señales de una Sabiduría infinita, esparcidas por todo el universo, y prepararle de este modo para instrucciones mas sublimes, relativas á la Divinidad y á la religion.

Ya le hacia admirar la estructura del cuerpo humano, los resortes de que se compone, los líquidos que corren en él, los canales, las bombas, los receptáculos que se forman por el mero enlace de los nervios, de las arterías y de las venas, para separar, purificar, conducir y reconducir los fluidos á todas las extremidades del cuerpo; ya los artificios, las cuerdas y las poléas formadas por los huesos, los músculos y las ternillas, para formar todos los movimientos de las partes sólidas.

Nuestro cuerpo, pues, decia el Filósofo, no es mas que una asombrosa complicacion de innumerables conductos que tienen comunicacion unos con otros, y se dividen y subdividen sin fin, miéntras los diferentes y proporcionados licores se introducen y preparan en ellos, segun las reglas del mas exâcto mecanismo.

De este modo le hizo comprehender que una infinidad de resortes imperceptibles, cuya construccion y movimientos ignoramos, juegan continuamente en nuestros cuerpos, y por consiguiente que na-

die mas que una soberana Inteligencia pudo producir, ajustar y conservar una máquina tan bien organizada, tan delicada y tan admirable.

En otra ocasion le explicó la configuracion de las plantas, y la transformacion de los insectos. No habia entónces vidrios ópticos para engrandecer los objetos y traerlos mas cerca; pero el penetrante entendimiento de Zoroastro, iluminado con una larga tradicion de experimentos físicos, vió mas que lo que los ojos pueden alcanzar con ayuda de los microscopios.

Cada semilla, dixo, contiene dentro de sí una planta de su propia especie: esta planta otras semillas: estas semillas otras pequeñas plantas; y así infinitamente la fecunda naturaleza es inagotable. El crecimiento de los vegetales no es mas que la despleгadura de las fibras, membranas y ramas, introduciéndose en ellos la humedad de la tierra. La compresion del ayre hace que el xugo nutritivo, impregnado de sales y aceytes, entre en los tubos de las raices. El calor del sol atrae por el dia hácia arriba

la parte sutil del zumo; y la frialdad de la noche le fixa, condensa y madura para producir las hojas, las flores y los frutos, y formar todas las riquezas de la naturaleza, que deleytan la vista, el olfato y el gusto.

No es ménos admirable la fecundidad de la naturaleza en la multiplicacion de los insectos. Sus huevos, esparcidos por el ayre, sobre la tierra y en las aguas encuentran en todas partes conducentes receptáculos, que para abrirse solo esperan un favorable rayo de sol. La sabia Naturaleza pone en movimiento un infinito número de resortes en estas casi invisibles máquinas, que las proveen de licores á proporcion de sus necesidades.

Despues le refirió todas sus diferentes transformaciones. Ya son gusanos, decia, que se arrastran sobre la tierra; ya peces que nadan en las aguas; ya en fin crian alas y se remontan por el ayre.

El Sabio elevó en otra ocasion el espíritu de Cyro á las regiones superiores, para que contemplase todos los extraor-

dinarios fenómenos que suceden en ellas.

Le explicó las maravillosas qualidades de este sutil é invisible fluido que circunda la tierra, y quan útil y necesario es para la vida de los animales, el crecimiento de las plantas, el vuelo de las aves, la formacion de los sonidos, y todos los usos de la vida.

Este fluido, decia, siendo agitado, calentado, enfriado, comprimido y enrarecido; ya por los rayos del sol, ó fuegos subterráneos; ya por las sales y los azufres que andan vagando; ya por los nitros que le fixan y endurecen; ya por las nubes que le comprimen, y ya por otras causas que destruyen el equilibro de sus partes, produce toda clase de vientos. Los mas impetuosos sirven para expeler los vapores dañosos; y las suaves brisas para templar los excesivos calores.

Otras veces, introduciéndose los rayos del sol en las pequeñas gotas de agua que cubren la sobrefaz de la tierra, las enrarece; y de este modo las hace mas ligeras que el ayre: de suerte, que suben, for-

man las nubes, y vagan en diferentes alturas, segun son mas ó ménos pesadas.

Habiendo atraido el sol estos vapores cargados de azufre, minerales y diversas especies de sales, se encienden en el ayre, le conmueven y causan el trueno y el relámpago.

Otros vapores mas ligeros se reunen en las nubes y andan por el ayre; pero quando se hacen muy pesados caen en rocíos, turbiones, nieve y granizo, segun el ayre está mas ó ménos caliente.

Las vapores que diariamente son atraidos del mar, y elevados por los vientos á las cimas de las montañas, caen, se introducen en ellas, y se reunen en sus concavidades interiores, donde continúan hasta que hallan alguna abertura, y se hacen abundantes fuentes de agua fresca para apagar la sed de los hombres. De estas se forman arroyuelos, que componen los pequeños riachuelos; y estos vuelven á formar los grandes rios, los quales entran en el mar para reparar la pérdida que ha sufrido por los ardientes rayos del sol.

De este modo todas las irregularidades y destemplanzas de los elementos, las quales parece que destruyen la naturaleza en una estacion, sirven para reanimarla en otra. Los inmoderados calores del sol, y los excesivos frios del invierno preparan las bellezas de la primavera, y los ricos frutos del otoño. Todas estas vicisitudes, que á los talentos superficiales parecen efecto de un concurso casual de causas irregulares, son arregladas con peso y medida por la soberana Sabiduría, que tiene el universo en la mano, pesa la tierra como un grano de arena, y el mar como una gota de agua.

Zoroastro elevó despues el espíritu de Cyro á la contemplacion de los cuerpos celestes[1]; y le explicó la admirable proporcion de sus distancias, magnitudes y revoluciones.

El Primer Móvil, dixo, no es una inmensa materia sin reposo, que toma todo género de formas por las necesarias leyes

1 Estas ideas Newtonianas no se hallan en el original Francés.

de un ciego mecanismo, es el grande Oromazes, cuya ciencia es el amor, el qual ha impreso en todas las criaturas animadas é inanimadas.

Las leyes del mundo material é invisible se asemejan á las del invisible é intelectual. Como el Primer Móvil atrae á sí mismo todos los espíritus, y por su poderosa atraccion los une en diferentes sociedades, así tambien obra continuamente en todos los cuerpos, les da una tendencia recíproca; y de este modo, los pone en órden para diversos sistemas. De aquí proviene que las partes de la materia se unen y forman aquellos grandes globos de fuego, á quienes llamamos estrellas fixas, las quales son otras tantas imágenes del grande Oromazes, cuyo cuerpo es la luz y cuya alma es la verdad.

Por este mismo poder atractivo los astros se retienen en sus órbitas, y en lugar de andar siempre adelante en líneas rectas, entre los inmensos espacios, se mueven eternamente al rededor de aquellos centros luminosos, de quien, como

de sus grandes bienhechores, reciben su luz y su calor.

Pero no solamente se debe á este principio de atraccion la belleza y la armonía de los grandes sistemas, sino tambien la union y el movimiento de los cuerpos menores, tanto sólidos, como fluidos. La misma causa produce innumerables y aun contrarios efectos, sin ninguna confusion, en tan infinita variedad de movimientos.

Zoroastro, quien como los demas Magos creía que todos los astros estaban habitados ya de buenos, ya de malos espíritus, le explicó en fin como las distancias, las magnitudes y los movimientos de los planetas son proporcionados á la complexîon de sus habitantes.

Si nos sorprehendemos, continuó el Filósofo, al ver todas estas maravillas de la naturaleza, que se descubren por sí mismas á nuestros débiles ojos, ¿qué sería si pudiesemos elevarnos hasta dentro de aquellos espacios etéreos, y los recorriésemos con vuelo rápido? Cada astro nos pareceria un átomo en comparacion de la in-

mensidad que le rodea, ¿qué sería si descendiendo despues á la tierra pudiéramos acomodar nuestros ojos á la pequeñez de los objetos, y seguir el mas mínimo grano de arena entre su infinita divisibilidad. Cada átomo pareceria un mundo, en el que podríamos, sin duda, descubrir nuevas bellezas. Aquí nada hay grande ni pequeño en sí mismo. Así lo grande como lo pequeño desaparece alternativamente para presentar una imágen de lo infinito entre todas las obras de Oromazes.

Sin embargo, todo lo que conocemos aquí abaxo de la naturaleza, continuó el Filósofo, es únicamente con respecto á sus propiedades superficiales. No nos es permitido penetrar hasta la íntima esencia de las cosas. Este punto de la inmensidad en que estamos desterrados desde que animamos cuerpos mortales, no es lo que era ántes. La potencia motora del Primer Principio, está suspensa y parada. Todo se ha vuelto deforme, obscuro é irregular, como las inteligencias que habitan en él, las quales fuéron arrastradas por la rebelion de Ariman.

Cyro estaba absorto con estas instrucciones. Le parecia que su alma descubria nuevos mundos. ¿Dónde he vivido, decia, hasta ahora? Los objetos mas sencillos contienen maravillas que se escapaban á mi vista. Pero lo que principalmente excitó mas su curiosidad, fué el oir hablar de la grande mudanza que habia acaecido en el universo; y volviéndose á Araspes, que estaba presente á estos discursos, le dixo:

Lo que nos han enseñado hasta aquí de Oromazes, Mytra y Ariman; del combate entre el buen y mal principio; de las revoluciones que han sucedido en las esferas superiores, y de las almas precipitadas á los cuerpos mortales, estaba mezclado con ficciones tan absurdas, y envuelto en obscuridades tan impenetrables, que las mirábamos como ideas vulgares, despreciables é indignas de la Naturaleza eterna. Dignaos, dixo á Zoroastro, dignaos descubrirnos estos misterios desconocidos del pueblo. Ahora veo que el desprecio de la religion solo puede nacer de la ignorancia. ....

Fatigaria demasiado vuestra atencion, prosiguió el Sabio, si despues de quanto os he manifestado, os hablase ahora por menor de estas materias. Es preciso que descanseis esta noche. Despues que vuestro cuerpo haya reposado con el sueño, y que vuestros sentidos se hayan calmado con la música y el sacrificio de la mañana, os conduciré á ese mundo invisible, y os diré quanto he aprendido por medio de la tradicion de los ancianos.

Zoroastro llevó el dia siguiente á Cyro y Araspes á un bosque sombrío y solitario, donde la vista no podia distraerse con ningun objeto sensible, y les dixo.

No hemos dexado para siempre la sociedad de los hombres, con el fin de gozar el placer de la soledad. Semejante retiro no tendria otro objeto que remunerar una vana insensibilidad, indigna del carácter de la sabiduría. Con esta separacion los Magos se desprenden de la materia, se elevan á la contemplacion de las cosas celestiales, y tratan con los Espíritus puros, quienes les descubren todos los secretos

de la Naturaleza. Pocos son ciertamente los Sabios que han ganado una completa victoria sobre todas las pasiones, y gozado este privilegio. Imponed, pues, silencio á vuestros sentidos; elevad vuestro espíritu sobre todos los objetos visibles; y escuchad lo que los Gimnosofistas han aprendido por medio de su comunicacion con las puras Inteligencias. Aquí calló por algun tiempo, estuvo un rato pensativo, y despues continuó de esta manera:

[1] En los espacios del empíreo se esparce por sí mismo un fuego divino, mediante el qual no solo se hacen visibles los cuerpos, sino tambien los espíritus. En medio de esta inmensidad está el grande Oromazes, primer principio de todas las cosas. Está en todas partes; pero allí se manifiesta de un modo mas glorioso.

Cerca de él está sentado el Dios Mytra, produccion la mas principal y antigua de su poder. Al rededor de su trono hay un infinito número de Genios, de gerarquías diferentes. En la primera estan los

1 Véase el Discurso citado.

Jingas, inteligencias las mas súblimes y luminosas. En las esferas mas distantes estan los Sinoques, los Teletarcos, los Amilictes y los Cosmogoges [1], é innumerables Genios de todos los grados inferiores.

Ariman, gefe de los Jingas, aspiró á ser igual con el Dios Mytra, y con su eloqüencia persuadió á todos los espíritus de su clase para que turbasen la armonía universal, y la paz de la monarquía celeste. Por elevados que sean los Genios siempre son finitos, y por consiguiente pueden ser alucinados y engañados. El amor, pues, de su propia excelencia es el mas sutil y mas imperceptible género de engaño.

Oromazes, para impedir que los demas Genios cayesen en semejante crímen, y castigar aquellos audaces espíritus, no hizó mas que retirar sus rayos de luz, é

1 Véanse los Oráculos que corren con el nombre de Zoroastro. Sin duda son apócrifos; pero contienen las tradiciones mas antiguas, y el estilo de la Teología oriental. Solo me he servido de ellas para dar nombre á los Genios.

inmediatamente la esfera de Ariman se hizo un caos y una eterna noche, en donde solo reyna la discordia, el odio, la confusion, la anarquía y la fuerza.

Estas substancias etéreas se hubieran atormentado eternamente á sí mismas, si Oromazes no hubiese aliviado sus miserias. Jamas es cruel en sus castigos, ni obra por vengarse; porque esto es indigno de su naturaleza. Compadecióse de su situacion, y empleó su poder para disipar el caos.

Los átomos que estaban mezclados con confusion, se separan de repente: los elementos se desenredan y se ordenan. Únese en medio de este abismo un océano de fuego, á quien ahora llamamos sol. Su claridad no es mas que obscuridad, si se compara con la luz que ilumina el empíreo.

Siete globos de una opaca substancia ruedan al rededor de este centro inflamado, de quien reciben prestada su luz. Los siete Genios, principales ministros y compañeros de Ariman, como tambien todos los inferiores Espíritus de su clase;

habitan estos nuevos mundos, y les dan sus nombres. Los Griegos los llaman Saturno, Júpiter, Marte, Vénus, Mercurio, Luna, y Tierra.

Los Genios perezosos y tétricos, que aman la soledad y las tinieblas, aborrecen la sociedad y pasan sus dias en continuo disgusto, se retiráron á Saturno. De allí salen todos los malignos é infernales proyectos, las pérfidas trayciones y los alevosos homicidios.

En Júpiter habitan los Genios impios y sabios, que inventan monstruosos errores, y procuran persuadir á los hombres que el mundo no es gobernado por una Sabiduría eterna: que el grande Oromazes no es un principio luminoso, sino una naturaleza ciega; la qual, por medio de una agitacion continua é interior, produce una perpetua revolucion de formas sin armonía ni método.

En Marte reynan los Genios enemigos de la paz, que encienden el fuego de la discordia, la inhumana venganza, la implacable cólera, el falso y loco heroismo,

ambicioso de conquistar lo que no puede gobernar; la furiosa disputa, la qual intenta tiranizar, oprimiendo los que no puede convencer, y es mas cruel con su zelo que todos los demas vicios.

En Vénus habitan los Genios impuros; cuyas gracias afectadas y apetitos desarreglados son sin gusto, sin amistad, sin nobles ni tiernos sentimientos, sin otra mira que gozar los placeres, que causan las calamidades mas fatales.

En Mercúrio las almas débiles; las quales estan en una continua incertidumbre, creen sin razon, y dudan sin motivo: los entusiastas y los que piensan con demasiada libertad, cuya credulidad é incredulidad procede de una imaginacion desordenada, la qual deslumbra la vista de unos de modo que ven lo que no es, y ciega á otros, de suerte que no ven lo que es.

En la Luna los Genios antojadizos, fantásticos y caprichosos, que ya quieren, ya no quieren: que aborrecen en un tiempo lo que amaban excesivamente en otro; y

que por una falsa delicadeza de amor propio desconfian continuamente de sí mismos y de sus mejores amigos.

Todos estos Genios arreglan la influencia de los astros, y estan subordinados á los Magos, á quienes obedécen y descubren todos los secretos de la naturaleza. Estos Espíritus fuéron voluntariamente cómplices del crímen de Ariman. Tambien quedáron allí algunos de las demas clases que pecáron por debilidad, inadvertencia, ligereza, y si me es lícito hablar así, por amistad de sus compañeros. Estos eran los ménos capaces de todos los Genios, y por consiguiente los ménos criminales.

Oromazes se compadeció de ellos, y los hizo baxar á animar cuérpos mortales. No se acuerdan de su primer estado, ni de su antigua felicidad. Estos Genios son los que pobláron la tierra; y por eso vemos espíritus de caracteres tan diferentes.

El Dios Mytra está empleado incesantemente en curarlos, purificarlos, exâltarlos, y hacerlos capaces de su primera felicidad. Los que aman la virtud vuelan al

empíreo despues de la muerte, donde se reúnen á su orígen. Los que se envilecen y corrompen, se internan cada vez mas en la materia, pasan sucesivamente á los cuerpos de los animales mas viles, y corren entre un círculo inmenso de muchas formas, hasta que èstan purificados de sus crímenes por medio de las penas que sufren.

El Mal Principio transformará todas las cosas por espacio de nueve mil años; pero al fin vendrá el tiempo fixado por el destino, en que Ariman será totalmente destruido y exterminado. La tierra mudará su forma; se restablecerá la armonía universal; y los hombres vivirán felices sin ninguna necesidad corporal. Entre tanto Oromazes descansa, y Mytra combate. Este intervalo parece largo á los mortales; pero para Dios es únicamente como un sueño momentáneo.

Cyro se asombró de oir estas cosas tan sublimes, y exclamó: ¿Luego yo soy un rayo de luz dimanado de su principio, y he de volver á él? Excitais en mi interior un nuevo é inagotable orígen de pla-

ceres. Podrán quizá afligirme las adversidades; pero jamas me agoviarán. Todas las desgracias de la vida me parecerán sueños pasageros. Las grandezas humanas se desvanecen. Nada veo grande, sino el imitar á los Inmortales para volver á entrar en su sociedad despues de la muerte. ¡O Padre mio! decidme ¿por qué camino vuelven los héroes á subir al empíreo?

Quanto me alegro, respondió Zoroastro, de ver que os agradan estas verdades. Algun dia las necesitareis. Los Príncipes estan regularmente rodeados de hombres impios y profanos, que aborrecen todo lo que no lisonjea sus pasiones. Ellos procurarán haceros dudar de la Providencia eterna, de las miserias, y de los desórdenes que suceden acá abaxo. No conocen que toda la tierra no es mas que una sola rueda de la gran máquina. Su vista está limitada á un corto número de objetos; y sin embargo que no pueden ver mas, quieren hablar y decidir sobre todas las cosas. Juzgan de la naturaleza y de su Autor, como un hombre, que ha

nacido en una profunda caverna, juzgaria de los objetos que no hubiese visto jamas, sino á la débil luz de una opaca candela.

Sí, Cyro, algun dia se restablecerá la armonía del universo. Vos estais destinado para esta sublime inmortalidad; pero no podeis llegar á ella, sino siendo virtuoso segun vuestro estado, esto es, haciendo felices á los hombres.

Estos discursos de Zoroastro hiciéron una fuerte impresion en el espíritu de Cyro; quien hubiera continuado mucho mas tiempo en la soledad de los Magos, si su obligacion no le hubiese llamado á la corte de Persia.

Su felicidad se aumentaba cada dia. Quanto mas conocia á Casandana, mas descubria en su alma, en sus sentimientos y en sus virtudes aquellos encantos que pocas veces se hallan en la hermosura sola. Ni el matrimonio que ordinariamente debilita las pasiones mas fuertes; ni la inclinacion casi invencible que la naturaleza humana tiene á la variedad, disminuía el mutuo afecto de estos felices amantes. Así

viviéron algunos años, en los que Casandana parió dos hijos, Cambyses y Esmerdis, y dos hijas, Meroe y Aristona; y despues murió en la flor de su edad.

Solo el que ha experimentado la fuerza del verdadero amor, fundado en la virtud, puede imaginar la desconsolada situacion de Cyro. Todo lo perdió perdiendo á Casandana. La inclinacion, la razon, el gusto y la obligacion se uniéron para aumentar su pasion. Amándola habia experimentado todos los placeres del amor, sin conocer sus penas, ni los disgustos que ordinariamente los acompañan. Consideraba quán grande era su pérdida, y rehusaba todo consuelo. Ni las repentinas revoluciones de los estados, ni los duros golpes de una adversa fortuna oprimen los espíritus de los héroes. Las almas nobles y generosas únicamente sienten las desgracias, que miran á los objetos de sus dulces pasiones. Cyro se entregó enteramente al dolor, sin poder desahogarse llorando ó lamentándose. Siempre son mudos los grandes sentimientos. Siguió en

sin un torrente de lágrimas á este profundo sentimiento. Mandane y Araspes, que jamas se apartaban de su lado, no encontraban otro medio de consolarle que llorar con él. El razonamiento y la persuasion no quitan el sentimiento; ni la amistad alivia las penas sino participando de ellas.

Despues de haber continuado mucho tiempo en este abatimiento, volvió á ver á Zoroastro. La conversacion de este grande hombre, que habia experimentado igual desdicha, contribuyó mucho á mitigar la angustia de su espíritu; pero no se recobró, sino poco á poco despues que viajó, por espacio de algunos años.

LIBRO TERCERO.

El Imperio de los Medas gozaba entónces de una profunda paz. Pensando Cambyses que Cyro no podia emplear mejor este tiempo que yendo á informarse de las costumbres, de las leyes y de la reli-

gion de otras naciones, le llamó un dia, y le habló así.

Estás destinado por el grande Oromazes para extender tus conquistas por toda el Asía. Debes instruirte, para hacer felices con tu sabiduría á los pueblos que subyugues con tu valor. Quiero que vayas á Egipto, que es la madre de las ciencias. Desde allí á Grecia, donde hay muchas famosas Repúblicas. Despues á Creta á estudiar las leyes de Minos. Deseo, en fin, que vuelvas por Babilonia y traigas á tu patria todos los conocimientos necesarios para pulir los ingenios de tus vasallos, y hacerte capaz de cumplir tu alto destino. Ve, hijo mio, ve á exâminar la naturaleza humana baxo todas sus diferentes formas. Este corto rincon de la tierra, á quien nosotros llamamos nuestra patria, es una pintura muy pequeña para poder formar por ella un juicio verdadero y perfecto del género humano.

Cyro obedeció las órdenes de su padre, y salió inmediatamente de Persia, acom-

pañado de su amigo Araspes, sin mas comitiva que dos fieles esclavos, para no ser conocido. Baxó, pues, por la ribera del Agradate; se embarcó en el golfo Pérsico, y llegó muy pronto al puerto de Gerra, en la costa de la Arabia Felíz.

El dia siguiente continuó su camino hácia la ciudad de Macoraba [1]. La serenidad del cielo, la benignidad del clima, los perfumes que embalsaman el ayre, la variedad, fertilidad y risueña exterioridad de la naturaleza en todas partes, encantaban sus sentidos. El Príncipe iba admirando la belleza del pais, quando vió á un hombre que venia caminando con paso grave y lento, y como embebido en un pensamiento profundo. Ya estaba cerca de Cyro, sin haberle visto. El Príncipe interrumpió su meditacion, y le preguntó qual era el camino de Badéo, adonde iba á embarcarse para Egipto.

Amenofis, este era su nombre, saludó á los viajantes con mucha urbanidad; y habiéndoles hecho presente que les que-

1 La Meca, lugar santo entre los Arabes.

daba muy poco dia para continuar su jornada, les convidó cortesmente con su campestre habitacion.

Llevólos por una senda á una pequeña colina, no léjos de allí, donde habia formado con sus propias manos varias grutas rústicas. Una fuente que salia al lado de la colina regaba con sus aguas un jardinillo algo distante, y formaba un arroyuelo, cuyo suave murmullo era el único ruido que se podia oir en esta morada de paz y tranquilidad.

Amenofis sirvió á sus huespedes algunas frutas secas y vinos exquisitos; y durante la cena los divirtió con una agradable conversacion. Veíase en su rostro una alegría natural y serena. Sus discursos eran discretos, y sus sentimientos nobles. Tenia la política de un hombre educado en las cortes de los Reyes, lo qual excitó á Cyro una gran curiosidad de saber la causa de su retiro. Para ganar la confianza de Amenofis, le dixo quien era, y el designio de sus viages: manifestóle al mismo tiempo su deseo; pero con el modesto res-

peto que se debe tener á un extrangero. Amenofis lo conoció, y empezó así la historia de su vida y sus infortunios.

Aunque soy descendiente de una de las mas antiguas familias de Egipto, sin embargo, por la vicisitud de las cosas humanas, la rama de quien desciendo ha caido en gran pobreza. Mi padre vivia cerca de Diospolis, ciudad del alto Egipto, cultivando su hacienda paterna con sus propias manos. Crióme con la sencillez de una vida campestre, haciéndome gustar de los verdaderos placeres: me enseñó á poner mi felicidad en el estudio de las ciencias, y á hacer la agricultura, la caza y las artes liberales mis mas dulces ocupaciones.

El Rey Apris recorria con freqüencia todo su reyno. Pasando un dia por un bosque inmediato adonde yo vivia, me vió á la sombra de una palmera, donde estaba leyendo los sagrados libros de Hermes.

No tenia yo entónces mas que diez y seis años. Mi juventud y mi aspecto llamáron la atencion del Rey. Acercóse á mí;

preguntóme mi nombre y mi estado, y que estaba leyendo. Agradáronle mis respuestas, mandó que se me conduxese á su corte con consentimiento de mi padre, y que no se omitiese cosa alguna en mi educacion.

El amor que Apris me tenia poco á poco se mudó en confianza, la qual se aumentaba á proporcion que yo crecia en edad. Mi corazon estaba lleno de afecto y gratitud. Jóven y sin experiencia pensaba que los Príncipes eran capaces de amistad: no sabía que los Dioses les han negado este dulce consuelo en contrapeso de su grandeza.

Despues de haberle seguido en sus guerras contra los Sidonianos y Chiprenses, llegué á ser su único favorito. Me comunicó los secretos mas importantes de su Estado; y me honró con el empleo mas distinguido, el qual me proporcionaba estar siempre á su lado.

Jamas olvidé la obscuridad de donde el Rey me habia sacado. Me acordaba que habia sido pobre, y temia ser rico. De

este modo conservé mi integridad en medio de mi elevacion. Fuí algunas veces al alto Egipto, del que era Gobernador, á ver el lugar de mi nacimiento. Sobre todo, visitaba con placer el bosque donde Apris me encontró. Bienaventurada soledad, decia dentro de mí mismo, adonde aprendí las primeras máxîmas de la verdadera sabiduría: ¡quan infeliz sería yo si olvidase la inocencia y la sencillez de mis primeros años, en que ni sentia los injustos deseos, ni conocia los objetos que los excitan!

Muchas veces intenté dexarlo todo y quedarme en aquella admirable soledad. Este era sin duda un presentimiento de lo que me habia de suceder, porque Apris empezó poco despues á dudar de mi fidelidad [1]. Amasis, que me debia su fortuna, procuró inspirarle esta desconfianza. Era hombre de baxo nacimiento; pero de gran valor. Tenia grandes conocimientos, así naturales como adquiridos; pero su corazon estaba corrompido. El

1 Herod. *lib.* 1. y 2.

hombre de mucho espíritu é ingenio, que no repara en lo justo, fácilmente grangea el favor de los Príncipes.

La sospecha estaba léjos de mi corazon: No desconfiaba de un hombre á quien habia colmado de beneficios. Para serme mas fácilmente traydor, se cubrió con el velo de un profundo disimulo.

Aunque yo aborrecia la lisonja, no era insensible á las delicadas alabanzas. Amasis conoció luego mi debilidad, y sacó artificiosamente de ella su ventaja. Manifestaba un candor, una nobleza de alma, y un desinteres que me admiraban. En una palabra, ganó mi confianza, de modo que él era para conmigo lo mismo que yo para con el Rey. Presentéle, pues, á Apris como un hombre verdaderamente digno de servirle; y en breve logró él entrar libremente á ver al Príncipe quando queria.

El Rey tenia grandes prendas; pero le agradaba gobernar á su arbitrio: no se sujetaba á las leyes, ni oía el consejo de los treinta Jueces.

Mi amor, á la verdad, no siempre se

regulaba con una exâcta prudencia; y el afecto que yo tenia al Rey ordinariamente me hacia hablarle en términos muy fuertes, y con poco respeto.

Poco á poco conocí su frialdad para conmigo, y la confianza que iba poniendo en Amasis. Léjos de rezelarme de esto, me regocijaba de la elevacion de un hombre, á quien no solo creía mi amigo, sino tambien zeloso del bien público.

Amásis me decia muchas veces como afligido: no me complace el favor del Príncipe, por veros privado de él. No importa, respondia yo, hágase el bien, y sea por qualquiera.

Todas las principales ciudades del alto Egipto me dirigiéron sus quejas sobre los subsidios extraordinarios que el Rey les exîgia. Escribí cartas circulares, para sosegar al pueblo. Amasis las interceptó, y contrahaciendo exâctamente la letra, envió otras en mi nombre á los habitantes de Diospolis, mi patria, en las que les decia que si no podia ganar al Rey con la persuasion, me pondria yo mismo á su ca-

beza, y le obligaria á tratarlos con mas humanidad.

Este pueblo era naturalmente inclinado á la rebelion; é imaginando que yo era el autor de aquellas cartas, creyó entrar conmigo en secreta comunicacion. Amasis llevó algunos meses en mi nombre esta correspondencia. Al fin, pensando que tenia suficientes pruebas para perderme, se echó á los pies del Príncipe, le descubrió la pretendida conspiracion, y le enseñó las cartas que habia fingido.

Fuí luego arrestado y puesto en una estrecha prision. Señalóse el dia en que habia de ser castigado públicamente. Amasis vino á verme: al principio se manifestó como si estuviese sin saber qué creer, como dudoso de lo que debia juzgar de mi virtud, de quien tenia largo conocimiento, y aun conmovido con la evidencia de las pruebas, y muy enternecido de mi infortunio.

Despues de haber hablado algun tiempo con él, se manifestó convencido de mi inocencia, me prometió hacérsela presente

al Príncipe, y procurar descubrir los autores de semejante iniquidad.

Para ocultar mejor sus pérfidos designios fué á hablar al Rey, y fingiendo que deseaba conseguir que me perdonase, le dió á entender que mas obraba por gratitud y compasion, para con un hombre á quien lo debia todo, que por convencimiento de mi inocencia. De este modo le confirmó artificiosamente en la persuasion de ser yo delinqüente; por lo que el Rey, naturalmente sospechoso, fué inexôrable.

El ruido de mi traycion se esparció por todo el Egipto. Gentes de diferentes provinçias entráron á montones en Sais para ver el trágico espectáculo que se preparaba. Llegando en fin el fatal dia, muchos de mis amigos se pusiéron á la cabeza de una numerosa multitud, y me libráron á viva fuerza de la muerte que me estaba ordenada. Las tropas del Rey hiciéron alguna resistencia al principio; pero la mayor parte se declaró por mí. Pude entónces hacer una revolucion semejante á la que Amasis hizo despues; pero no me

aproveché de esta feliz conyuntura, mas que para justificarme con Apris. Le envié uno de mis libertadores, para asegurarle que su injusticia no me hacia olvidar mi obligacion, y que mi único designio era el convencerle de mi inocencia.

Me mandó que fuese á verle, á su palacio, lo que yo podia hacer con mucha seguridad, estando el pueblo sobre las armas al rededor de él. Amasis estaba con el Rey. Aquel pérfido, continuando con su disimulo, corrió aceleradamente á encontrarme. Presentándome al Rey, le dixo, quanto me alegro de ver que la conducta de Amenofis no os dexa lugar para dudar de su fidelidad. Bien veo, respondió Apris con frialdad, qué no aspira á reynar: le perdono el haber intentado limitar mi autoridad por complacer á sus conciudadanos. Yo contesté al Rey, que estaba inocente del crímen qué se me imputaba, y que ignoraba quien fuese el autor de él. Amasis procuró entónces hacer que la sospecha recayese sobre los mejores amigos y mas fieles servidores del Rey.

Conocí que el espíritu del Príncipe no estaba curado de su desconfianza; por lo que, para evitar algunas nuevas acusaciones, despues de haber persuadido al pueblo que se dispersase, me retiré de la corte, y me volví á mi primera soledad, adonde no llevé conmigo mas que mi pobreza y mi inocencia.

Apris envió tropas á Diospolis para impedir una insurreccion, y mandó que se observase mi conducta. Sin duda imaginaba que yo jamas podria contentarme con una vida quieta y pacífica despues de haber obtenido los empleos mas distinguidos.

Al mismo tiempo Amasis adquirió un absoluto ascendiente sobre el espíritu del Rey. Este favorito le hizo sospechar de sus mejores amigos, y desterrarlos, para separar de la inmediacion del trono á los que podian impedirle la usurpacion que estaba proyectando. Bien presto se le presentó ocasion de poner en execucion sus negros designios.

[1] Habiendo tomado los Cireneos, co-

1 Herodoto en el lugar citado.

lonia de Griegos establecidos en Africa, una gran parte de tierras á los Libios, entregáronse estos á Apris para obtener su proteccion: Apris marchó á Libia con un grande exército, compuesto principalmente de descontentos, para hacer la guerra á los Cireneos. Derrotado el exército, los Egipcios creyéron que se les habia llevado allí para perecer, á fin de poder reynar mas despóticamente. Este pensamiento los irritó; formáron una liga en el baxo Egipto, y tomáron las armas.

El Rey envió á Amasis para apaciguarlos y hacerlos volver á su obligacion. Declaráronse entónces los designios de aquel pérfido Ministro. Léjos de pacificarlos, los irritó mas y mas: púsose él mismo á su cabeza, y fué proclamado Rey. La revolucion se hizo universal. Apris se vió obligado á dexar á Sais, y á escaparse al alto Egipto.

Retiróse á Diospolis. Conseguí que los habitantes de aquella ciudad olvidasen las injusticias que les habia hecho. Miéntras que continuó allí, tuve libertad de acer-

carme á su persona; pero evitaba con cuidado el decirle cosa alguna, que le pudiese recordar las desgracias que me habia hecho sufrir.

Cayó en una profunda melancolía. Aquel espíritu, que habia sido tan altanero en la prosperidad, y se jactaba que ni aun los mismos Dioses podian destronarle, no pudo sufrir la adversidad. Aquel Príncipe tan renombrado por su valor no tenia verdadera fortaleza de alma. Mil veces habia despreciado la muerte; pero no podia despreciar la fortuna. Yo procuraba tranquilizarle, animar su espíritu, y apartar de él las melancólicas ideas que le abatian. Leíale con freqüencia los libros de Hermes Trimegisto, y particularmente le hacia mucha impresion este famoso pasage. *Quando los Dioses aman á los Príncipes vierten en la copa de su hado una mezcla de bueno y de malo, para que no olviden que son hombres.*

Estas reflexîones aliviaban poco á poco sus penas. Yo sentia un gozo inexplicable de ver que empezaba á amar la virtud,

y que esto le tranquilizaba en medio de sus infortunios.

Se esforzó, pues, cobró ánimo y vigor para salir de la infeliz situacion en que habia caido. Juntó treinta mil Carios y Jonios, que se habian establecido, ya hacia algun tiempo, en Egipto baxo su proteccion. Marchamos contra el usurpador, y le atacamos cerca de Menfis; pero como no teníamos mas que tropas extrangeras, fuimos enteramente derrotados.

Amasis hizo que se me buscase por todas partes; pero habiéndose esparcido la voz de mi muerte, y pasado veinte años desde que me retiré de la corte, fuí confundido con otros prisioneros, y puesto en una alta torre en Menfis.

El Rey fué llevado á Sais, donde Amasis le hizo grandes honores por algunos dias. Para sondear las inclinaciones del pueblo, le propuso restituirle el trono; pero secretamente proyectaba quitarle la vida. Todos los Egipcios pedian la muerte del Príncipe: púsole Amasis en sus manos para que hiciesen lo que gustasen de él. Fue

en fin ahogado en su propio palacio, y el usurpador coronado con solemnidad [1].

Apénas se sosegó el pueblo quando se abandonó á la inconstância, que es natural en la multitud. Empezó á despreciar el baxo nacimiento del Rey, y á murmurar contra él. Pero este hábil político se sirvió con felicidad de su destreza para evitar una rebelion.

Habia una fuente de oro, en la que los Reyes de Egipto y sus cortesanos acostumbraban lavarse las manos en las fiestas solemnes. Mandó hacer de ella una estatua de Serapis, y exponerla á la adoracion del pueblo. Veía con placer que este corria de todas partes con precipitacion á darla culto; y habiendo juntado á los Egipcios les hizo la siguiente arenga.

Oidme, ciudadanos. Esta estatua, que al presente adorais, os servía en otro tiempo para los usos mas viles. Todo depende de vuestro arbitrio y de vuestra opinion. Toda autoridad reside originariamente en el pueblo. Vosotros sois árbitros absolutos de

1 Herod. *lib.* 2. Diodor. Sicul. *lib.* 1. *p.* 2.

la religion y de la soberanía, y creais al mismo tiempo vuestros Dioses y vuestros Reyes. Os dexo libres de los vanos temores de unos y de otros, haciéndoos conocer vuestros justos derechos. Todos los hombres nacen iguales; solo vuestra voluntad los distingue. Quando quereis elevar á alguno al grado mas alto, no debe continuar en él sino miéntras fuese de vuestró agrado. De vosotros solos he recibido mi autoridad; podeis reasumirla, y darla á quien os haga mas felices que yo. Mostradme ese hombre, y baxaré inmediatamente del trono, y me juntaré con gusto con la multitud.

Amasis consolidó su autoridad con este impio discurso, que lisonjeaba al pueblo. Suplicáronle que permaneciese en el trono. Él manifestó aceptar la corona, como si les hiciese un gran favor. Es adorado por los Egipcios, á quienes gobierna con dulzura y moderacion. Así lo exîge la buena política, y se satisface su ambicion. Vive en Sais con una magnificencia, que deslumbra á quantos se le acercan. Pare-

ce que nada falta á su felicidad; pero sé que interiormente está muy distante de gozar la satisfaccion que manifiesta en lo exterior. Piensa que todos los que le rodean son como él, y que quieren serle traydores como él lo fué á su Señor. Estas continuas desconfianzas le impiden gozar el fruto de su crímen. De este modo le castigan los Dioses por su usurpacion. Crueles remordimientos despedazan su corazon, y melancólicos cuidados se ven pintados en su semblante. La cólera del grande Osiris le persigue en todas partes. El esplendor de la corona no puede hacerle feliz, porque jamas disfruta paz en su alma, ni amable confianza en la amistad de los hombres, la qual es el mas dulce encanto de la vida.

Amenofis iba á continuar su historia, quando Cyro le interrumpió para preguntarle cómo pudo lograr Amasis semejante ascendiente sobre el espíritu de Apris.

Al Rey, respondió Amenofis, no le faltaba talento ni virtud; pero no gustaba que se le contradixese. Aunque mandaba

á sus Ministros que le dixesen la verdad, jamas perdonaba á los que lo hacian: amaba la lisonja, sin embargo que afectaba aborrecerla. Amasis conoció su flaqueza, y la manejó con arte. Quando Apris manifestaba alguna repugnancia en adoptar las despóticas máxîmas que su pérfido Ministro le queria inspirar, insinuaba al Rey que la multitud, incapaz de razon, debia ser gobernada por una autoridad absoluta; y que siendo los Príncipes los que hacen las veces de los Dioses, pueden obrar como ellos, sin dar razon de su conducta. Sazonaba sus consejos con tan aparentes principios de virtud, y tan finas alabanzas, que el Príncipe, habiendo sido engañado, se hizo aborrecido de sus vasallos sin conocerlo.

Cyro, enternecido con esta melancólica relacion de un Rey desgraciado, no pudo dexar de decir á Amenofis. Me parece que Apris es mas digno de lástima que de vituperio. ¡Quan dificil les es á los buenos Príncipes el descubrir el engaño quando se encubre con tanto arte!

La felicidad del pueblo, respondió Amenofis, es la del Príncipe. Sus verdaderos intereses estan unidos por necesidad, por mas que algunos se esfuercen á separarlos. El que intenta inspirar á los Príncipes máxîmas contrarias, debe ser mirado como enemigo del Estado.

Además, los Reyes deben desconfiar de un hombre que jamás les contradice, y únicamente les dice las verdades que les han de agradar. No se necesita mas prueba de la corrupcion de un Ministro, que el verle preferir el favor á la gloria de su Soberano.

Finalmente un Príncipe puede saber aprovecharse de los talentos de sus Ministros; pero jamás debe entregarse ciegamente á sus consejos. Puede franquearse un poco con los hombres; pero no ponerse enteramente en sus manos.

¡Ay! exclamó Cyro: ¡quán infeliz es la condicion de los Reyes! pueden, decis, franquearse un poco con los hombres; pero no ponerse enteramente en sus manos: De este modo nunca conocerán las deli-

cias de la amistad. ¡Quan digna de compasion es mi suerte, si el esplendor de la corona es incompatible con el mayor de todos los beneficios!

Quando un Príncipe bien nacido, replicó Amenofis, no olvida que es hombre, puede hallar amigos que no olviden que es Rey; pero aun entónces no debe influir su amistad en los negocios de Estado. Como particular puede gozar de los placeres de una tierna amistad; mas como Príncipe debe asemejarse á los Inmortales, quienes no tienen pasiones.

Despues de estas reflexîones Amenofis, á ruego de Cyro, continuó su historia del modo siguiente.

Permanecí desconocido algunos años en mi prision de Menfis. Mi reclusion era tan estrecha que no podia hablar ni ver á persona alguna. Estando de este modo abandonado á la soledad, y sin ningun consuelo, sufrí los tormentos mas crueles. El hombre no halla dentro de sí mismo mas que un vacío espantoso, que le hace enteramente inconsolable. Su feli-

cidad procede solamente de entretenimientos, que le impiden sentir su insuficiencia natural. Deseaba ardientemente la muerte; pero respetaba á los Dioses, y no me atrevia á quitarme la vida, porque estaba persuadido que solo los que me la diéron tenian derecho para quitarmela.

Estando un dia oprimido con las reflexîones mas melancólicas, oí de repente un ruido, como si alguno escalase la pared de mi prision. Era un hombre que procuraba escaparse, y en pocos dias se habrió camino para pasar á mi habitacion. Este prisionero, aunque extrangero, me habló con perfeccion en lengua Egipciá. Me dixo que era de Tiro; que se llamaba Arobal; que habia servido á Apris en las tropas Carias, y que fue hecho prisionero al mismo tiempo que yo. Jamas he encontrado un hombre de conversacion mas urbana, mas expresiva, ni mas agradable. Sus discursos eran llenos de fuego, delicadeza y gracia. Quando decia segunda vez algunas cosas, parecia que no las repetia. Nos referíamos mutuamente nuestras aventuras, y nuestros infor-

tunios. La complacencia que yo hallaba en la conversacion de este extrangero, me hacia olvidar la pérdida de mi libertad.

Fuimos sacados de la prision algun tiempo despues; pero para padecer nuevas penas, porque nos condenáron á las minas. No esperábamos mas alivio que la muerte. No obstante, la amistad suavizaba nuestras miserias, y conservábamos bastante ánimo para divertirnos, aun en medio de la esclavitud, observando las maravillas ocultas en las entrañas de la tierra.

Nada se produce por acaso: todo es efecto de una circulacion, que junta, alimenta y renueva sin cesar todas las partes de la naturaleza. Las piedras y los metales son cuerpos organizados, que se alimentan, y crecen como las plantas. Los fuegos y las aguas encerradas en las concavidades de la tierra proveen, como el sol y las lluvias, un calor y un xugo nutritivo á esta admirable especie de vegetales. Veíamos con placer estas bellezas, comunmente desconocidas de los hombres. Mas ¡ ay! nos faltaba la luz del dia, y no

podíamos distinguir cosa alguna, sino al resplandor de las lámparas.

Casi estábamos acostumbrados á este nuevo género de desdicha, quando el cielo nos restituyó la libertad por medio de un golpe tan terrible como inesperado.

Los fuegos subterráneos rompen algunas veces sus prisiones con tanta violencia, que parece que se estremece la naturaleza hasta sus fundamentos. Sentíamos con freqüencia aquellas terribles convulsiones. Un dia se redobláron los temblores, y parecia que gemia la tierra. Solo esperábamos la muerte, quando estos impetuosos fuegos nos abriéron paso para una espaciosa caverna. Lo que nos anunciaba la pérdida de la vida, nos procuró la libertad.

Caminamos mucho tiempo con la luz de nuestras lámparas ántes que viésemos la claridad del dia. Llegamos en fin al último del subterráneo, el qual remataba en un templo antiguo, el que por los baxos relieves, que estaban sobre el altar, conocimos que habia sido consagrado á Osiris. Nos postramos y adoramos

aquella Divinidad. No teníamos víctimas que ofrecer, ni cosa alguna con que hacer libaciones; pero en lugar de sacrificio hicimos voto solemne de amar siempre la virtud. Este Templo estaba situado cerca del golfo Arábigo, donde nos embarcamos en una nave que salia para Muza. Cruzamos gran parte del Arabia Feliz; y al fin llegamos á esta soledad. Parece que los Dioses han ocultado los lugares mas bellos de la tierra, á los que no conocen el precio de una vida pacífica y tranquila. En estos bosques hallamos hombres de un natural suave y humano, llenos de verdad y de justicia.

Bien presto nos hicimos famosos entre ellos. Arobal los enseñó á manejar los arcos, y arrojar dardos para destruir las fieras que aniquilaban sus ganados. Yo los enseñé las Leyes de Hermes, y curé sus enfermedades, valiéndome del conocimiento que tenia de los simples. Ellos nos miraban como hombres divinos, y nosotros admirábamos todos los dias los movimientos de la pura naturaleza, que

observamos en ellos, su verdadera alegría, su ingenua sencillez, y su afectuosa gratitud.

Entónces conocimos que las grandes ciudades y las magníficas cortes no han servido poco para corromper las costumbres y la moral de los hombres, y que uniéndose una multitud en el mismo lugar, ordinariamente reune y multiplica tambien sus pasiones. Dimos gracias á los Dioses por habernos desengañado de los aparentes placeres y falsas virtudes, así políticas como militares, que el amor propio ha introducido en las sociedades numerosas, para engañar á los hombres, y hacerlos esclavos de su ambicion.

Mas ¡ay! ¡quan débil é inconstante es el espíritu del hombre! Arobal, aquel virtuoso, apasionado y generoso amigo, que habia sufrido la prision y la esclavitud con tanta constancia, no pudo contentarse con una vida privada. Teniendo un genio guerrero, suspiraba por grandes hazañas; y siendo Filósofo mas en la especulativa que en la práctica, me confesó

que no podia soportar mas el sosiego de la soledad. Dexóme, en fin; y desde entónces nunca le he vuelto á ver.

Me veo como un ser aislado en la tierra. Apris me persiguió. Amasis me fue traydor. Arobal me abandonó. Por todas partes hallo un vacío espantóso. Experimento que és muy dificil hallar la amistad, la mayor de todas las felicidades. Pasiones, fragilidades, mil contrariedades la enfrian ó descomponen. Los hombres se aman demasiado á sí mismos, para amar bien á un amigo. Ahora los conozco, y no puedo estimarlos; sin embargo, no los aborrezco: les tengo una sincera benevolencia, y quiero hacerles bien sin ninguna esperanza de recompensa.

Miéntras que Cyro estaba escuchando al sabio Egipcio, se veían en su semblante los sentimientos y las pasiones que debian naturalmente excitar en él todos los varios sucesos. Cobró grande estimacion á Amenofis, y no pudo, sin repugnancia, resolverse á dexarle. Si yo hubiese nacido hombre particular, le dixo, me creeria

feliz en pasar en vuestra compañía lo que me resta de vida en este retiro; pero el cielo me destina á los trabajos del Imperio: obedezco sus órdenes, no tanto, á mi parecer, por agradar á mi ambicion, como por poder contribuir á la felicidad de Persia.

Id Cyro, respondió Amenofis, id á exercer todo vuestro poder para hacerla feliz. No es lícito gustar el descanso hasta que hayamos trabajado mucho tiempo en servir á nuestra patria. El hombre no ha nacido para sí mismo, sino para la sociedad.

Cyro y Araspes continuáron su camino, y atravesáron el pais de los Sabéos. Araspes iba algunas veces pensativo; advirtiólo Cyro, preguntóle el motivo, y respondió: Sois Príncipe, y no me atrevo á deciros lo que pienso. Olvidemos el respeto de Príncipe, dixo Cyro, y hablemos como amigos. Bien, pues, prosiguió Araspes, obedezco. Me horroriza todo lo que Amenofis ha dicho sobre la instabilidad del corazon humano, respecto á la amistad. Siento ordinariamente las contrariedades de que

ha hablado. Algunas veces me enfadan vuestras costumbres, muy enemigas de los placeres. Sin duda tambien á vos os disgustan mis imperfecciones. ¡Quan infeliz sería yo si esta diferencia de genios alterase nuestra amistad!

Todos los hombres tienen sus flaquezas, respondió Cyro. El que busca un amigo sin imperfecciones, jamas le hallará por mas que le busque. Si nosotros no estamos siempre igualmente contentos con nosotros mismos, ¿cómo podrémos estarlo con nuestros amigos? Sí, sin embargo de nuestras faltas, nos amamos á nosotros mismos, debemos, pues, amar del mismo modo á nuestros amigos. Vos teneis vuestras flaquezas, y yo tengo las mias; pero nuestra franqueza en confesar nuestros errores, y nuestra indulgencia en disimulárnoslos mutuamente, debe ser el vínculo de nuestra amistad. No se trata al amigo como á sí mismo, sino manifestándole sin rebozo su alma. Esta ingenuidad hace que se desvanezcan todas las imperfecciones. Para ser sinceros con los demas hombres, basta no

afectar lo que no somos; pero con un amigo debemos ser llanos y sencillos, manifestándonos como realmente somos.

De este modo fuéron conversando juntos, hasta que llegáron á la ribera del golfo Arabigo, donde se embarcáron para Egipto. Cyro se admiró de hallar en este pais una nueva especie de belleza, que no habia visto en la Arabia Feliz. En esta todo era efecto de la simple naturaleza; en aquel todas las cosas estaban perfeccionadas con el arte.

[1] Rara vez llueve en Egipto; pero el Nilo le riega con sus inundaciones periódicas, y suple esta falta con las lluvias y las nieves derretidas de otros paises. Atraviésale un número casi infinito de utilísimos canales, los quales todo lo fertilizan con sus aguas, hacen mas fácil la comunicacion entre las ciudades, juntan los mares Mediterráneo y Roxo, y de este modo se mantienen con esplendor el comercio exterior é interior.

1 Diodor. Sic. *lib. 1. p. 2.* Herod. *lib. 2.* Estrab. *lib. 11.*

Las ciudades, edificadas con inmenso trabajo, parecian islas en medio de las aguas, dominando las llanuras inundadas y fertilizadas por aquel rio benéfico. Quando crece demasiado, grandes estanques, hechos á propósito, abren su vasto seno para recibir aquellas fructíferas aguas, las quales se sueltan ó quedan cerradas por medio de diques, segun lo exîge la necesidad. Tal era el uso del lago Meris, construido por uno de los antiguos Reyes de Egipto, de quien ha tomado el nombre. Su circunferencia es de ciento y ochenta leguas [1].

Las ciudades de Egipto eran numerosas, bien pobladas, espaciosas, y llênas de magníficos templos y soberbios palacios adornados de estatuas y columnas.

Cyro, despues de haber exâminado todas estas bellezas, fue á ver el famoso laberinto fabricado por los doce Nomarcos, el qual se componia de doce magníficos y bien dispuestos palacios. Tres mil piezas, que se

1 Mil y ochocientos estadios, segun Herod. y Diod. Sic.

comunicaban por medio de terrados, estaban regladas al rededor de doce salas; de modo que el que entraba sin guia jamas podia encontrar el camino para salir. Por debaxo de tierra habia otras tantas destinadas para sepulcros de los Reyes.

Los pavimentos eran de mármol, como tambien las paredes, en las que habia esculturas de baxo relieve, las quales representaban las Historias de los Reyes. Los Príncipes, que estaban sepultados debaxo, parecian revivir en ellas. De este modo el mismo palacio contenia monumentos que ponian á un mismo tiempo delante de los Monarcas su grandeza y su nada.

Ademas de los templos y de los palacios, destinados para adoracion de los Dioses y habitacion de los mortales, se veían tambien en Egipto, y especialmente cerca de Menfis, varias pirámides, que servian de panteones para los grandes hombres. Este sabio Pueblo creía que debia levantar grandes monumentos á los muertos, para inmortalizar el mérito y perpetuar la emulacion.

La mas famosa de estas pirámides era la de Hermes, de piedra bruñida, y de mas de seiscientos pies de alto. Ni los vientos ni los terremotos podian ofenderla, porque el gusto de los Egipcios mas miraba á la solidez que al adorno. Por cada puerta de esta pirámide se entraba á siete aposentos, que tenian los nombres de los planetas. En cada uno de ellos habia una estatua de oro. La mas grande era la del Sol ú Osiris, la qual tenia un libro sobre su frente, y la mano en la boca. En lo exterior del libro se leía esta inscripcion: *Se debe leer con grande silencio*: para significar, decian los Sacerdotes Egipcios, que no podemos llegar á conocer la Naturaleza Divina, sino imponiendo silencio á los sentidos y á la imaginacion.

Cyro, despues de haber exâminado todas estas maravillas, se aplicó á aprender la Historia, la Política y las Leyes del antiguo Egipto, las quales fuéron el modelo de las de Grecia.

Supo que los Sacerdotes Egipcios habian compuesto su Historia de una infinita

série de siglos. Perdíanse gustosos en aquel abismo de tiempo, en que Osiris gobernaba á los hombres por sí mismo. Todas las ficciones con que han llenado sus Anales, sobre el reynado de los Dioses y Semidioses, no son mas que alegorías para explicar el primer estado de las almas ántes que baxasen á los cuerpos mortales.

Segun ellos el Egipto era entónces la morada favorita de los Dioses, y el lugar que mas les agradaba de todo el universo. Creían que su pais era el que ménos se habia mudado y desfigurado despues del orígen del mal, y de la gran revolucion que sucedió por la rebelion del monstruo Tifon. Siendo regado por el Nilo, continuó fecundo quando todo lo demas de la naturaleza estaba estéril. Miraban el Egipto como la madre de los hombres y de toda criatura viviente.

Su primer Rey se llamó Menes. Su Historia desde este tiempo se ciñe dentro de límites razonables, y se reduce á tres edades. La primera desde Menes hasta los

Reyes Pastores abraza ochocientos años. La segunda, desde los Reyes Pastores hasta Sesostris, quatrocientos. La tercera, desde Sesostris hasta Amasis, comprehende mas de siete siglos [1].

Durante la primera edad Egipto estuvo dividido en muchas Dinastías ó Gobiernos; cada uno de los quales tenia su Rey. Sus principales residencias eran Menfis, Tanis, Tis, Elefantia. y Tebas. Esta última Dinastía destruyó todas las demas, y se hizo señora de ellas. Los Egipcios no tenian entónces comercio con los extrangeros; solo se contentaban con la agricultura y con una vida pastoril. Los Pastores eran Héroes, y los Reyes Filósofos. Vivia el primer Hermes, el qual penetró todos los secretos de la naturaleza y de la teología. Finalmente floreciéron las ciencias ocultas. Los Griegos, dicen los Egipcios, imaginan que el mundo era ignorante en su infancia; pero piensan así porque son niños [2]. Nada saben del orígen del mun-

1 Véase á Marsham *Can. Cron.*

2 Expresiones de Platon. Véase el Discurso citado.

do, de su antigüedad y de las revoluciones que han acaecido en él. Los hombres, en tiempo de Mercurio, aun se acordaban de su primer estado, y tenian varias tradiciones, que nosotros hemos perdido. Las Artes de imitacion, la Poesía, la Música, la Pintura, todas las cosas que dependen de la imaginacion, no son mas que vagatelas en comparacion de las Ciencias sublimes, conocidas por los primeros hombres. La naturaleza obedecia en aquel tiempo á la voz de los Sabios, quienes podian poner en movimiento todos los resortes ocultos, y hacian quando querian los prodigios mas asombrosos. Los Genios aéreos les estaban sumisos [1]. Comunicaban con freqüencia con los Espíritus etéreos, y algunas veces con las puras Inteligencias que habitan en el empíreo. Hemos perdido, decian los Sacerdotes Egipcios, aquellos sublimes conocimientos. Solo nos quedan algunos vestigios sobre nuestros antiguos obeliscos, los qnales son, digámoslo así, los fundamentos de nuestra

1 Jambl. *De Mistr. Ægiptiorum.*

Teología, de nuestros misterios y de nuestra tradicion relativa á la Divinidad y á la naturaleza, no á los Anales de nuestra Historia Civil, como imaginan los ignorantes.

La segunda edad fue la de los Reyes Pastores, que viniéron de Arabia, é inundáron el Egipto con doscientos mil hombres. La barbarie de estos Arabes groseros é ignorantes hizo despreciar y olvidar las Ciencias sublimes y ocultas. No podian comprehender mas que lo material y sensible. Mudóse, pues, enteramente el genio de los Egipcios, y se inclinó al estudio de las Artes, de la Arquitectura, del Comercio, de la Guerra, y de toda especie de conocimientos superficiales é inútiles para todos los que pueden contentarse con la simple naturaleza. Entónces fué quando se introduxo en Egipto la Idolatría; y la Escultura, la Pintura y la Poesía obscureciéron las ideas puras, transformándolas en imágenes sensibles, en las que se paró el vulgo sin penetrar la oculta significacion de las alegorías.

Poco despues de esta invasion de los Arabes, muchos Egipcios, que no pudiéron sufrir el yugo extrangero, dexáron su patria, y se estableciéron en colonias en todas las partes del mundo. A ellos se deben todos los hombres grandes y famosos de otras naciones: el Babylonio Belo, el Ateniense Cecrops, y el Beocio Cadmo. Todos los pueblos del universo deben á Egipto sus Leyes, sus Ciencias y su Religion. De este modo hablaban los Sacerdotes á Cyro.

En aquel siglo vivia el segundo Hermes, llamado Trimegistro, el qual restableció la Religion antigua, y recopiló las Leyes y Ciencias del primer Mercurio en quarenta y dos volúmenes, los quales se intituláron *tesoro de los remedios del alma*; porque la curaban de su ignorancia, orígen de todos los males.

La tercera edad fué la de las conquistas y del luxo. Perfeccionáronse mas y mas; multiplicáronse las ciudades, los edificios y las pirámides. El Rey de Egipto hizo que se llevasen á su corte todos los niños que ha-

bian nacido en el mismo dia que su hijo Sesostris, para que fuesen criados y educados con el mismo cuidado que este jóven Príncipe; quien, luego que murió su padre, levantó un formidable exército, y destinó para Oficiales los jóvenes que se habian criado con él. Entre ellos habia cerca de dos mil capaces de inspirar á todas las tropas ánimo, virtudes militares, y afecto al Príncipe, á quien consideraban al mismo tiempo como hermano y como Rey. Sesostris se propuso conquistar todo el mundo, y penetró en las Indias mas que Baco y Hércules. Los Escitas se sometiéron á su imperio. La Tracia y el Asia Menor estan llenas de monumentos de sus victorias. En ellos se ven las soberbias inscripciones de *Sesostris, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores*. Habiendo extendido sus conquistas desde el Ganges hasta el Danubio, y desde la ribera del Tanais hasta las estremidades del Africa, volvió despues de nueve años de ausencia, cargado de despojos de las naciones vencidas, en un carro triunfal conducido por

los Reyes que habia subyugado.

Su gobierno fue totalmente militar y despótico. Disminuyó la autoridad de los Sacerdotes, y transfirió su poder á los Gefes del exército, entre los que se introduxo la division despues de su muerte. Se habian hecho muy poderosos para continuar unidos á su Soberano. Reynando Anisis el ciego, Sabacon el Etiope se aprovechó de sus discordias, é invadió el Egipto. Este religioso Príncipe restableció á los Sacerdotes sus antiguas facultades; reynó cincuenta años en profunda paz; y despues volvió á su patria para obedecer los oráculos de sus Dioses.

Abandonado de este modo el Reyno, cayó en manos de Seton, Sumo Sacerdote de Vulcano, que destruyó enteramente el Arte militar entre los Egipcios, y despreció á sus profesores. El imperio de la superstición, que enerva el espíritu, sucedió al despotismo, el qual le habia abatido demasiado.

Sostúvose despues el Egipto con tropas extrangeras, hasta que al fin cayó po-

co á poco en la anarquía. Doce Nomarcos ó Gobernadores, elegidos por el Pueblo, dividiéron el Reyno entre sí. Uno de ellos, llamado Psamético, subyugó á todos los demas. Egipto se recobró un poco, y continuó bastante poderoso por cinco ó seis reynados, hasta que al fin este antiguo Reyno se hizo tributario de Nabucodonosor, Rey de Babilonia.

Convencido Cyro de que las conquistas de Sesostris fuéron el orígen de todas estas calamidades, conoció que los Príncipes, que no se sacian de conquistar, son enemigos de su posteridad. Procurando extender demasiado su dominio destruyen los fundamentos de su autoridad.

Las antiguas Leyes perdiéron su vigor en tiempo de Sesostris. Cyro recopiló las principales, conversando con todos los grandes hombres y sabios viejos que vivian entónces. Todas pueden reducirse á tres, de las que dependen las demas. La primera con relacion á los Reyes, la segunda á la Policía, y la tercera á la Jurisprudencia Civil.

El Reyno era hereditario; pero los Reyes estaban obligados á observar las Leyes con mayor exâctitud que los otros. Los Egipcios creían que era una usurpacion criminal de los derechos del Grande Osiris, y una loca presuncion, el querer un hombre que su capricho sea superior á la Ley.

Luego que el Rey se levantaba por la mañana, que regularmente era al rayar el dia, en cuyo tiempo el entendimiento está despejado y el alma muy serena, se le daba una idea clara y exâcta de todas las materias que debia resolver. Pero ántes de pronunciar la sentencia iba al Templo á pedir el auxîlio de los Dioses, y á ofrecer sacrificios. Estando allí rodeado de toda su corte, y puestas las víctimas en el Altar, asistia á una oracion muy instructiva, cuya fórmula era la siguiente.

Grande Osiris, ojo del mundo y luz del espíritu, conceded al Príncipe, vuestra imágen, todas las virtudes que necesita un Rey, para que pueda ser religioso con los Dioses, y benigno con los hombres. Hacedle moderado, justo, mag-

mánimo, generoso, enemigo de la mentira, y señor de sus pasiones, para que castigue los crímenes ménos de lo que merecen, y recompense el mérito con exceso [1].

El Sumo Sacerdote le hacia despues presente las faltas que habia cometido contra las Leyes; pero siempre suponia que caía en ellas por sorpresa ó por ignorancia; y cargaba de maldiciones á los Ministros que le habian dado malos consejos ó disfrazado la verdad. Concluida la oracion y el sacrificio le leían las acciones de los Héroes y grandes Reyes, para que el Monarca pudiese imitar su exemplo, y conservar las Leyes que habian hecho ilustres á sus antecesores, y feliz á su Pueblo.

¡Qué no podia esperarse de Príncipes acostumbrados á oir diariamente las verdades mas enérgicas y saludables, como una parte esencial de su Religion! En efecto, por lo general eran tan amados de su Pueblo, que cada uno lloraba su muerte como la de su padre.

1 Diod. Sic.

La segunda Ley era relativa á la Policía y á la subordinacion de clases. Las tierras estaban divididas en tres partes; la primera pertenecia á los Reyes, la segunda á los Sumos Sacerdotes, y la tercera á los Militares. Parecia absurdo emplear en defensa de la patria tropas que no tuviesen interes alguno en su conservacion.

La Plebe estaba dividida en tres clases, á saber, de Labradores, de Pastores, y de Artesanos. Cada uno hacia grandes progresos en su profesion. Educados en ella desde su infancia, se aprovechaban de la experiencia de sus antecesores. Cada familia transmitia á sus hijos sus conocimientos y su ciencia. A nadie se permitia salir de su clase ó abandonar el oficio de su padre. Por este medio las Artes eran cultivadas con esmero, y elevadas á una grande perfeccion; y se evitaban las turbulencias que causa la ambicion de los que intentan elevarse sobre su estado. Para que ninguno pudiese avergonzarse de la baxeza de este, todas las Artes eran honradas.

Todos los miembros, así del cuerpo político como del natural, contribuyen algun tanto á la vida comun. Se tenia por locura en Egipto el despreciar á un hombre, porque servía á su patria en un oficio mas laborioso. De este modo se conservaba una debida subordinacion de clases, sin que la una fuese envidiada, ni la otra despreciada.

La tercera Ley miraba á la Jurisprudencia Civil. Treinta Jueces elegidos de las principales ciudades, componian un Supremo Consejo, el qual hacia justicia en todo el Reyno. El Príncipe les asignaba rentas suficientes para que, libres de los cuidados domésticos, pudiesen entregarse enteramente á dictar buenas Leyes, y hacerlas observar. No sacaban otro provecho de sus trabajos que la gloria y el placer de servir á su patria de un modo tan noble.

Para evitar que los Jueces pudiesen ser sorprehendidos é inclinados á dar una sentencia injusta, se prohibia á los litigantes la artificiosa eloqüencia, que deslumbra el

entendimiento y mueve las pasiones. Solo se les permitia exponer los hechos con una brevedad clara y nerviosa, desnuda de los falsos ornatos de la Retórica. El Presidente del Senado llevaba un collar de oro y piedras preciosas, del qual colgaba una pequeña figura sin ojos llamada la Verdad, la que aplicaba á la frente y corazon de aquel que ganaba el pleyto. Este era el modo de pronunciar la sentencia.

En Egipto habia una especie de justicia desconocida entre otras naciones. Luego que moria un hombre le llevaban á juicio, y se oía lo que el Acusador público exponia contra él. Si se probaba que la conducta del muerto habia sido contraria á las Leyes, se deshonraba su memoria, y se le dexaba sin sepultar. Si no era acusado de algun crímen contra los Dioses ó su patria, se hacia su panegírico, y se le sepultaba con honor.

Ántes que se llevase el cadáver al sepulcro, se le sacaban sus entrañas, y se ponian en una urna, la que el Pontífice le-

vantaba hácia el sol, haciendo esta oracion en nombre del muerto [1].

„Grande Osiris, vida de todos los Seres, recibid mi alma, y reunidla á la sociedad de los Inmortales. Toda mi vida he procurado imitar vuestra verdad y bondad. Jamas he cometido crímen alguno contra las obligaciones sociales. He respetado los Dioses de mis padres, y he honrado á mis mayores. Si he cometido alguna falta por flaqueza humana, por destemplanza, ó por gustar los deleytes, estos viles despojos de mi mortal naturaleza han sido la causa." Al acabar de pronunciar estas palabras arrojaba la urna al rio, y embalsamado lo demas del cuerpo se depositaba en las pirámides.

Tales eran los conocimientos de los antiguos Egipcios. Llenos de esperanzas de la inmortalidad, creían que las fragilidades humanas se expiaban con nuestra separacion del cuerpo mortal, y que solo los crímenes cometidos contra los Dioses y contra la sociedad, impedian que el al-

1 *Porf. De Abstin. lib. 4. sect. 10.*

ma se reuniese á su orígen.

Estas cosas excitáron á Cyro un gran deseo de instruirse en la antigua Religion de Egipto; para cuyo efecto fue á Tebas. Esta famosa ciudad, cuyas cien puertas, cantó Homero, podia disputar la magnificencia, la extension y el poder de todos los pueblos del universo. Se dice que por cada una de dichas puertas podian salir en otro tiempo diez mil combatientes; lo que sin duda parece una ficcion poética; pero todos convienen que sus habitantes eran innumerables.

Zozpastro recomendó á Cyro al Sumo Sacerdote de Tebas Sonquis, para que le instruyese en todos los Misterios religiosos de su patria. Sonquis le conduxo á una sala espaciosa, donde habia trescientas estatuas de Pontífices Egipcios. Esta larga serie de siglos, dió al Príncipe una alta idea de la antigüedad de la Religion de Egipto, y le excitó una grande curiosidad de saber sus principios.

Para que conozcais, dixo el Pontífice, el orígen de nuestro Culto, de nues-

tros Símbolos y de nuestros Misterios, es preciso referiros la Historia de Hermes Trimegistro su fundador.

Sifoas ó Hermes, segundo de este nombre, era descendiente de nuestros primeros Soberanos. Estando su madre preñada de él fue á Libia por mar á hacer un sacrificio á Júpiter Hamnon. Costeando el Africa se levantó repentinamente una borrasca, y la nave pereció cerca de una isla desierta.

Pasó en ella una vida solitaria hasta su parto, del qual murió. El niño quedó expuesto á la inclemencia de las estaciones y al furor de las fieras; pero el cielo, que le habia criado para grandes designios, le preservó en medio de estos infortunios. Una jóven cabra, de las que habia mucha abundancia en aquella isla, oyendo sus lloros se acercó á él, y le dió de mamar hasta que salió de la infancia.

Por algunos años pació de la tierna yerba en compañía de su nodriza; pero despues le pareció mejor alimento el de los dátiles, y las frutas silvestres. Por los prime-

ros rayos de razon que empezáron á lucir en él comprehendió que su figura era diversa que la de las bestias, y que tenia mas capacidad, invencion y destreza que ellas; de lo qual coligió que podia ser de diferente naturaleza.

La cabra murió de vieja. Maravillóse Hermes de este nuevo fenómeno. No pudo comprehender por qué continuaba tanto tiempo fria y sin movimiento. Comparó todo lo que veía en ella con lo que sentia en sí mismo, y conoció que él tenia en su pecho un latido, y un principio de movimiento dentro de sí, que la cabra no tenia. La vió podrirse poco á poco, desecarse y hacerse pedazos, y no quedarla nada mas que los huesos. El alma se habla á sí misma sin los nombres arbitrarios que hemos dado á nuestras ideas. Hermes discurria de este modo. La cabra no se dió á sí misma el principio de la vida, supuesto que la ha perdido y no puede recobrarla.

Exâminó largo tiempo qual podria ser la causa de esta mutacion. Observó que

parecia que las plantas y los árboles se morian y revivian todos los años por la ida y vuelta del sol; de lo que imaginó que este astro era el principio de todas las cosas.

Juntó los huesos de su nodriza y los expuso á los rayos del sol; pero no habiendo recobrado la vida, conoció que se habia engañado, y que el sol no daba la vida á los animales.

Exâminó si podria ser algun otro astro; pero advirtió que los astros no tenian por la noche ni tanto calor ni tanta luz como el sol, y que parecia que toda la naturaleza se desfallecia con la ausencia del dia. Por lo qual infirió que los astros no eran los primeros principios de la vida.

Conforme crecia en edad, se perfeccionaba su entendimiento, y sus reflexîones iban siendo mas profundas. Habia notado que los cuerpos inánimes no podian moverse por sí mismos: que los animales no recobraban el movimiento que habian perdido, y que el sol no resucitaba los

cuerpos muertos. De lo que coligió que el Primer Móvil era algo mas grande que el sol y los astros.

Reflexionando despues sobre sí, y sobre todas las observaciones que habia hecho desde que tenia uso de razon, notó que habia dentro de sí una cosa que entendia, discurría, y comparaba á un tiempo sus pensamientos. Despues de haber meditado años enteros sobre estas operaciones de su alma, se persuadió en fin que el Primer Móvil tenia entendimiento y fuerza, y que su bondad era igual á su poder.

El hombre, en medio de seres que no pueden darle ningun socorro, está en una miserable situacion. Pero quando descubre la idea de un Ser que puede hacerle feliz, nada hay que pueda compararse con su alegría y su esperanza.

El deseo de ser dichoso, inseparable de nuestra naturaleza, hizo á Hermes desear el ver á este Primer Móvil, conocerle y conversar con él. Si yo pudiese, decia, hacerle entender mis pensamientos y mis deseos, sin duda me haria mas feliz de

lo que soy. Su esperanza y su alegría fuéron inmediatamente turbadas con grandes dudas. ¡Ay! decia, si el Primer Móvil es tan bueno y benéfico como yo me imagino ¿por qué no me permite que le vea? ¿por qué no se ha hecho conocer de mí? y sobre todo, ¿cómo estoy en esta triste soledad, en donde nada veo que se me asemeje, nada que parezca raciocinar como yo, nada que pueda socorrerme?

En medio de estas dudas, su débil razon callaba sin poderle responder cosa alguna. Habla su alma, y volviéndose hácia el Primer Principio, le dice en aquel mudo lenguage que los Dioses entienden mejor que las palabras. » Vida de todos los Seres, mostraos á mí: hacedme conocer quién sois Vos, y quién soy yo: venid y socorredme en este mi solitario y miserable estado.

El Grande Osiris ama un corazon puro, y siempre oye sus deseos. Mandó al primer Hermes ó Mercurio, que tomase una figura humana y fuese á instruirle.

Estando un dia durmiendo el jóven Tri-

megisto al pie de un árbol, vino Hermes y se sentó junto á él. Despertó Trimegisto, y se maravilló de ver una figura semejante á la suya. Pronunció algunos sonidos; pero no eran articulados. Descubrió todos los diferentes movimientos de su alma con el asombro, la curiosidad y las demostraciones ingenuas y sencillas, que la naturaleza enseña á los hombres para expresar lo que sienten vivamente.

Mercurio enseñó al Filósofo salvage en poco tiempo la lengua Egipcia. Despues le dixo quien era, y lo que iba á ser; y le instruyó en todas las Ciencias que Trimegisto explicó á los Egipcios. Empezó, pues, entónces á discernir muchas señales que no habia observado ántes, una infinita sabiduría, é ilimitado poder difundidos en toda la naturaleza. Esto le hizo conocer quan débil es la razon humana quando está sola y sin instruccion. Se asombró de su primera ignorancia; pero sus nuevos descubrimientos le produxéron nuevas dudas.

Hablándole un dia Mercurio del noble destino del hombre, de la dignidad de su

naturaleza, y de la inmortalidad que le espera, le respondió. Si el grande Osiris tiene destinados á los mortales para una felicidad tan perfecta, ¿por qué nacen con tanta ignorancia? ¿Cómo no se las manifiesta para disipar sus tinieblas? ¡Ay! Si vos no me hubiéseis sacado de la profunda ignorancia en que estaba sumergido, hubiera permanecido mucho tiempo sin conocer al Primer Principio del modo que me habeis manifestado. Descubrióle en fin Mercurio de esta manera los secretos de la Teología Egipcia.

[1] El primer estado del hombre era muy diverso del que es al presente. Las partes exteriores del universo estaban en una perfecta armonía. Todo estaba sujeto á las únicas é inmutables leyes de la razon, las quales llevaba cada uno impresas en lo íntimo de su corazon. Todas las naciones de la tierra no eran mas que una República de Sabios.

Los hombres vivian entónces sin discordias, sin ambicion y sin fausto; en perfec-

1 Véase la Teología Egipcia en el Discurso que está al fin.

ta paz, igualdad y sencillez. No obstante cada uno tenia sus particulares inclinaciones y pasiones; pero todas le conducian á amar la virtud, así como el talento á descubrir la verdad. Las bellezas de la naturaleza y de su Autor eran el objeto de la diversion, del entretenimiento y del estudio de los primeros hombres.

Su imaginacion bien arreglada no les presentaba mas que ideas puras y justas. Las pasiones, sujetas á la razon, no turbaban el espíritu; y el amor del placer siempre se conformaba con el amor del órden. El Dios Osiris, la Diosa Isis y su hijo Oro venian á conversar con los hombres, y los enseñaban todos los misterios de la Sabiduría.

Por feliz que fuese esta vida terrestre, sin embargo no era mas que la infancia de nuestro ser, en el qual las almas se preparaban para una sucesiva progresion de inteligencia y felicidad. Los hombres, despues de haber vivido algun tiempo en la tierra, mudaban su forma sin morir, volaban á los astros, donde gozaban nuevos

placeres y nuevos conocimientos, nuevos sentidos y nuevas luces. Desde allí se elevaban á otro mundo, y subian despues al tercero. De este modo corrian todos los inmensos espacios por medio de una infinita transformacion.

Todo un siglo, y segun otros, muchos siglos pasáron de esta suerte, hasta que finalmente acaeció una triste mutacion, así en los espíritus como en los cuerpos. Tifon y sus compañeros habitáron en otro tiempo esta feliz mansion; pero se olvidáron de sí mismos, y se llenáron de soberbia hasta querer escalar los cielos; por lo que fuéron arrojados de ellos, y sepultados en el centro de la tierra.

Saliéron de sus abismos, rompiéron el huevo del mundo, derramáron el mal por todas partes, y corrompiéron los espíritus, los corazones y las costumbres de sus habitantes. El alma del grande Osiris abandonó su cuerpo (que es la naturaleza), y quedó como un cadáver. Tifon despedazó y dispersó sus miembros, y marchitó sus bellezas.

Desde aquel tiempo el cuerpo quedó sujeto á las enfermedades y á la muerte, el alma al error y á las pasiones. La imaginacion del hombre no le presenta ahora mas que quimeras. Su razon no le sirve sino para contradecir sus inclinaciones sin poder corregirlas. La mayor parte de sus placeres son aparentes y engañosos: hasta sus penas imaginarias son verdaderos males. Su corazon es una fuente abundante de deseos inquietos, de temores frívolos, de vanas esperanzas y desordenadas inclinaciones, que le atormentan sucesivamente. Una multitud de crueles pensamientos y turbulentas pasiones causan en él una guerra intestina, le obligan continuamente á armarse contra sí mismo, y le hacen amante y enemigo de su propia naturaleza.

Cada uno siente en sí mismo una viva imágen de lo que pasa en los demas hombres. Tres imperios diferentes nacen en el mundo, y dividen todas las clases de la sociedad humana. El imperio de la opinion, el de la ambicion, y el de la sensualidad. El error preside en el primero; la

fuerza tiene su dominio en el segundo; y la locura reyna en el tercero.

Tal es el estado actual de la naturaleza humana. La Diosa Isis va buscando por toda la tierra las almas descaminadas para volverlas al empíreo. Entre tanto el Dios Oro ataca sin cesar al Mal Principio. Se dice que al fin restablecerá el reyno de Osiris, y desterrará para siempre el monstruo Tifon. Hasta entónces los buenos Príncipes podrán aliviar las miserias de los hombres; pero no curarlas enteramente.

Vos sois, continuó Mercurio, descendiente de los Reyes de Egipto; y estais destinado por el grande Osiris para reformar aquel reyno con vuestras sabias leyes. Unicamente os ha conservado para que algun dia podais hacer felices á los hombres. Mi amado Trimegistro pronto vereis á vuestra patria.

Al acabar de pronunciar estas palabras se elevó repentinamente al ayre; su cuerpo se hizo transparente, y desapareció poco á poco como el lucero de la mañana al acercarse la aurora. Tenia una corona en

su cabeza, alas en sus pies, y un caduceo en la mano. Su rozagante ropa estaba llena de geroglíficos, de los que Trimegistro usó despues para expresar los misterios de la Divinidad y de la Naturaleza.

Meris, que entónces reynaba en Egipto, avisado en un sueño por los Dioses de todo lo que pasaba en la isla desierta, envió á buscar al Filósofo Salvage; y hallando conforme la relacion de su historia con el sueño divino, le adoptó por hijo suyo. Trimegistro despues de la muerte de aquel Príncipe subió al trono, é hizo feliz por mucho tiempo al Egipto con sus buenas leyes.

Escribió muchos libros, que contienen la Teología, Filosofía y Policía de los Egipcios. El primer Hermes habia inventado el bello arte de expresar todo género de sonidos por medio de distintas combinaciones de unas quantas letras: invencion ciertamente maravillosa por su sencillez; pero no bastante admirada porque es comun. Ademas de este modo de escribir habia otro, consagrado á las cosas

divinas, y entendido de pocas personas.

Trimegistro expresó las virtudes y las pasiones del alma, las acciones y los atributos de los Dioses con figuras de animales, insectos, plantas, astros, y otros diferentes caractéres simbólicos. Por eso vemos en nuestros templos antiguos y sobre nuestros obeliscos vacas, gatos, reptiles y cocodrilos; pero no son objetos de nuestra adoracion, como los Griegos neciamente imaginan.

Trimegistro ocultaba los misterios de la Religion baxo símbolos, geroglícos y alegorías; no exponia á los ojos del vulgo sino las bellezas de su moral. Este mismo método han usado los Sabios de todos tiempos, y los grandes Legisladores de todos los paises. Aquellos hombres divinos sabian que las almas corrompidas no podian amar las verdades sublimes hasta que su corazon estuviese exênto de sus pasiones; por cuya razon cubriéron la Religion con un velo sagrado que se abre, y desaparece quando los ojos del entendimiento pueden mirar su resplandor. Esta

es la materia de la inscripcion que se ve en Sais sobre la estatua de Isis. *Yo soy todo lo que es, ha sido y será. Hasta ahora ningun mortal ha quitado el velo que me cubre.*

Cyro comprehendió por esta historia de Hermes que el Osiris, Oro y Tifon de los Egipcios era el mismo que el Oromazes, Mytra y Ariman de los Persas; y que la Mitología de estas dos Naciones estaba fundada en los mismos principios. Las ideas de los Orientales eran mas simples, claras y sencillas: las de los Egipcios mas obscuras, ocultas, y envueltas en alegorías y ficciones.

Despues de haber entretenido Sonquis á Cyro de este modo le llevó al templo, donde le instruyó en todas las ceremonias y los misterios de la adoracion de los Egipcios: privilegio que jamas se habia concedido á ningun extrangero, hasta que hubiese pasado por las pruebas mas severas.

El Príncipe Persiano pasó muchos dias con el Pontífice; pero al fin partió de

Tébas, y dexó el Egipto sin darse á conocer á Amasis, cuyo carácter y usurpacion abórrecia.

LIBRO QUARTO.

Cyro dexando el Egipto resolvió pasar á Grecia. Baxó desde Menfis hasta la embocadura del rio Nilo, y se embarcó en el Mediterráneo en una nave Fenicia que salia para Argos.

Interin navegaban con viento favorable, Cyro, recordándose de los conocimientos de Zoroastro y de los Magos, hablaba con Araspes sobre todas las maravillas que se descubren en el vasto imperio de las aguas: sobre la estructura de sus habitantes proporcionada á su elemento: acerca del uso de sus aletas, de las quales se sirven ya como de remos para dividir el agua, ya de alas para pararse extendiéndolas: sobre las delicadas membranas que tienen en sus cuerpos, las

que abren y cierran, para hacerse mas ó ménos pesados, segun quieren subir ó baxar por el agua: acerca de la admirable estructura de sus ojos, perfectamente redondos, para romper y reunir con mas prontitud los rayos de la luz, sin lo que no podrian ver cosa alguna en el húmedo elemento.

Despues habláron sobre las madres de las sales y materias betuminosas ocultas en el hondo del mar. El peso de cada partícula de aquellas sales está reglada de modo que el sol no puede atraerlas hácia arriba: de lo qual resulta que los vapores y las lluvias que vuelven á caer sobre la tierra, no siendo oprimidas de ellas, se convierten en abundantes fuentes de agua dulce.

Tambien conversáron sobre el fluxo y refluxo del mar, el que no se percibe tanto en el Mediterráneo como en el Océano; sobre la influencia de la luna, la qual causa aquellos regulares movimientos; y sobre la distancia y magnitud de aquel planeta, sabiamente proporcionadas á

nuestras necesidades. Si la luna fuese mas grande, dixéron, si estuviese mas próxîma á nosotros, ó si hubiese muchas, se aumentaria la opresion, y se elevarian mas las mareas; en cuyo caso se inundaria la tierra á cada instante con diluvios. Si no hubiese luna, ó si fuese menor, ó estuviese mas distante el Océano, sería un monton de aguas estancadas, y sus pestíferos vapores se difundirian por todas partes, destruirian las plantas, los animales y los hombres. Por último habláron sobre el Poder Soberano, que habia dispuesto todas las partes del universo con tanta simetría y arte.

La nave entró en el golfo Sarónico despues de algunos dias de navegacion, y llegó muy en breve á Epidauro, desde donde el Príncipe se apresuró para ir á Esparta.

Esta famosa ciudad era de figura circular, muy parecida á un campamento militar. Estaba situada en un valle estéril é inculto, entre el qual corre el impetuoso rio Eurotas, que destruye muchas ve-

ces todo el pais con sus inundaciones. Este valle está por una parte rodeado de montañas inaccesibles, y por otra de pequeñas colinas, que léjos de ser adornadas con las ricas bellezas de la naturaleza, apénas producen lo necesario para proveer á las verdaderas necesidades de los hombres. La situacion del pais contribuia muchísimo al genio guerrero y feroz de sus habitantes.

Entrando Cyro en la ciudad no descubrió mas que edificios sencillos y uniformes, muy diferentes de los soberbios palacios que habia visto en Egipto. Todo respiraba aun la primitiva sencillez de los Espartanos. Sus costumbres se hubieran corrompido en el reynado de Ariston y Anaxândrides, si Quilon, uno de los siete Sabios de Grecia, no lo hubiese impedido. Estos dos Reyes del antiguo linage de los Heraclides dividiéron entre sí el poder supremo. El uno tenia el gobierno político, y el otro el militar.

Ariston era naturalmente amable, benéfico y afable, y se confiaba sin distincion de todos los que estaban á su lado. Ana-

xândrides era de carácter contrario, enojadizo, sospechoso y desconfiado.

Pritanis, favorito de Ariston, se habia corrompido desde su juventud con la voluptuosa vida de Atenas. Como tenia un genio muy agradable, y poseía el secreto de hacer amables sus defectos, sabía acomodarse á los gustos y caractéres de todos. Era sobrio con los Espartanos, cortesano con los Atenienses, bebedor con los Tracios, y sabio con los Egipcios. Se acomodaba al genio de todos, no para engañar, porque no era maligno, sino para lisonjear su pasion dominante, que era el deseo de agradar, y de ser el ídolo de los hombres. En una palabra, era una mezcla de todo lo mas agradable y disoluto. Amábale mucho Ariston, quien era gobernado enteramente por él.

Este favorito sumergió á su Señor en todo género de deleytes. Los Espartanos empezáron á afeminarse. Las sabias leyes de Licurgo fuéron violadas impunemente. El Rey concedia sus gracias sin discrecion ni conocimiento.

Anaxândrides tenia una conducta del todo diversa, pero igualmente ruinosa al Estado. Como no sabía conocer los corazones sinceros y honestos, creía que todos los hombres eran falsos, y que los que parecian buenos disimulaban con hipocresía su oculta malicia. Se rezelaba de los mejores oficiales de su exército, y especialmente de Leonidas, el principal y el mas hábil de sus Generales; hombre de suma probidad y distinguido valor. Leonidas amaba con sinceridad la virtud; pero no tenia la suficiente para disimular las faltas de otros. Despreciaba mucho á los hombres: no estimaba ni sus alabanzas ni sus favores: no disimulaba los defectos de los Príncipes ni de los cortesanos: aborrecía el vicio hasta hacer sus costumbres fieras y rústicas como las de los primeros Espartanos. Queria la perfeccion en todas las cosas; y como jamas la hallaba, no tenia amistad con ningun hombre. Nadie le amaba; pero todos le respetaban y temian, porque era un compendio de todas las virtudes, que hacen á los hombres muy res-

petados y enfadosos. Anaxândrides se disgustó de él y le desterró. De este modo debilitaba este Príncipe las fuerzas de Esparta, al paso que Ariston corrompia las costumbres.

Quilon, que habia educado á ambos Príncipes, les dixo. Mi edad, mis largos servicios, y el cuidado que he tenido de vuestra educacion me dan derecho para hablaros con libertad. Uno y otro os arruinais con vicios contrarios. Ariston se expone á ser engañado con freqüencia por sus lisonjeros favoritos, y vos, Anaxândrides, os exponeis á la desgracia de no tener un amigo verdadero.

El tratar siempre á los hombres con todo el rigor que merecen es brutalidad, no justicia; pero por otra parte una bondad muy general, que no tiene bastante fuerza para castigar el mal, ó recompensar el mérito con discrecion, no es virtud, sino flaqueza; la qual ordinariamente produce tan grandes daños como la misma malicia.

Anaxândrides, vuestra desconfianza cau-

sa mas perjuicio al Estado que la excesiva bondad de Ariston. ¿Por qué habeis de desconfiar, por meras sospechas, de unos hombres á quienes su talento y su capacidad os los hacen necesarios? Quando un Príncipe, por buenas razones, ha honrado á un Ministro con su confianza, no debe jamas separarle de ella sin pruebas evidentes de su perfidia. Le es imposible hacerlo todo por sí mismo; y por tanto necesita tener ánimo para arriesgarse algunas veces á ser engañado ántes que perder la oportunidad de obrar. Es preciso saber servirse con prudencia de los hombres, sin ponerse ciegamente en sus manos como Ariston. Hay un medio entre una excesiva desconfianza y una demasiada confianza. Ambos necesitais corregiros: de lo contrario, vuestro gobierno no puede subsistir largo tiempo.

La reflexîon y la experiencia corrigiéron poco á poco los defectos de Ariston, quien despidió á Pritanis; pero el caprichoso genio de Anaxândrides no se pudo enmendar sino con las desgracias: derro-

tado muchas veces en sus guerras con los Atenienses, se halló en la necesidad de volver á llamar á Leonidas.

Cyro se dió á conocer de los jóvenes Reyes, quienes le recibiéron con mas política que la que los Espartanos manifestaban ordinariamente á los extrangeros. Visitó despues á Quilon. Este Filósofo se habia adquirido con su sabiduría gran crédito para con los Príncipes, el Senado y el Pueblo: de suerte que era mirado como un segundo Licurgo, sin el qual nada se hacia en Lacedemonia.

Para dar á Cyro una clara idea de sus leyes, de sus costumbres y de su gobierno; le llevó luego al Senado, instituido por Licurgo.

Este Consejo, en el que presidian los dos Reyes, se tenia en una sala colgada de esteras, para que la magnificencia del lugar no pudiese divertir la atencion. Componíase de cerca de quarenta Senadores, y no estaba expuesto al tumulto y confusion, que regularmente reynaban en las deliberaciones populares de Atenas.

[1] Los Reyes de Esparta habian tenido un poder absoluto hasta el tiempo de Licurgo; pero habiendo cedido al Pueblo el Rey Euriton alguna parte de sus derechos, se formó un partido republicano, audaz y turbulento. Los Reyes quisiéron recobrar su antigua autoridad; pero el Pueblo no lo permitió. Este continuo choque de los dos poderes destruyó el Estado.

Licurgo, para establecer una balanza igual entre el poder de los Reyes y del Pueblo, el qual ya se inclinaba á la tiranía, ya á la anarquía, estableció un Consejo de veinte y ocho Senadores, cuya autoridad, siendo un medio entre los dos extremos, libró á Esparta de sus disensiones intestinas.

Ciento y treinta años despues, habiendo observado Teopompo que no siempre era agradable á la multitud lo resuelto por el Rey y el Consejo, estableció ciertos Magistrados anuales llamados Eforos; los quales eran elegidos por el Pueblo y aprobaban en su nombre las determinaciones

1 Véase á Plat. en la vida de Licurgo.

del Rey y del Senado. Cada uno miraba aquellas unánimes resoluciones como hechas por sí mismo. En esta union de la cabeza con los miembros consistia la vida del cuerpo político de Esparta.

Despues que Licurgo arregló la forma de gobierno, dió á los Espartanos leyes muy conducentes para evitar los desórdenes que ocasionan la avaricia, la ambicion y el amor. Para desterrar de Esparta el fausto y la envidia resolvió desterrar para siempre así las riquezas como la pobreza. Persuadió á sus Ciudadanos que hiciesen una distribucion igual de todas sus tierras: prohibió el uso del oro y de la plata, y mandó que no usasen mas moneda que la de hierro, la qual no corria en los paises extrangeros. Quiso mas privar á los Espartanos de las ventajas del comercio con sus vecinos, que exponerlos á la desgracia de que traxesen á su patria de las otras naciones los instrumentos del luxo, que podia corromperlos.

Para evitar la ambicion, y fixar una perfecta igualdad entre todos los Ciudadanos,

comian juntos en salas públicas, separadas unas de otras. Cada compañía tenia libertad de convidar á quien quisiese; pero ninguno era admitido en ella sino con consentimiento de todos, para que no se turbase la paz con la diversidad de genios: precaucion necesaria entre hombres naturalmente feroces y guerreros.

Cyro entró en aquellas salas, en las quales los hombres estaban sentados sin mas distincion que la de su edad, rodeados de muchachos que les servian á la mesa. Su templanza y su austeridad eran tan grandes, que las demas naciones solian decir, que mas valia morir que vivir como los Espartanos. Durante la comida hablaban de materias graves y serias, de los intereses de su patria, de las leyes de Esparta, de las vidas de los hombres grandes, de la diferencia que hay entre un buen y un mal Ciudadano; y en fin, de todo lo que podia inclinar á la juventud, al gusto de las virtudes militares. Sus discursos contenian mucho en pocas palabras; por cuya razon todas las naciones han

admirado el estilo lacónico, el qual imitando la rapidez del pensamiento, causa el placer de oirse todo en un momento, y descubre una profunda significacion. Los finos y delicados rodeos de los Atenienses eran desconocidos en Lacedemonia. Los Espartanos eran tan fuertes de espíritu como de cuerpo.

Cyro y Araspes quisiéron hallarse un dia de fiesta solemne en las Asambleas de los jóvenes Lacedemonios; las quales se tenian dentro de un lugar cerrado, rodeado de diversos asientos de tierra, levantados unos sobre otros á manera de anfiteatro. Veíanse en estas Asambleas doncellas jóvenes disputando con los mozos á correr, luchar, danzar, y en todo género de exercicios laboriosos. Ninguno podia casarse sino con aquellas á quienes habian vencido en estos juegos.

Cyro se disgustó de ver la libertad que habia en estas Asambleas públicas entre personas de diferente sexô. No pudo dexar de manifestarselo á Quilon. Me parece, le dixo, que hay una grande contra-

diccion en las leyes de Licurgo. Este Legislador solo deseaba formar una República de guerreros endurecidos con todo género de trabajos, y sin embargo los ha expuesto á la sensualidad, la qual debilita el valor.

El designio de Licurgo en establecer estas fiestas, respondió Quilon, era preservar y perpetuar la virtud militar en su República. Aquel gran Legislador conocia bien la naturaleza humana; sabía quanta influencia tenian las inclinaciones y disposicion de las madres en sus hijos. Su intento era hacer heroinas á las Espartanas, para que solo pudiesen parir héroes á la República.

La grosera sensualidad, y el amor impuro, continuó Quilon, son desconocidos en Lacedemonia. Solo en estas fiestas públicas es permitida la familiaridad, que tanto os desagrada. Licurgo creyó que se podia amortiguar el fuego de los deseos voluptuosos acostumbrando algunas veces la vista á los objetos que los excitan. En los demas tiempos las mugeres son muy re-

catadas. Segun nuestras leyes ni aun á los recien casados se les permite verse si no rara vez y en secreto. De este modo se acostumbra nuestra juventud á la templanza y á la moderacion, aun en los placeres mas legítimos.

Ademas, el amor y la inclinacion tienen poco lugar en nuestras uniones; y así los furtivos amores y los zelos estan desterrados de Esparta. Los maridos enfermos ó viejos dexan sus esposas á otros, y despues las vuelven á recibir sin escrúpulo. Las mugeres mas se miran como pertenecientes al Estado que á sus esposos. Los hijos se crian en comun, sin conocer muchas veces otra madre mas que la República, ni otros padres que los Senadores.

Cyro, herido con la dulce memoria de Casandana, y los dulces placeres de su mutuo amor, suspiró dentro de sí mismo, y sintió un grande aborrecimiento á aquellas odiosas máxîmas. Despreciaba la afeminacion; pero no le agradaba la severidad Espartana, la qual sacrificaba á la ambicion los encantos mas deliciosos de la

sociedad, y no sabía conciliar las virtudes militares con las tiernas pasiones. Pero conociendo que Quilon no entenderia lo que él significaba con tales sentimientos, le dixo únicamente.

Me parece que es muy útil para un Estado el amor paternal. Los padres tienen mucho cuidado en la educacion de sus hijos, quienes quedan obligados á corresponderles con el agradecimiento. De aquí nacen los primeros vínculos de la sociedad. Nuestra patria no es otra cosa que la union de muchas familias. Si el amor familiar se debilita, ¿qué sucederá del amor de la patria, el qual depende de aquel? ¿No debemos temer unos establecimientos que corrompen la naturaleza en lugar de perfeccionarla?

Todos los Espartanos, respondió Quilon, no hacen mas que una familia. Licurgo habia experimentado que los padres por lo regular son indignos, y los hijos ingratos; y que unos y otros faltan á sus recíprocas obligaciones; por lo qual encargó la educacion de los niños á cierto nú-

mero de ancianos, quienes considerándose como padres comunes cuidan de todos sin ninguna distincion.

En efecto, se tenia en Esparta gran cuidado de la educacion de los niños. Enseñábaseles principalmente á obedecer, á sufrir el trabajo, á vencer en los combates, y á esperar con valor las penas y la muerte. Andaban con la cabeza descubierta, y con los pies descalzos; se acostaban en cañizos; comian muy poco, y esto era preciso adquirirlo con destreza en las salas públicas ó de los convites. No por eso los Espartanos autorizaban los hurtos y los robos, porque siendo comunes todas las cosas en aquella República, no tenian en ella ningun lugar estos vicios. Su designio era acostumbrar á los jóvenes, destinados para la guerra, á sorprehender la vigilancia de aquellos á quienes estaban encargados, y á exponerse animosamente á los castigos mas severos, en caso que les faltase la destreza que se exîgia de ellos.

Licurgo habia notado que las sutiles especulaciones y todo refinamiento de las

ciencias, por lo general solo servian para ofuscar el entendimiento, y corromper el corazon; por lo qual hizo poco caso de ellas. Sin embargo, nada omitió para despertar en los niños el amor á la pura razon, y fortalecer su juicio; pero los estudios que no servian para adquirir buenas costumbres, eran mirados como ocupaciones inútiles y peligrosas.

Los Espartanos creían que, segun el presente estado de la naturaleza humana, el hombre mas es formado para obrar que para adquirir conocimientos, y mas adequado para la sociedad que para la meditacion.

Cyro fué despues á las Academias, donde la juventud tenia sus exercicios. Licurgo renovó los juegos Olímpicos, instituidos por Hércules, y dictó á Ifito los estatutos y ceremonias que se observaban en ellos. La Religion, el genio guerrero y la política contribuian á perpetuar la costumbre de solemnizar estos juegos, los quales no solo servian para honrar á los Dioses, celebrar las virtudes de los héroes, y

preparar los cuerpos para las fatigas de la vida militar, sino tambien para juntar de quando en quando en un mismo lugar, y unir con sacrificios comunes diversos pueblos, cuya fuerza consistia en su union.

Los Espartanos no se empleaban en ningun trabajo mas que en los exercicios necesarios para disponerse á disputar el premio en los juegos Olímpicos. Sus esclavos, los isleños, eran los únicos que labraban las tierras y exercian los oficios mecánicos; porque tenian por vil y baxa toda ocupacion, que solo se dirigia á la comodidad del cuerpo.

Informado Cyro de esta máxîma de los Lacedemonios, dixo á Quilon. Me parece que la Agricultura y las Artes son absolutamente necesarias para preservar á un pueblo de la ociosidad, la qual es la madre de la discordia, de la afeminacion y de todos los males que destruyen la sociedad. Creo que Licurgo se apartó demasiado de la naturaleza en todas sus leyes.

Licurgo, replicó Quilon, creyó que la

dulce quietud y tranquilidad de la vida rural son contrarias á un genio guerrero. Ademas de que jamas estan ociosos los Espartanos. Continuamente se hallan ocupados en todos los exercicios, que son imágenes de la guerra: en marchar, acampar, formar los exércitos en órden de batalla: en defender, atacar, edificar y destruir fortalezas.

De este modo conservan entre sí una noble emulacion sin enemistad, y el deseo de vencer, sin derramar sangre. Cada uno disputa el premio con ardor, y los vencidos se glorían de coronar á los vencedores. Los placeres que acompañan á aquellos exercicios los hacen olvidar las fatigas, las quales les conservan su valor en tiempo de paz.

Este discurso excitó á Cyro la curiosidad de ver las evoluciones militares de los Espartanos, y se lo insinuó á Quilon. Los Reyes de Esparta mandáron el dia siguiente á Leonidas que juntase las tropas de Lacedemonia en una espaciosa llanura cerca de la ciudad, para poderlas pasar re-

vista delante de Cyro, á fin de que viese el exercicio que usaban los Griegos.

Leonidas se presentó con su vestido militar. Llevaba un morrion adornado con tres páxaros, de los quales el del medio servia de creston. Sobre su coraza estaba la cabeza de Medusa. En fin todos los atributos del Dios Marte se hallaban representados en su escudo exâgonal, y tenia en su mano el baston de General.

Cyro y Araspes, montados en dos soberbios caballos, saliéron de la ciudad con el General Espartano, quien conociendo que el Príncipe deseaba instruirse, le entretuvo en el camino del modo siguiente.

La Grecia está dividida en muchas Repúblicas. Cada una mantiene las tropas que puede. Nosotros no ponemos en campaña exércitos numerosos como los Asiáticos; pero sí soldados bien disciplinados. Los grandes cuerpos son dificiles de manejar, y muy gravosos al Estado. Nuestra constante regla es acampar de modo que jamas seamos obligados á pelear contra nuestra voluntad. Un pequeño exército

bien instruido en el arte militar, atrincherándose ventajosamente, puede obligar á otro muy numeroso á dispersar sus tropas; las quales de otro modo perecerian por falta de víveres.

Todos estos varios cuerpos se unen quando se trata de defender la causa comun de la Grecia; y entónces ninguna potencia se atreve á atacarnos. En Lacedemonia todos los Ciudadanos son soldados; pero en las demas Repúblicas no se admite indistintamente á toda clase de personas, sino que se escogen las mas atrevidas y las que estan en la flor de su edad, y acostumbradas á los exercicios mas penosos. Las qualidades que se requieren en sus gefes son la intrepidez, la templanza y la experiencia. Es preciso que pasen por las pruebas mas rigurosas ántes de ser elevados á estos empleos. Es necesario que hayan dado pruebas evidentes de su idoneidad, proyectando planes con sabiduría, y executándolos con valor; y sobre todo, mostrándose superiores á la mas adversa fortuna. De este modo cada República

tiene siempre un exército bien disciplinado, mandado por oficiales hábiles, soldados acostumbrados á la fatiga, tropas no numerosas, pero invencibles. Los Espartanos, en tiempo de guerra, moderan algun tanto la severidad de sus exercicios, y tienen una vida ménos austera. Ellos son el único Pueblo del mundo, para quien la guerra es un género de descanso. Entónces gozamos todos los placeres que nos son prohibidos en tiempo de paz.

Formamos en batalla nuestras tropas, de modo que no combatan todas á un tiempo como las Egipcias, y se sostengan y releven unas á otras sin confusion ni desórden. Jamas usamos la misma formacion que el enemigo: siempre colocamos en las alas nuestros mas valientes soldados, para que puedan extenderse y rodear el exército enemigo.

Licurgo nos prescribió que derrotado este seamos clementes con los vencidos, no solo por humanidad sino tambien por política. De esta suerte hacemos ménos fieros á nuestros enemigos. La esperanza de

ser tratados bien si se rinden, evita que se entreguen á un furor desesperado, el qual ordinariamente es fatal aun á los vencedores.

Así iba hablando Leonidas quando llegáron á la llanura donde se habian juntado las tropas, á las que hizo desfilar delante de Cyro. Estaban divididas en varios cuerpos de caballería é infantería. A su cabeza iban los Polemarcos y los Comandantes de diferentes regimientos; los quales, coronados de flores, marchaban al son de las flautas cantando el himno de Castor. Estaban vestidos de encarnado, para que en el calor de la accion no los espantase la vista de su propia sangre, ni atemorizase á sus compañeros [1].

Manda Leonidas que se paren las tropas, y obedecen inmediatamente. A la menor señal de sus gefes, todas las compañías se unen, se separan, se mezclan, se doblan, se redoblan, se abren, se cierran, y con muchas evoluciones y vueltas se forman en quadros perfectos, oblongos,

1 Reparo de Eliano.

romboydes, y en figuras triangulares, para abrir las filas del enemigo.

El exército, dividido despues en dos cuerpos, se prepara para una batalla con sus picas arqueadas. Cada falange avanza en buen órden, unido hombre con hombre, escudo con escudo y yelmo con yelmo. Se atacan, se mezclan, se baten. Los unos penetran por entre las filas de los otros; y en fin, despues de mucha resistencia, un partido consigue la victoria, y obliga al vencido á retirarse á una fortaleza inmediata.

Los Griegos no conocian entónces las máquinas de guerra inventadas para batir las ciudades: para atacarlas disponian su gente en cierta forma, que llamaban la tortuga.

Leonidas manda asaltar el fuerte, y al instante se reunen las tropas victoriosas, las quales cubriéndose con sus escudos quadrados se acercan á él. Replegándose poco á poco, forman una especie de techo sesgado, impenetrable á las armas de los sitiados. Tres diferentes alturas, á manera

de tortugas, se levantan una sobre otra hasta igualar con las murallas. Los sitiados les arrojan piedras, dardos y todo lo que puede causarles algun daño: de modo que parecia una tempestad de granizo. Esta imágen de la guerra es tan viva, que parece que se ve una carnicería general. Al fin los sitiados ceden, y los sitiadores se hacen dueños de la plaza.

Quando Cyro volvió á Esparta repasó en su entendimiento todo lo que habia visto y oido. Formó grandes ideas relativas al arte militar, el que resolvió perfeccionar algun dia en Persia. Estando solo con Araspes le insinuó su parecer sobre el gobierno de Esparta, y le dixo.

Esta República me parece un acampamento permanente, una asamblea de guerreros siempre sobre las armas. Aunque respeto mucho á Licurgo, no puede agradarme su forma de gobierno. Los hombres educados únicamente para la guerra, que no tienen otro exercicio, otro estudio, ni otra profesion mas que el instruirse para destruir á sus semejantes, deben ser mi-

rados como enemigos de la sociedad. La buena política debe mirar, no solo por la libertad de cada Estado, sino tambien por la seguridad de todos los vecinos. Separarnos de los demas hombres, y mirarnos como hechos para subyugarlos, es armar á todas las naciones contra nosotros. En esto se apartó tambien Licurgo de la naturaleza y de la justicia. Acostumbrando á cada Ciudadano á la frugalidad, podia haber enseñado á todos á moderar su ambicion. La conducta de los Espartanos es como la de un avariento, que desea todo lo que no tiene, y no disfruta lo que tiene.

Cyro, despues de haber exâminado á fondo las leyes, las costumbres y el arte militar de los Espartanos, dexó á Lacedemonia, para ver las demas famosas Repúblicas de Grecia.

Quilon y Leonidas le acompañáron hasta las fronteras de su pais. Juróles Cyro una eterna amistad, y prometió tener siempre una estrecha alianza con su República. Fue fiel á su palabra; porque los Persas nunca tuviéron guerra con los

Griegos en tiempo de aquel conquistador.

Antes de salir del Peloponeso resolvió recorrer todas las principales ciudades. Fue primero á Argos, despues á Micenas, donde habia reynado Perseo, de quien descienden los Reyes de Persia; despues á Sicion, y últimamente á Corinto, la República mas floreciente de Grecia despues de Esparta y Atenas.

Al entrar en la ciudad halló llorando todo el Pueblo. Varios flautistas marchaban delante de una procesion fúnebre, y con triste sonido aumentaban el dolor público. Quarenta doncellas jóvenes, con los pies descalzos, el pelo esparcido, vestidas de blanco, rodeaban el féretro, y se deshacian en lágrimas cantando las alabanzas del muerto. Poco despues seguian los soldados con paso lento, ayre triste, ojos baxos, y picas á la funerala. A su frente marchaba un venerable anciano. Su semblante noble y militar, su estatura alta y magestuosa, y el amargo dolor que estaba pintado en su rostro, atraxéron la atencion de Cyro. Este jóven Príncipe, pregun-

tando cómo se llamaba, supo que era el Rey Periandro, que llevaba al sepulcro á su hijo Licofron.

Cyro y Araspes se juntáron con la multitud, la qual se dirigia á una fortaleza llamada Acro-Corinto, construida en la cumbre de una montaña, desde donde se veían los mares Egeo y Jonio; por cuya razon se la nombraba el Ojo de la Grecia.

Habiendo llegado á esta fortaleza, destinada para panteon de los Reyes, Periandro ante todas cosas derramó vino, leche y miel sobre el cuerpo de su hijo. Despues encendió con sus propias manos la hoguera fúnebre, sobre la qual se habian esparcido aromas y olorosos perfumes. Miéntras que las voraces llamas consumian el cuerpo, estuvo mudo, inmóvil, y hecho un mar de lágrimas. Roció en fin con licores las cenizas aun humeantes, recogiólas en una urna de oro, y haciendo señal al Pueblo para darle á entender que le queria hablar, rompió el silencio diciendo. Pueblo de Corinto, los

mismos Dioses han querido vengaros de mi usurpacion, y libraros de este modo de la esclavitud. Licofron ha muerto; todo mi linage se ha extinguido; yo no quiero reynar mas. Ciudadanos, reasumid vuestros derechos y vuestra libertad.

Luego que acabó estas palabras, mandó á toda la Asamblea que se retirase. Cortóse el pelo para denotar su dolor, y se encerró en el panteon con su hijo. Cyro deseó con ansia saber la causa de esto, y le contáron lo siguiente.

Corinto fue al principio gobernada por Reyes; pero habiéndose abolido la Monarquía, se estableciéron en su lugar los Pritanes ó Magistrados anuales. Este gobierno popular continuó todo un siglo. Corinto crecia diariamente en riquezas y esplendor, quando Cipsélo, padre de Periandro, usurpó la autoridad real. Satisfechas sus pasiones con treinta años de reynado, empezó á ser inquietado con remordimientos. La razon recobró su imperio, reflexîonó con horror el crímen que habia cometido, y resolvió librar á

los Corintios de su esclavitud; pero se lo impidió la muerte. Poco ántes de espirar llamó á Periandro, y le hizo jurar el restituir á sus Ciudadanos la libertad. Este jóven Príncipe, cegado de ambicion, olvidó bien presto su juramento, orígen de todas sus desgracias.

Los Corintios intentáron destronarle. Levantáronse muchas veces contra él; pero sujetó los rebeldes, y fortaleció mas y mas su autoridad. Para asegurarse contra los insultos populares hizo alianza con Melisa, heredera de Arcadia, y se casó con ella. Esta Princesa era la mas bella de su tiempo, de consumada virtud y grande espíritu.

Periandro, despues de algunos años de casado, declaró guerra á los Corciros, y se puso á la cabeza de sus tropas. Subleváronse otra vez los Corintios estando él ausente. Melisa se encerró en la fortaleza, sostuvo vigorosamente el sitio, y envió á pedir socorro á Procles, Rey de Epidauro, quien siempre habia parecido fiel aliado de Periandro. Pero Procles, que ya hacia

mucho tiempo que tenia formado el proyecto de extender su dominio por toda la Grecia, determinó aprovecharse de esta ocasion para apoderarse de Corinto, la que consideraba como una ciudad muy á propósito para capital de un grande Imperio. Llegó delante de ella con un exército numeroso, y la tomó en pocos dias.

Melisa, que ignoraba sus designios, abrió las puertas de la fortaleza, y le recibió como á su libertador, y amigo de su marido. Viéndose Procles dueño de Corinto, estableció en ella su residencia, y significó á Periandro que se contentase con reynar en Corcira, la que este Príncipe acababa de conquistar.

Bien pronto conoció Melisa que la usurpacion no era el único crímen de Procles. Habia concebido este una violenta pasion por ella, y probaba todos los medios de satisfacerla. Despues de haber empleado en vano las caricias y las amenazas, cometió la inhumanidad de obligarla á encerrarse con su hijo Licofron en una alta torre situada en la orilla del mar.

Al mismo tiempo que Periandro fue informado de la traycion de Procles, y del amor que tenia á Melisa, se le aseguró que ella no solo habia favorecido los pérfidos designios del tirano, sino tambien su pasion.

El Rey Periandro creyó de ligero estas calumnias. Los zelos se apoderáron de su corazon, y se entregó á la desesperacion. Armó una grande esquadra, y se embarcó para Corinto, ántes que Procles se pusiese en defensa. Estaba á punto de entrar en el puerto, quando se levantó una violenta tempestad, la qual dispersó los navíos. Melisa, que ignoraba los pensamientos de Periandro, estaba bendiciendo á los Dioses por su cercana libertad, quando vió perecer parte de la esquadra, y la restante ser arrojada hácia la costa de Africa, donde naufragó. Solo la nave en que iba Periandro escapó del furor de la tempestad.

Volvió en fin á Corcira, donde cayó en una profunda melancolía. Habia tenido ánimo para soportar la pérdida de sus

dominios; pero no pudo tolerar el pensamiento del crímen de que creía culpable á Melisa. No habia amado á nadie mas que á ella. Cae baxo el peso de su dolor, y su alma se turba casi hasta perder la racionalidad.

Melisa, encerrada aun en la torre, creía muerto á Periandro, y le lloraba amargamente. Vióse otra vez expuesta á los insultos de un Príncipe bárbaro, que no tenia horror de cometer los mas grandes crímenes.

Estando implorando el socorro de los Dioses, y pidiéndoles que protegiesen su inocencia, la persona á cuyo cargo la habia dexado Procles, enternecida de sus desdichas, entró en la prision, le dixo que vivia Periandro, y se ofreció á conducirla con su hijo á Corcira. Habiéndose escapado todos tres por un subterráneo, anduviéron toda la noche por caminos extraviados, y en pocos dias saliéron del territorio de Corinto; pero estuviéron errantes mucho tiempo en las costas del mar Egeo ántes de poder pasar á Corcira.

Procles, loco de rabia y desesperacion con la fuga de la Reyna, encontró medio de confirmar á Periandro en sus sospechas, y de participarle que Melisa llegaria muy en breve á la isla de Corcira con intencion de envenenarle. El desgraciado Rey de Corinto oyó con ansia quanto podia inflamar sus zelos, y redobló su rabia.

Melisa, Licofron y su conductor llegáron en fin á Corcira, y se apresuráron para ver á Periandro, el qual no estaba en su palacio, sino en una sombría floresta, donde se retiraba con freqüencia para entregarse á su dolor. Este desdichado Príncipe ve de léjos á Melisa. Apodéranse de su alma los zelos y el furor. Corre hácia ella fuera de sí: abre Melisa los brazos para recibirle; pero al ir á abrazarle saca Periandro un puñal, y da una puñalada en el pecho á esta fiel esposa, quien al caer le dice: ¡Ah Periandro! ¡así recompensas mi amor y mi fidelidad! Quiere proseguir; pero la muerte pone fin á todas sus desdichas, y su alma vuela á los campos elíseos para recibir la recompensa de su virtud.

Licofron se deshace en lágrimas al ver un espectáculo tan cruel, y exclama: Vengad, justos Dioses, vengad la muerte de una madre inocente en un padre bárbaro, á quien la naturaleza me prohibe castigar. Al acabar estas palabras se entra en el bosque, con resolucion de no ver jamas á su padre. El fiel Corintio, que habia acompañado á la Reyna y al Príncipe á Corcira, informó á Periandro de la inocencia y fidelidad de Melisa, y de todas las miserias que Procles le habia hecho sufrir en su prision.

El infeliz Rey reconoce muy tarde su credulidad, se desespera, y se hiere con el mismo puñal; pero la herida no fue mortal: va á levantar segunda vez el brazo, y le detienen. Arrójase sobre el cuerpo de Melisa, y repite muchas veces estas palabras. Gran Júpiter, consumad con vuestros rayos el castigo que los hombres me impiden acabar. ¡Ó Melisa, Melisa, el amor mas tierno debia terminarse con la mas bárbara crueldad!

Al pronunciar estas palabras procuró

abrirse mas la herida; pero se lo impidiéron, y le lleváron á su palacio. Continuó algunos dias rehusando todo consuelo, y llamando crueles á sus amigos, porque ponian todos los medios para preservarle una vida que detestaba.

No habia modo de tranquilizar su espíritu, sino haciéndole presente que solo él podia castigar los crímenes de Procles. Esta esperanza le aquietó, y permitió que se le curase.

Luego que se restableció fue á ver á sus aliados, para hacerles presente las injurias y las afrentas que habia recibido. Los Tebanos le diéron tropas, sitió á Corinto, cogió prisionero á Procles, y le sacrificó en el sepulcro de Melisa.

Sin embargo de esto, Licofron permaneció aun en Corcira sin querer volver á Corinto, por no ver á un padre que habia asesinado á su virtuosa madre, á quien amaba tiernamente. Periandro pasó lo restante de su infeliz vida sin gozar de su grandeza. Habia quitado la vida á una muger á quien adoraba; queria entraña-

blemente á un hijo, que no podia sufrir su presencia. Resolvió en fin renunciar á este su corona, y retirarse á la isla de Corcira, para llorar allí continuamente sus desgracias, y expiar en la soledad los crímenes que habia cometido.

Con este objeto envió á Corcira una nave para traer á Licofron, encargando al mensagero que le persuadiese volver á Corinto, diciéndole que su padre queria colocarle en el trono. Se lisonjeaba poder aplacar con este sacrificio el aborrecimiento del Príncipe, á quien estaba pronto á coronar. Deseaba con impaciencia su llegada: iba muchas veces á la ribera del mar á esperar á Licofron. Aparece en fin la nave. Periandro corre aceleradamente á abrazar á su hijo único: ¡pero quan grande fue su sorpresa y su dolor quando vió á Licofron en un ataud!

Los Corciros gimiendo baxo el yugo de Periandro, cuya crueldad aborrecian, se habian sublevado; y á fin de extinguir para siempre el linage del tirano, aquellos

bárbaros isleños asesináron al jóven Príncipe, y le enviáron el cadáver para manifestar su eterno aborrecimiento.

Periandro, herido con este triste espectáculo, vuelve en sí, conoce la ira del cielo, y exclama. Yo he violado el juramento hecho á un padre moribundo. Yo he rehusado restituir la libertad á mis Conciudadanos. ¡O Melisa! ¡O Licofron! ¡O Dioses vengadores! yo he merecido mucho todas las calamidades que me oprimen. Despues dispuso una pompa fúnebre, y mandó que todo el Pueblo asistiese á ella.

Cyro, que habia estado presente á aquellos funerales, supo algunos dias despues, que Periandro habia mandado á dos esclavos que fuesen á media noche á cierto lugar, y matasen al primer hombre que encontrasen, y arrojasen su cuerpo al mar. El Rey marchó allá, y fue asesinado; pero no habiéndose encontrado su cuerpo no se le han podido hacer los funerales. Habiéndose entregado á una desesperacion sin exemplo, resolvió castigarse á sí

mismo de este modo, para que su alma anduviese continuamente errante en la ribera de la laguna Estigia, sin poder entrar jamas en la morada de los Héroes. ¡Qué espantosa serie de crímenes é infortunios! ¡El marido asesina á su esposa; los vasallos matan á su Príncipe, y el Rey se procura á sí mismo la muerte! La vengadora justicia de los Dioses, despues de haber extinguido toda la familia del tirano, le persigue aun despues del sepulcro. ¡Qué espectáculo tan terrible, y qué leccion tan instructiva para Cyro!

Apresuróse á dexar un lugar lleno de horror. Fue á Tebas, donde vió nuevos monumentos de las desgracias de los Reyes. Visitó el sepulcro de Edipo y Jocasta; y supo la historia de su infeliz familia entregada á una eterna discordia. Notó especialmente que esta famosa ciudad habia mudado su forma de gobierno y adoptado el popular. La misma alteracion vió en muchas ciudades de Grecia. Todos aquellos pequeños Estados fuéron al principio monárquicos; pero ó por la debili-

dad, ó por la corrupcion de los Príncipes se mudáron en Repúblicas.

LIBRO QUINTO.

Cyro salió de Tebas, atravesó la Beocia, fue á Atica, y finalmente llegó á Atenas, donde reynaba el Rey Pisistrato. Asombróse al ver los magníficos edificios, los suntuosos templos, y las brillantes riquezas de esta ciudad, donde florecian las Artes liberales. Fue en fin al palacio del Rey, el qual era de una arquitectura noble y sencilla. No habia ninguna parte en todo el edificio que no fuese necesaria. En los frisos se veían representados los trabajos de Hércules, las hazañas de Teseo, el nacimiento de Palas, y la muerte de Codro. Por un gran pórtico de columnas de órden jónico se entraba á una grande galería, adornada de pinturas, de estatuas de bronce y mármol, y de todas las cosas que pueden admirar la vista.

Pisistrato recibió á Cyro con alegría, y le hizo sentar á su lado. Los principales Senadores, y muchos jóvenes Atenienses, se sentáron tambien al rededor de ellos en ricas alfombras. Sirvióse una excelente comida á uso del pais. Echáronse los mas deliciosos vinos en copas de oro, primorosamente cinceladas; pero los chistes Aticos, y la política Ateniense con que Pisistrato sazonaba la conversacion, eran las principales delicias del banquete.

Durante la comida el Rey hizo á Cyro una exâcta relacion de las revoluciones que habian acaecido en su tiempo en el Estado. Contóle su destierro, sus desgracias y su restablecimiento despues de haber sido destronado dos veces. Pintó con los colores mas vivos todos los desórdenes del gobierno popular, para que le cobrase aborrecimiento. Sazonó su discurso con relaciones históricas, descripciones agradables é ingeniosos rodeos, que divirtiéron á toda la asamblea.

De este modo Pisistrato se sirvió con arte de una chistosa conversacion y de la

libertad que se acostumbra en semejantes ocasiones, para grangearse el afecto de los Atenienses. Los Senadores y los jóvenes que le oían, parecia que olvidaban su natural aversion á los Reyes.

Cyro conoció con gusto, por este exemplo, quanto ascendiente pueden adquirir los Príncipes con sus amables prendas sobre los corazones de los que tienen la mayor repugnancia á la Monarquía.

Cyro manifestó á Pisistrato, al dia siguiente, el deseo que tenia de conocer á Solon, cuya reputacion se habia esparcido por toda el Asia. Este Filósofo, despues de sus viages, rehusaba al principio volver á Atenas, porque Pisistrato se habia hecho declarar Rey; pero habiendo sabido que gobernaba con mucha moderacion, se reconcilió con él.

El Sabio habia escogido su habitacion en la colina de Marte, donde se juntaba el famoso Consejo del Areopago, cerca del sepulcro de las Amazonas. El mismo Pisistrato quiso acompañar al jóven Príncipe para presentarle al Legislador de Atenas.

Solon, aunque de una edad muy avanzada, aun conservaba mucha alegría y viveza, y aquellas bellezas de alma que jamas envejecen. Abrazó á Cyro con la afectuosa ternura que es natural en los ancianos, quando los jóvenes buscan sus consejos y conversacion para aprender á ser sabios. No ignorando Pisistrato que el designio del Príncipe en visitar á Solon era el informarse por sí mismo de las leyes de Atenas, se retiró y los dexó solos.

El Sabio, para poder conversar con mas libertad, llevó á Cyro á la cumbre de la colina, donde halláron una agradable frondosidad, y se sentáron al pie de una encina sagrada.

Desde allí veían las fértiles llanuras y escarpadas montañas del Atica, las quales limitaban la vista por una parte con agradable mezcla de quanto la naturaleza presenta mas risueño y rústico, y por otra el golfo Sarónico, que ensanchándose por grados ofrece una perspectiva de muchas Islas, como nadando en las aguas. A mayor distancia las elevadas costas de Argos,

que parecen perderse en las nubes, terminaban la vista y aliviaban los ojos cansados con tanta variedad de objetos.

Debaxo estaba la ciudad de Atenas, situada en la falda de una colina. Sus numerosos edificios se elevaban uno sobre otro, y su diferente arquitectura manifestaba las diversas edades de la República: su primera sencillez en los siglos heroycos, y su naciente magnificencia en tiempo de Solon.

Por una parte se veían templos rodeados de bosques sagrados, magníficos palacios adornados de jardines, y gran número de suntuosas casas de una arquitectura regular: por otra muchas y muy elevadas torres, altas murallas y pequeños é irregulares edificios, que descubrian el gusto rústico y guerrero de los tiempos antiguos. El rio Iliso, que corre cerca de la ciudad, y dando vueltas por entre los prados multiplicaba las bellezas del arte.

Cyro suplicó á Solon que le hiciese en este agradable lugar una relacion del estado de la Grecia, y especialmente de Ate-

nas. El Sabio Legislador satisfizo su deseo del modo siguiente.

Todas las familias de Grecia descienden de Heleno, hijo de Deucalion, cuyos tres hijos diéron sus nombres á tres diferentes Pueblos Griegos, Eolios, Dorios y Jonios. Estos Pueblos edificáron por sí mismos muchas ciudades, en las que naciéron Hércules, Teséo, Minos, y todos aquellos primeros Héroes á quienes se diéron honores divinos, para manifestar que la virtud solo puede ser recompensada en el cielo.

El Egipto comunicó inmediatamente á los Griegos la inclinacion á las Artes y á las Ciencias, los inició en sus misterios, y les dió leyes. Civilizada de este modo la Grecia formó poco á poco por sí misma muchas Repúblicas. El Supremo Consejo de los Anfitiones, compuesto de los Diputados de las principales ciudades, los reunió á todos en el mismo objeto, el qual se dirigia á conservar la independencia exterior y la union interior.

Esta excelente conducta los preservaba

de la ilimitada licencia, y les inspiraba amor á la libertad arreglada por las leyes. No subsistiéron siempre estas buenas máxîmas. Todas las cosas degeneran entre los hombres. La sabiduría y la virtud tienen sus vicisitudes en el cuerpo político, como la salud y la fuerza en el natural.

Entre todas estas Repúblicas Atenas y Lacedemonia son sin disputa las principales. Un espíritu agradable, una política refinada; y en fin, todas las amables y sociables virtudes forman el carácter de los Atenienses: el de los Espartanos la fortaleza, la templanza, la virtud militar, y la pura razon destituida de todo ornato. Los Atenienses aman las Ciencias y los placeres; son muy propensos á la voluptuosidad. La vida de los Espartanos es laboriosa y austera: todas sus pasiones caminan á la ambicion. Del diferente genio de estas naciones han provenido las diversas formas y revoluciones de sus gobiernos.

Quando Licurgo reformó los abusos de Lacedemonia, siguió su natural austero, y la feroz inclinacion de sus Conciudadanos.

Creyó que la felicidad de su patria consistia en sus conquistas y en la dominacion; y sobre este plan formó todas las leyes de Esparta, en las que ya estais instruido. A mí me era imposible imitarle.

Atenas, en su orígen, tuvo Reyes; pero solo lo eran en el nombre. El genio de este Pueblo, muy distinto del de los Lacedemonios, miraba como insoportable la Monarquía. El poder de sus Soberanos, casi enteramente limitado al mando de los exércitos, se desvanecia en tiempo de paz. Contamos diez Reyes desde Cecrope hasta Teséo, y siete desde Teséo hasta Codro, que se sacrificó á sí mismo por la felicidad de su patria. Sus hijos Medon y Niléo se disputáron el trono. Los Atenienses se aprovecháron de esta ocasion para abolir enteramente el poder regio, y declaráron á Júpiter único Rey de Atenas. Bello pretexto para favorecer la rebelion y sacudir el yugo de toda autoridad.

En lugar de los Reyes creáron Gobernadores perpetuos con el nombre de Archóntes; pero no tardó en parecerles odio-

so este gobierno, por ser semejante al monárquico. Para no dexar ni aun sombra del poder regio, estableciéron Archóntes decenarios; mas su genio inquieto y bullicioso no quedó satisfecho. Reduxéron á un año la duracion de estas magistraturas, para recobrar la suprema autoridad, que jamas transferian á sus Magistrados sino con disgusto.

Un poder tan limitado no era suficiente para contener en sus límites unos espíritus tan revoltosos. Todos los dias nacian facciones, intrigas y cabalas. Cada uno con su Código Legal en la mano queria disputar sobre el sentido de las leyes. Los hombres de imaginacion mas viva son ordinariamente los ménos sólidos, y los mas aptos para mover sediciónes: juzgan que todo se debe á sus talentos superficiales: baxo pretexto de que todos los hombres nacen iguales, procuran confundir todas las clases, y predican una igualdad quimérica únicamente para dominar á los demas.

El Areopago, instituido por Cecrope, reverenciado por toda la Grecia, y tan fa-

moso por su integridad, que los mismos Dioses, se dice, respetáron sus decisiones, no tenia ya autoridad alguna. Casi siempre juzgaba el Pueblo de todas las cosas; pero sus resoluciones no eran fixas y permanentes, porque la multitud siempre es caprichosa é inconstante. La sombra mas pequeña aumentaba su presuncion, irritaba á los imprudentes, y armaba el furor de una multitud corrompida por una excesiva libertad.

Atenas continuó así mucho tiempo sin poder extender mas su dominacion: feliz en preservarse de su total ruina en medio de disensiones que la despedazaban. Tal era la situacion de mi patria quando emprendí el remediar sus miserias.

[1] En mis primeros años me habia dexado arrastrar del luxo, de la destemplaza y de todas las pasiones de la juventud; de las que solo me curé con el amor de las Ciencias, á las que los Dioses me habian inclinado desde mi infancia. Me apliqué al estudio de la Moral y de la Polí-

1 Plutarc. Vita Solon.

tica, en el qual hallé un encanto, que bien presto me hizo aborrecer mi disoluta y desordenada vida.

Disipada con serias reflexîones la embriaguez de mis pasiones, ví con disgusto el triste estado de mi patria: resolví remediarle, y comuniqué mi intento á Pisistrato, que tambien habia vuelto en sí de las locuras de la juventud.

Ya veis, le dixe, las miserias que nos amenazan. Una licencia ilimitada ha ocupado el lugar de la verdadera libertad. Vos descendeis de Cecrope y yo de Codro. Nosotros tenemos mas derecho que ningun otro para pretender el reynar; pero guardémonos de aspírar á semejante cosa. Sería un peligroso cambio de pasiones el dexar la sensualidad, que solo nos hace daño á nosotros mismos, para seguir la ambicion, que podria ser la ruina de nuestra patria. Procuremos servirla sin intentar dominarla.

Bien presto se presentó ocasîon para executar mis proyectos. Los Ateniênses me eligiéron por Gefe de una expedicion con-

tra los Megarianos, para recobrar la Isla de Salamina. Me embarqué con quinientos hombres, desembarqué en la Isla, tomé la ciudad, y eché de ella á los enemigos. Insistiéron estos en sus injustas pretensiones, y escogiéron á los Lacedemonios por jueces. Yo defendí la causa de mi patria, y gané el pleyto.

Habiendo adquirido gran crédito en estas ocasiones, los Atenienses me instáron para que aceptase el cetro; pero yo lo rehusé, y me apliqué á remediar los males públicos en calidad de Archónte.

El primer orígen de todos ellos provenía del excesivo poder del Pueblo. La Monarquía, moderada por el Senado, era la primitiva forma de gobierno de todas las naciones sabias. Hubiera imitado con gusto á Licurgo estableciéndola; pero conociendo muy bien el genio de mis Conciudadanos, me abstuve de intentarlo. Sabía que si los Atenienses se dexaban despojar del poder supremo, volverian bien presto á recobrarlo á viva fuerza; por lo que me contenté con fixar límites á su autoridad.

Persuadido de que ningun Estado puede subsistir sin subordinacion, distribuí el Pueblo en quatro clases, escogí cien hombres de cada una, y los agregué al Areopago. Manifesté á estos Gefes que la autoridad suprema, de qualquier especie que sea, es un mal necesario para evitar otros mayores; y que por lo mismo no se debe emplear sino para reprimir las pasiones de los hombres. Hice presente al Pueblo las calamidades que habia sufrido, entregándose á sus propios furores. De este modo incliné á los unos á mandar con moderacion, y á los otros á obedecer con docilidad.

Hice castigar con severidad á los que enseñaban que todos los hombres nacen iguales: que el mérito es el que únicamente debe reglar las gerarquías, y que el ingenio es el mayor mérito que el hombre puede tener. Tambien les hice conocer quan fatales conseqüencias nacen de estas falsas máxîmas.

Les probé que la igualdad natural, de que hablaban aquellos hombres, es una

quimera fundada en las fábulas poéticas de los compañeros de Cadmo y los hijos de Deucalion: que jamas ha habido tiempo alguno en que los hombres hayan nacido en estado perfecto: que era una locura enseñar á los niños tales máxîmas: que siempre, desde la edad de oro, el órden de la generacion habia puesto una dependencia necesaria y una desigualdad natural entre los hombres; y en fin, que la autoridad paternal habia sido el primer modelo de todos los Gobiernos.

Hice una ley estableciendo que no pudiese obtener empleo alguno público el que no hubiese manifestado su ingenio mas que con meros chistes, pensamientos agudos y floridos discursos, hablando de todo sin profundizar nada.

Cyro interrumpió á Solon, y le dixo. Me parece que el mérito es el que mas que ninguna otra cosa debe hacer distincion entre los hombres. El ingenio es la clase mas ínfima de mérito, porque siempre es peligroso quando está solo; pero la sabiduría, la virtud y el valor dan un

derecho natural para gobernar. Solo debe mandar á los demas el que tiene mas sabiduría para conocer lo justo, mas virtud para adoptarlo, y mas ánimo para practicarlo.

El mérito, replicó Solon, distingue esencialmente á los hombres, y por lo mismo él solo debia determinar las clases; pero la ignorancia y las pasiones ordinariamente nos impiden conocerlo: el amor propio hace que cada uno se lo atribuya á sí mismo. Los beneméritos son siempre los mas modestos, y jamas intentan dominar. Ademas, que lo que parece virtud, no es muchas veces mas que una máscara engañosa.

Las disputas, las discordias y las ilusiones serian eternas si no hubiese otra regla mas fixa, cierta y palpable que el mérito, para arreglar las clases y los grados.

Las clases se arreglan por eleccion en las pequeñas Repúblicas, y por el nacimiento en las grandes Monarquías. Confieso que es un verdadero mal el conceder las dignidades á quien no tiene ningun mé-

rito real; pero es un mal necesario para evitar otro mayor. Este es el orígen de casi todos los establecimientos políticos, y el que constituye la diferencia entre el Derecho Natural y Civil. Aquel siempre es conforme con la mas perfecta justicia, y este ordinariamente es injusto en las conseqüencias; pero indispensable para evitar la confusion y el desórden.

Las clases y las dignidades no son mas que sombras de la verdadera grandeza: el respeto exterior, y los obsequios que se les da, tampoco son mas que una apariencia de la estimacion, la qual solo pertenece á la virtud. ¿No es prueba de gran sabiduría en los primeros Legisladores el haber conservado el órden en la sociedad, estableciendo reglas para que los que solo tienen una sombra de virtud se contenten con una sombra de estimacion?

Os entiendo, dixo Cyro. La Soberanía y la diferencia de clases son males necesarios para contener las pasiones en sus límites. La clase mas baxa debe contentarse con merecer la estimacion real por me-

dio de una virtud simple y modesta; y la mas alta persuadirse que no se la debe dar mas que un obsequio exterior, á no ser que tenga un verdadero mérito. De este modo no será sensible á los unos su baxa condicion, ni los otros se ensoberbecerán demasiado con su grandeza. Los hombres se persuadirán que los Reyes son necesarios, y los Reyes no olvidarán que son hombres. Cada uno se contendrá dentro de su propia esfera, y no se turbará el órden de la sociedad. Veo claramente la belleza de este principio. Deseo ansiosamente saber lo demas de vuestra legislacion.

El segundo orígen de las miserias de Atenas, dixo Solon, dimanaba de la excesiva riqueza de unos, y de la extrema pobreza de otros. Esta terrible desigualdad, en un Gobierno popular, ocasionaba eternas discordias. No me atreví á intentar remediarlas, estableciendo una comunidad de bienes como en Esparta, porque el genio de los Atenienses, inclinado al fausto y á los placeres, jamas permitiria

semejante igualdad. Pero para disminuir nuestros males abolí las deudas públicas: yo mismo dí el exemplo: perdoné lo que se me debia: dí libertad á mis esclavos, y ordené que en lo sucesivo ninguno empeñase su persona por lo que pidiese prestado.

Jamas he tenido tanto placer como en socorrer á los miserables. Aun era rico, porque me quedaba lo suficiente para mi propia persona; pero me juzgaba pobre, porque no tenia bastante para dar á todos los desdichados lo que necesitaban. Inculqué á los Atenienses esta útil máxîma: *que todos los miembros de la República debian sentir y compadeçerse de las miserias de los demas como miembros de un mismo cuerpo.*

El tercer orígen de nuestras calamidades era la multitud de leyes, lo qual es señal tan evidente de la corrupcion de un Estado, como la diversidad de medicinas lo es de la enfermedad del cuerpo.

Tampoco en esto pude imitar á Licurgo. La comunidad de bienes y la igualdad

de todos los miembros de una República hace inútiles un gran número de leyes, las quales son absolutamente necesarias en donde hay una desigualdad de clases y propiedades. Me contenté con abolir todas las leyes que solo sirven para exercitar el ingenio sutil de los Sofistas, y la travesura de los Jurisconsultos, reservando únicamente un corto número de las que eran sencillas, cortas y claras. De este modo evité las cavilaciones contenciosas, monstruo inventado por la vana sutileza de los hombres para eludir la justicia. Fixé cierto término para la final determinacion de los pleytos, y establecí castigos severos é ignominiosos para los Magistrados que los alargasen mas del tiempo prescrito. Finalmente abolí las severísimas leyes de Dracon, que castigaban con igual pena las faltas mas pequeñas y los crímenes mas grandes, y proporcioné los castigos á las culpas.

El quarto orígen de nuestros males era la mala educacion de los niños. No se cultivaban en los jóvenes mas que las pren-

das superficiales, el ingenio, la brillante imaginacion y la afeminada cortesanía. La verdad, la razon, los nobles sentimientos, y las virtudes sólidas eran despreciadas. Se apreciaba á los hombres por lo exterior; y en fin, todo se valuaba por la apariencia, y no por la realidad. Los Atenienses veían con seriedad las vagatelas mas mínimas, y miraban muy ligeramente las materias mas sólidas.

Para remediar estos desórdenes dispuse que el Areopago cuidase de la educacion de los niños. Yo no queria que fuesen educados con ignorancia como los Espartanos, ni que se ciñesen como ántes al estudio de la Eloqüencia, de la Poesía y de las Ciencias especulativas, que solo sirven para adornar la imaginacion. Quise que aplicasen sus pensamientos á todos los conocimientos que ayudan á fortificar la razon, á habituar el alma á exâminar todas las cosas con atencion, á discurrir con profundidad sóbre la proporcion de los números, á calcular el curso de los cuerpos celestes, á la estructura del universo,

á la gran ciencia de subir hasta los primeros principios, descender á las conseqüencias, y descubrir toda la serie de verdades con su mutua dependencia.

Sin embargo estas Ciencias especulativas sirven únicamente para exercitar y cultivar el espíritu en los primeros años. Los Atenienses en una edad mas madura se aplican al estudio de las Leyes, de la Política y de la Historia: procuran instruirse de las revoluciones de los Imperios, de las causas de su orígen, y de los motivos de su caida: en una palabra, se dedican á todo lo que puede contribuir al conocimiento del hombre [1].

El quinto y último orígen de nuestras miserias era el desenfrenado amor á los placeres. Yo conocia que el genio de los Atenienses requeria diversiones y espectáculos: que no era posible subyugar aque-

1 Pisistrato estableció una especie de Academia para cultivar estas Ciencias, y formó una magnifica Biblioteca, la qual contenia una curiosa coleccion de los mejores Poetas, Filósofos é Historiadores.

llas almas republicanas é indóciles, sino sirviéndome de su inclinacion á los placeres para cautivarlas é instruirlas.

Hice representar en los teatros las fatales conseqüencias de la desunion, y de todos los vicios perjudiciales á la sociedad. De este modo un sinnúmero de hombres pasaban juntos horas enteras oyendo las lecciones de una sublime moral. Se hubieran fastidiado de máxîmas y preceptos secos: no habia medio de instruirlos, unirlos y corregirlos, sino con pretexto de divertirlos.

Bien veo, dixo Cyro, que habeis consultado la naturaleza mas que Licurgo. ¿Pero por otra parte no habeis sido muy indulgente con la fragilidad humana? Me parece muy peligroso en una República, que siempre se ha inclinado á la voluptuosidad, el procurar reunir á los hombres por medio de su amor á los placeres.

Yo no podia, replicó Solon, mudar la naturaleza de mis Conciudadanos. Mis leyes no son perfectas, pero son las mejores que pueden soportar. Licurgo halló en

los Espartanos un genio apto para todas las virtudes heroycas: yo encontré en los Atenienses una inclinacion á todos los vicios que hacen afeminados á los hombres. Me atrevo á decir que las leyes de Esparta, llevando las virtudes á lo extremo, las transforman en defectos. Mis leyes al contrario se dirigen aun á hacer útil á la sociedad la debilidad de los hombres. Esto es todo lo que puede hacer la política; la qual no muda los corazones; pero saca de sus pasiones toda la ventaja posible.

Creí, continuó Solon, haber evitado y remediado la mayor parte de nuestros males con el establecimiento de estas leyes; pero la inquietud de un Pueblo, acostumbrado á la licencia, me causó diarias molestias. Unos vituperaban mis reglamentos; otros fingian no entenderlos. Unos querian aumentarlos; otros quitar algunos de ellos. Entónces conocí quan inútiles son las mas excelentes constituciones, sin una autoridad fixa y estable para ponerlas en execucion. ¡Quan infeliz es la suerte de los mortales! Procurando evitar los ter-

ribles males del Gobierno popular, se exponen á caer en una dura esclavitnd. Huyendo de los inconvenientes de la Monarquía, se acercan poco á poco á una espantosa anarquía. La senda de la justa política está por todas partes rodeada de precipicios. Suspiraba dentro de mí, viendo que aun no habia hecho nada; y hallando á Pisístrato le dixe.

Ya veis todo lo que he hecho para curar los males del Estado. Mis remedios son inútiles por falta de médico que los aplique. Este Pueblo está tan impaciente baxo del yugo, que teme la autoridad de las leyes, y aun el imperio de la misma razon. Cada uno quiere reformarlas á su modo. Yo me voy á ausentar por diez años. Así evitaré la perplexidad y la inquietud que me causa el verme expuesto todos los dias á añadir, multiplicar y cercenar la sencillez de mis leyes. Durante mi ausencia procurad que los Atenienses se acostumbren á ellas; y no permitais ninguna alteracion. He rehusado el aceptar la corona que se me ofreció, por-

que un buen Legislador debe ser desinteresado. Vuestras virtudes militares os hacen propio ¡ó Pisistrato! para refrenar las pasiones de los hombres, y vuestra humanidad natural os impide abusar de vuestra autoridad. Sujetad á los Atenienses sin esclavizarlos, y reprimid su licencia sin quitarles su libertad. Abstèneos del título de Rey, y contentaos con el de Archónte.

Habiendo tomado esta resolucion, viajé por el Egipto y el Asia. Pisistrato subió al trono, estando yo ausente, sin embargo de la aversion que los Atenienses tenian á los Reyes. Su habilidad y su valor le eleváron al poder real, su dulzura y su moderacion le mantienen en él. Solo se distingue de sus Ciudadanos por su exâcta sumision á las leyes: vive sin fausto ni ostentacion. Los Atenienses le respetan como descendiente de Cecrope, y le estiman porque únicamente ha reasumido la autoridad de sus antecesores para hacer bien á su patria. Por lo que á mí toca paso mis dias en esta soledad, sin mezclarme en el Gobierno. Me contento

con presidir el Areopago, y explicar mis leyes quando se suscita alguna disputa sobre ellas.

El Príncipe de Persia vió claramente por el discurso de Solon los incovenientes del Gobierno popular, y que el despotismo de la multitud es mas insoportable, que la autoridad ilimitada de una persona.

Luego que Cyro estuvo bien instruido en las leyes de Solon y en el Gobierno de Atenas, se aplicó á conocer sus fuerzas militares, las que principalmente consistian en esquadras. Pisistrato le llevó á Falare, ciudad marítima situada en la embocadura del Iliso, adonde ordinariamente se refugiaban las naves Atenienses. No habia sido aun construido por Temístocles el puerto de Pireo.

Baxáron el rio acompañados de Araspes y de muchos Atenienses en un barco hecho á propósito. Miéntras que una deliciosa música encantaba los oidos, y arreglaba el movimiento de los remos, Pisistrato hablaba con el Príncipe sobre las fuerzas de las esquadras de Atenas; sobre

los proyectos que premeditaba para aumentarlas; sobre las ventajas que se podian sacar de esto para la seguridad de la Grecia contra las invasiones extrangeras; y últimamente sobre la utilidad que resultaria al comercio con el aumento de las fuerzas navales.

Hasta aquí, dixo, los Atenienses mas se han aplicado á ser ricos que grandes. Este ha sido el orígen de nuestro luxo, de nuestro libertinage, y de nuestras discordias populares. En qualquier parte que el Pueblo comercia únicamente para aumentar su riqueza, el Estado no es ya una República, sino una Sociedad de mercaderes, la qual no tiene mas union que el deseo de multiplicar sus ganancias, y abandona el generoso amor de la patria, quandó el bien público se opone á sus intereses particulares.

He procurado evitar estos males. Los marineros se mantienen con el sueldo que ganan en las naves de comercio, y estan siempre prontos á tripular nuestras esquadras. Estos buques sirven para el tráfico

en tiempo de paz, y para defender la patria en tiempo de guerra. El comercio no sólo contribuye de este modo para enriquecer á los Ciudadanos, sino tambien para aumentar las fuerzas del Estado. De esta suerte el bien público conviene con el particular, y no se disminuye la virtud militar.

Así entretenia Pisistratro á Cyro hasta que llegáron á Falare. Este puerto formaba una media luna: de un lado á otro atravesaban gruesas cadenas, las quales servian de barrera á las naves. De trecho en trecho habia muchas torres para defender el muelle.

Pisistrato habia preparado un combate naval. Los baxeles estaban ya puestos en órden. Una floresta de mástiles formaba á un lado tres líneas de grandísima longitud, en tanto que una esquadra situada en el lado opuesto, en forma de media luna, presentaba otra floresta sobre las aguas. Los soldados, de armadura pesada, estaban puestos sobre las cubiertas, los flecheros y los honderos en la proa y en la popa.

El combate duró algunas horas; hasta que el Príncipe vió todos los diferentes modos de maniobrar un navío en batalla naval. Concluida esta evolucion, Cyro baxó al puerto á exâminar la construccion de las naves, para aprender los nombres y los usos de todas sus partes.

El dia siguiente volvió á Atenas con Pisistrato en un magnifico carro, por un terraplen formado á lo largo de la orilla del rio Iliso. En el camino suplicó á Pisistrato que le hiciese una relacion mas individual, que la que le habia hecho al principio, de las varias revoluciones que habian acaecido en su reynado. Pisistrato satisfizo su curiosidad del modo siguiente.

[1] Ya sabeis que, quando formé el designio de hacerme Rey, dos facciones opuestas despedazaban el Estado. Megacles era cabeza de un partido, y Licurgo de otro.

Solon puso fin á nuestras divisiones con sus sabias leyes, y poco despues se fue al

1 Esta historia se funda en lo que dice Herodoto en el lib. 1.

Asia. En su ausencia gané los corazones del Pueblo, y con artificio y destreza conseguí guardia para mi persona. Me hice dueño de la fortaleza, y fuí proclamado Rey.

Para grangear mas y mas la voluntad del Pueblo, menosprecié toda alianza con los Príncipes de Grecia, y me casé con Fia, hija de un rico Ateniense, de la Tribu Pernea. El amor se uniformaba con la política. A su asombrosa hermosura unia todas las prendas dignas de un trono, y las virtudes de un alma noble. Yo la habia amado en mi juventud; pero la ambicion me habia distraido de esta pasion.

Goberné en paz por algunos años; pero al fin se manifestó de nuevo la inconstancia de los Atenienses. Licurgo suscitó contra mí la murmuracion del Pueblo, baxo pretexto de que yo habia agotado el tesoro público para mantener esquadras inútiles. Divulgó con arte que el designio de aumentar yo nuestras fuerzas navales era para apoderarme de toda la Grecia, y despojar despues á los Atenienses de su

libertad. Tramó una conjuracion para quitarme la vida: comunicó su intento con Megacles, quien se horrorizó de la traycion, y me lo avisó. . . . . .

Tomé, pues, todas las precauciones posibles para evitar el ser víctima de los zelos de Licurgo. Sin embargo halló medio de mover una insurreccion. El furor del Pueblo llegó hasta poner fuego por la noche á mi palacio. Corrí á la habitacion de Fia; pero ya estaba consumida por las llamas. No tuve mas tiempo que el preciso para salvarme con mi hijo Hipias. Me escapé con el auxîlio de la obscuridad, y huí á la isla de Salamina, en la que estuve oculto dos años enteros. No dudaba que Fia hubiese perecido en las llamas. Por grande que fuese mi ambicion, aun me afligia infinitamente mas su muerte, que la pérdida de la corona. . . . . .

Durante mi ausencia Megacles tomó zelos de Licurgo, de modo que sus discordias sumergiéron la ciudad en la mayor confusion. Dí noticia á Megacles de mi fuga, de la pérdida de Fia, y del lugar

de mi retiro. Propúsome que volviese á Atenas, y me ofreció su hija en matrimonio.

Para empeñar á los Atenienses á que favoreciesen nuestros proyectos, recurrimos á la Religion, y sobornamos á los Sacerdotes de Minerva. Dexé la isla de Salamina; pero ántes de entrar en Atenas me detuve en un templo, que dista algunos estadios de la ciudad. En él encontré á Megacles que me estaba esperando con varios Senadores, y una multitud de gente. Ofreciéronse sacrificios, y se consultáron las entrañas de las víctimas. Exâminadas estas, el Sumo Sacerdote declaró en nombre de la Diosa que su ciudad no podia ser feliz, sino restableciéndome en el trono; por lo qual fuí inmediatamente coronado con solemnidad.

Para engañar mejor al Pueblo, Megacles escogió de entre las jóvenes Sacerdotisas la que era de estatura mas magestuosa, y la hizo armar como si fuese la hija de Júpiter. Tenia el pecho cubierto con el terrible escudo, una brillante lanza en su

mano, y el rostro tapado con un velo. Sentéme con ella en un carro triunfal, y fuimos conducidos á la ciudad, precedidos de Trompeteros y Reyes de Armas, que decian en alta voz [1]: Pueblo de Atenas recibe á Pisistrato, á quien Minerva, queriendo honrar mas que á ningun otro de los demas mortales, te le vuelve á traer por medio de su Sacerdotisa.

Fuéron abiertas inmediatamente las puertas de la ciudad, y nos dirigimos en derechura á la fortaleza, en donde debia celebrarse el matrimonio. La Sacerdotisa baxó del carro, y cogiéndome de la mano, me llevó á lo interior del palacio. Luego que estuvimos solos se quitó el velo, y conocí que era Fia. Imaginad quan grande sería mi alegría. Mi amor y mi ambicion fuéron coronados en un dia. Contóme brevemente de qué modo se escapó de las llamas, cómo anduvo buscándome, y su retiro al templo de Minerva, por haberse divulgado con certeza que yo habia muerto.

[1] Herod. lib. 1.

Viendo Megacles desconcertados sus proyectos, se valió de todos los medios posibles para volverme á deponer. Creyó que yo habia obrado de acuerdo con Fia, para engañarle con una falsa esperanza. Hizo correr la voz en Atenas de que yo habia sobornado al Pontífice y abusado de la Religion para engañar al Pueblo. Tomó este segunda vez las armas contra mí, y sitió la fortaleza. Viendo Fia la cruel extremidad á que yo estaba reducido, y temiendo que experimentase el efecto del furor de una multitud irritada y supersticiosa, halló medio de escaparse, dexándome escrita esta carta.

Sería injusto privar á los Atenienses de un Rey como Pisistrato. Solo él puede preservar á nuestra patria de su ruina. Yo he determinado sacrificarme por su felicidad. La Diosa me inspira esta resolucion en beneficio de su favorecida ciudad.

Este exemplo de generosidad me llenó de admiracion, me traspasó de dolor, y redobló mi amor. Informado Megacles de la huida de Fia, suspendió el sitio, y me

ofreció la paz con condicion de repudiar á la Reyna, y casarme con su hija; pero resolví perder mi corona ántes que ser traydor á mi gloria y á mi amor. Renovóse el sitio con mas vigor que al principio; y despues de una larga resistencia me fue preciso el rendirme. Dexé el Atica, y marché á la Eubéa.

Anduve errante mucho tiempo en este pais, hasta que siendo descubierto y perseguido por Megacles, me retiré á la Isla de Naxos. Entré en el templo de Palas, situado cerca de la ribera del mar, para adorar á la Protectora de Atenas. Luego que acabé mi oracion ví una urna sobre el altar, y acercándome á ella leí esta inscripcion. Aquí descansan las cenizas de Fia, cuyo amor á Pisistrato y á su patria la obligó á sacrificarse voluntariamente por su felicidad.

Este triste espectáculo renovó todas mis penas; sin embargo, no podia separarme de aquel fatal lugar. Iba con mucha freqüencia al templo á llorar mis desgracias. El era el único consuelo que me queda-

ba en un estado tan solitario, en el qual sufrí el hambre, la sed, la inclemencia de las estaciones, y todas las desdichas de un hombre desterrado, que no tiene amigos en quienes poder confiar.

Un dia, estando sumergido en las reflexîones mas melancólicas, y en un profundo silencio delante del altar, (no sé si fue una vision ó un sueño divino) me pareció que el templo se conmovia: que se abria la cúpula: que veía en el ayre á Minerva, en la misma forma que quando salió de la cabeza de Júpiter, y que la oía pronunciar[1] estas palabras en tono magestuoso y amenazador. De este modo castigan los Dioses á los que abusan de la Religion, haciéndola servir á su ambicion. Mi alma se sobrecogió con un horror sagrado. La presencia de la Diosa me llenó de confusion, me puso delante todos mis crímenes, y continué un gran rato sin sentido ni movimiento.

Mudóse entónces mi corazon. Conocí el verdadero orígen de mis desgracias. Detesté la falsa política, la qual usa de ruin-

dades; artificios y viles disimulos. Resolví seguir en lo sucesivo otras máxîmas; no servirme sino de medios nobles, justos y magnánimos, y procurar hacer felices á los Atenienses, en caso que los Dioses se aplacasen, y me permitiesen volver á subir al trono. En efecto, los Dioses se serenáron, y me libráron de mi destierro.

Mi hijo Hipias consiguió que me socorriesen los Argibos, y varias ciudades de la Grecia. Fuí á juntarme con él en Ática. Tomé primero á Maraton, y despues me adelanté hácia Atenas. Los Atenienses saliéron de la ciudad para atacarme. Enviéles algunos niños á caballo para asegurarles que no venia á despojarlos de su libertad, sino á restablecer las leyes de Solon. Esta moderacion disipó sus temores; recibiéronme con aclamaciones de alegría, y subí al trono por tercera vez. Desde entónces he tenido un reynado pacífico.

Miéntras que Cyro permaneció en Atenas, Pisistrato y Solon le lleváron muchas veces á los espectáculos públicos. Aun no se conocian los teatros magníficos, las de-

coraciones pomposas, ni las reglas exâctas que se hán inventado despues. La tragedia no estaba en la perfeccion á que la elevó Sofocles; pero era correspondiente á las miras políticas para que fué inventada.

Los Poetas Griegos representaban ordinariamente en sus obras dramáticas la tiranía de los Reyes, para fortificar la aversion que tenian los Atenienses á la Monarquía; pero Pisistrato mandó que se representase la libertad de Andrómeda. El Poeta esparció en su tragedia varias alabanzas muy delicadas, que se podian aplicar no solo á Perséo, sino tambien á Cyro su descendiente.

Despues de esta diversion, Solon llevó al jóven Príncipe al Areopago, adonde se le dió una comida mas frugal, pero no ménos agradable, que la que habia tenido en el palacio de Pisistrato. Durante ella Cyro rogó al Sabio anciano que le explicase el designio político de las principales partes de la tragedia, que aun no entendia. Solon, que era Poeta, le respondió.

El teatro es una viva pintura de las vir-

tudes y de las pasiones de los hombres. La imitacion engaña al entendimiento, hasta hacerle creer que los objetos que ve son verdaderos, no representados.

Ya habeis leido á nuestro Poeta Homero. El drama, segun él, solo es un compendio del Poema épico. El uno es una accion recitada, y el otro una accion representada. El uno cuenta los triunfos sucesivos de la virtud sobre el vicio y la fortuna; el otro representa los males imprevistos, causados por las pasiones. El uno puede abundar de cosas maravillosas y sobrenaturales, porque en él se trata de virtudes heroycas, las que solo inspiran los Dioses; pero en el otro prevalecen las pasiones humanas; y por lo mismo ès menester que lo natural se junte con lo asombroso para manifestar los efectos y el curso de las pasiones. El amontonar maravillas sobre maravillas transporta el espíritu mas allá de los límites de la naturaleza; pero solamente excita la admiracion. Al contrario, describiendo los efectos que la virtud y el vicio producen dentro y fuera de nosotros, el hombre

se ve y se conoce á sí mismo, al paso que se conmueve el corazon y se divierte el entendimiento.

Para llegar al género sublime es necesario que el Poeta sea Filósofo. Las gracias, las pinturas y las flores mas bellas únicamente agradan á la imaginacion, pero no convencen al entendimiento. Para hacernos conocer la verdad, la virtud y la naturaleza, es preciso sembrar por todas partes sólidos principios, nobles sentimientos y diversos caracteres. Es menester que el hombre sea representado como es en sí, y como parece exteriormente: en su natural, y segun sus disfraces, para que la pintura pueda asemejarse al original; en el que casi siempre hay un contraste de virtudes y vicios. Sin embargo, es necesario hacerse cargo de la debilidad de la naturaleza humana. El moralizar mucho fastidia: el raciocinar demasiado cansa. Es preciso convertir las máxîmas en acciones mostrar nobles sentimientos con relaciones cortas, é instruir mas con las costumbres de los héroes, que con sus discursos.

Estas son las grandes reglas fundadas en la naturaleza del hombre, y los resortes que es menester mover para hacer que el placer sirva de instruccion. Preveo que algun dia podrán perfeccionarse estas reglas. Hasta aquí me he contentado con hacer al teatro una escuela de Filosofía para los jóvenes Atenienses, muy útil para su educacion. No conoce la naturaleza humana el que quiere hacer sabios de una vez á los hombres valiéndose de la fuerza y de la severidad. No se puede fixar en ningun objeto el entendimiento de una juventud viva y ardiente sino divirtiéndola. Esta edad siempre aborrece los preceptos; y así es necesario disfrazárseles baxo de una forma agradable.

Cyro comprehendió los grandes designios políticos y morales del teatro; y al mismo tiempo vió claramente que las principales reglas de la tragedia no son arbitrarias, sino tomadas de la naturaleza. Le pareció que no podia manifestar mejor su gratitud á Solon por sus instrucciones, que insinuándole la impresion que le habian hecho.

Ahora conozco, le dixo, que los Egip-

cios no tienen razon para menospreciar á los Griegos, y especialmente á los Atenienses. Ellos miran vuestras gracias, vuestros chistes y vuestros donayres, como pensamientos frívolos, adornos superfluos y bellos pasatiempos que denotan un espíritu pueril, y un ingenio débil, que no se puede elevar mas arriba. Veo que teneis un gusto mas fino que las demas naciones: que conoceis mejor la naturaleza humana; y que sabeis hacer instructivos los placeres. Los demas Pueblos solo se enternecen con pensamientos varoniles, con movimientos violentos, y sangrientas catástrofes. Por falta de sensibilidad no distinguimos como vosotros la diversidad de ideas y pasiones humanas, ni conocemos los tiernos y dulces placeres que nacen de los agudos dictámenes.

Al acabar Cyro este discurso, Solon no pudo dexar de abrazarle y decirle. Feliz la nacion que es gobernada por un Príncipe, que viaja por la tierra y por los mares para llevar á su patria todos los tesoros de la sabiduría.

Cyro se preparó poco despues para dexar á Atenas; y al partir renovó á Pisistrato la misma promesa, que habia hecho á Quilon y á Leonidas, de ser siempre fiel aliado de la Grecia. Embarcóse, pues, con Araspes en el puerto de Falare en una nave Rodia, que salia para Creta.

El designio del Príncipe en ir á esta Isla, no solo se dirigia á informarse á fondo de las leyes de Minos, sino tambien para ver á Pitágoras, que se habia detenido allí yendo á Croton. Todos los Magos del Oriente, á quienes este Sabio vió en sus viages, habian hecho á Cyro grandes elogios de él. Teníanle por el Filósofo mas grande de su siglo, y por el hombre mas inteligente en la antigua Religion de Orfeo. Sus disputas con el Materialista Anaxîmandro le habian hecho famoso en toda la Grecia, y dividido á todos los Sabios en dos partidos. Araspes se habia informado de esta materia conversando con los Filósofos de Atenas; y durante el viage se la refirió á Cyro del modo siguiente.

Pitágoras, descendiente de los antiguos

Reyes de Samos, amaba desde niño la sabiduría. Desde entónces descubrió ya un genio superior, y un gran deseo de encontrár la verdád. No hallando en Samos ningun Filósofo que pudiese manifestársela, salió de allí de edad de diez y ocho años; para buscar en otra parte lo que no podia encontrár en su patria. Despues de haber viajado algun tiempo por Egipto y Asia, volvió á su casa bien instruido en todas las Ciencias de los Caldeos, de los Egipcios, de los Gimnosofistas y de los Hebreos. Su ingenio igualaba á su talento, y las excelentes prendas de su alma excedían á uno y otro. Su viva y fecunda imaginacion no le impedia hablar con justicia.

Anaxîmandro habia pasado desde Mileto, su patria, á la Isla de Samos. Tenia todas las instrucciones que pueden adquirirse con el estudio; pero su entendimiento era mas sutil que sólido, sus ideas mas sabias que brillantes, y su engañadora eloqüencia llena de sofisterías. Era un impío en lo interiór, y en lo exterior aparenta-

ba una afectada y extravagante superstición. Defendia como verdades divinas todas las fábulas de los Poetas, y se adheria al sentido literal de sus alegorías. Adoptaba todas las opiniones y principios vulgares para degradar la Religion, y hacerla monstruosa. Su impiedad no procedia únicamente del vano deseo de hacerse cabeza de una nueva secta, sino de mala inclinacion. Aborrecia á los hombres, y se complacia en procurar destruir todos los placeres del alma, y las deliciosas esperanzas que inspira la idea de la inmortalidad.

Pitágoras se opuso abiertamente á unas máxîmas tan perniciosas, y se esforzó á expurgar la Religion de las absurdas opiniones que la deshonraban. Anaxîmandro, cubriéndose con el velo de una profunda hiprocresía, tomó ocasion de esto para acusarle de impiedad.

Valióse de todos los medios posibles para irritar al Pueblo, y alarmar á Polícrates, Rey de Samos. Dirigióse á los Filósofos de todas las sectas, y á los Sacerdotes de las diferentes Divinidades, para

persuadirles que el sabio Samio, enseñando la unidad de un solo Principio, destruía los Dioses de la Grecia. No obstante que el Rey amaba á Pitágoras, se dexó sorprehender y engañar con las artificiosas representaciones que Anaxîmandro formó contra él. El Sabio fue desterrado de la corte, y obligado á ausentarse de su patria.

Esta historia aumentó á Cyro el deseo de ver al Filósofo, y de averiguar por menor todos los particulares de su disputa. Los vientos continuáron favorables, y llegáron brevemente á Creta.

LIBRO SEXTO.

Luego que Cyro llegó á Creta fue inmediatamente á Gnoso, Capital de aquella Isla, donde vió el famoso Laberinto, hecho por Dédalo, y el magnífico templo de Júpiter Olímpico. Los Cretenses representaban sin oidos á este Dios, para denotar que el Soberano Señor del universo no necesita órganos corporales para

oir las quejas y las oraciones de los hombres [1].

Este noble edificio estaba dentro de un grande cercado, en medio de un monte sagrado. Entrábase en él por un pórtico de veinte columnas de granito oriental. La puerta era de bronce entallada con mucho primor. Dos grandes figuras adornaban el portal, la una representando la Verdad y la otra la Justicia.

El templo era una inmensa bóveda, en la que solamente entraba la luz por arriba, para que la vista no se distraxese con los objetos exteriores, á excepcion de los cielos. El interior era un peristilo de pórfido y mármol de Numidia.

De trecho en trecho habia distintos altares consagrados á los Dioses celestiales, y entre las columnas estaban las estatuas de las Divinidades terrestres. La cúpula estaba cubierta por afuera con planchas de plata, y por dentro con imágenes de Héroes deificados por su mérito.

Entra Cyro en este templo: el silen-

1 *Plut. de Isid. et Osir.*

cio y la magestad del lugar le llenan de temor y de respeto: póstrase, y adora á la Divinidad. Habia aprendido de Zoroastro que el Júpiter Olímpico de los Griegos [1] era el mismo que el Oromazes de los Persas, y el Osiris de los Egipcios.

Miró despues todas las maravillas del arte, que se veían en este lugar. No le causáron tanta admiracion la riqueza y magnificencia de los altares, como la nobleza y magestad de las estatuas. Como habia aprendido la Mitología Griega conoció fácilmente á todas las Divinidades por sus atributos, y comprehendió los misterios de la Religion en las figuras alegóricas que se presentaban á su vista.

Lo que especialmente llamó mas su atencion fue que cada una de las Deidades celestes tenia en su mano una lámina de oro macizo, en la qual estaban grabadas las altas ideas de Minos sobre la Religion, y las diferentes respuestas que diéron los Orá-

1 El Júpiter Olímpico de los Griegos era su Dios supremo, superior á Júpiter conductor. Tambien le llamaban Saturno ó Cielo.

culos á aquel Legislador quando les consultó sobre la naturaleza de los Dioses y el culto que se les debe.

En la lámina de Júpiter Olímpico se leían estas palabras: *yo doy el ser, la vida y el movimiento á todas las criaturas* [1]. *Ninguno puede conocerme, sino el que procura parecerse á mí* [2].

En la de Palas: *los Dioses se manifiestan á un corazon puro, y se ocultan á los que solo procuran conocerlos con el entendimiento* [3].

Sobre la de la Diosa Urania: *las leyes Divinas no son cadenas para ligarnos, sino alas para levantarnos á los cielos luminosos* [4].

Sobre la de Apolo Pitio estaba escrito este antiguo Oráculo. *Los Dioses habitan con ménos gusto en el cielo que en el alma del justo, la qual es su verdadero templo* [5].

1 Véase el Discurso citado.
2 Platon. Epinom.
3 *Ibid.*
4 *Plat. de Respub.*
5 *Hierocl. Aur. Carm.*

Estando Cyro meditando el sublime sentido de estas inscripciones, entra en el templo un viejo venerable, póstrase delante de la estatua de Harpócrates, y permanece largo rato en profundo silencio. Cyro se presume que es Pitágoras; pero no se atreve á interrumpir su devocion, y continúa leyendo las inscripciones de las láminas.

Pitágoras (era él) despues de haber adorado á los Inmortales, se levanta, mira á los dos extrangeros, y ve en el ayre y rostro de Cyro las señas que Solon le habia descrito y quando le participó la partida de este jóven Príncipe para Creta. Acércase á él, le saluda, dáse á conocer, é inmediatamente comprehende que es Cyro.

El sabio Samio, por no interrumpir mas el silencio que se debe guardar en un lugar dedicado para adorar á los Dioses inmortales, llevó á Cyro y Araspes á un bosque sagrado contiguo al templo.

Cyro le dixo entónces: Lo que he visto en las láminas me da una alta idea de vuestra Religion. Me he apresurado á ve-

nir aquí, no solo para instruirme en las leyes de Minos, sino tambien para aprender de vos la doctrina de Orfeo acerca del siglo de Oro. Me han dicho que es semejante á la de los Persas tocante al imperio de Oromazes; y á la de los Egipcios relativa al reynado de Osiris. Tengo mucho gusto en ver algunos vestigios de aquellas grandes verdades en todas las naciones: dignaos descubrirme vuestras antiguas tradiciones.

Solon, respondió Pitágoras, me participó vuestra partida para esta isla. Yo iba á Croton; pero suspendí mi viage por tener la satisfaccion de ver á un héroe, cuyo nacimiento y conquistas han sido predichas por los Oráculos de casi todas las naciones. Nada os ocultaré de los misterios de la Sabiduría, porque conozco que algun dia sereis el Conquistador y Legislador del Asia.

Sentáronse despues, cerca de una estatua de Minos, en medio del sagrado bosque. El Filósofo les refirió toda la Mitología de los primeros Griegos, usando del

estilo poético de Orfeo, quien con sus pinturas hacia palpables las verdades mas sublimes.

[1] En el siglo de Oro, dixo, todos los habitantes de la tierra vivian en perfecta inocencia. En una palabra, como son los campos elíseos para los héroes, así era entónces la feliz morada de los hombres. Las destemplanzas del ayre, y la guerra de los elementos eran desconocidas. Los vientos del norte no habian salido aun de sus profundas grutas: los céfiros animaban todas las cosas con sus deliciosas brisas. Ni se sentian los abrasadores calores del sol, ni los rigores del invierno. A la primavera coronada de flores seguia el otoño cargado de frutos. La muerte, las enfermedades y los crímenes no se atrevian á acercarse á aquellos felices lugares.

Los primeros hombres, reposando juntos en bosques olorosos, sobre prados siempre verdes, ya disfrutaban los mas puros placeres de la amistad: ya sentados á la mesa de los Dioses se saciaban de

1 Véase el Discurso citado.

néctar y ambrosía. Otras veces Júpiter, acompañado de todas las Divinidades, subiendo en su alado carro, los llevaba á lo alto de los cielos. Los Poetas ni han conocido ni celebrado este supremo lugar, en el que las almas veían la verdad, la justicia y la sabiduría en su orígen: en donde contemplaban la primera Esencia, de quien Júpiter y los demas Dioses no son mas que otros tantos rayos; y finalmente adonde se alimentaban viendo aquel objeto, hasta que no pudiendo soportar mas su resplandor, volvian á baxar á su ordinaria habitacion.

Las Deidades inferiores freqüentaban en aquel tiempo los jardines de Hespérides, y se complacian en conversar con los hombres. Las pastoras eran amadas de los Dioses, y las Diosas no se desdeñaban de amar á los pastores. Las Gracias, esto es, las virtudes, los acompañaban por todas partes. ¡Mas ay! aquel feliz siglo no duró mucho tiempo. Rehusando un dia los hombres el seguir el carro de Júpiter, se quedáron en el campo de Hecates, embria-

gáronse de néctar, perdiéron el gusto de la pura verdad, y separáron el amor del placer del amor del órden. Las pastoras se miráron en las fuentes, y se enamoráron de su propia belleza. Cada una puso en sí misma todos sus pensamientos. El amor dexó la tierra, y desapareciéron con él todas las Divinidades celestiales. Los Dioses Silvanos se convirtiéron en Satiros, las Napeas en Bacanales, y las Nayades en Sirenas. Las virtudes y las gracias se separáron, y el amor propio, padre de todos los vicios, produxo la concupiscencia, orígen de todas las miserias.

Toda la naturaleza se transformó en esta esfera inferior. El Sol no tiene ya la misma fuerza, ni la misma belleza: su luz es opaca. Cúbrese la tierra de una corteza espesa, obscura y fea. Destrúyense los jardines de Hespérides. Arruinase nuestro globo; abrense los abismos, y le inundan; los mares le dividen en islas y continentes. Las fértiles colinas se convierten en escarpados peñascos, y los deliciosos valles en precipicios espantosos. Nada queda del

antiguo mundo mas que ruinas sumergidas en el agua.

Abátense las alas del alma, rómpese su carro sutil, y los espíritus son precipitados á los cuerpos mortales, en donde padecen varias transmigraciones, hasta que estan purgados de sus crímenes por medio de penas expiatorias. De este modo el siglo de Hierro sucedió al de Oro, el qual durará diez mil años, en cuyo tiempo Saturno permanecerá oculto en un retiro inaccesible; pero al fin volverá á tomar las riendas de su Imperio, y restituirá el órden al universo. Todas las almas se reunirán entónces á su principio.

Esta es la alegoría, continuó Pitágoras, con que Orfeo y las Sibilas nos han hecho comprehender el primer estado del hombre, y la miseria en que habia caido. Nuestro cuerpo mortal es el castigo de nuestros delitos, y el desórden de nuestro corazon es una prueba evidente de nuestra degradacion.

Conozco, dixo Cyro, que en lo substancial los principios de Zoroastro, Her-

mes y Orfeo son los mismos. Todas sus alegorías abundan en verdades sublimes: ¿por qué pues vuestros Sacerdotes quieren reducirlo todo á un culto exterior? Solo me han hablado de Júpiter, como de un Legislador que promete su néctar y ambrosía, no á las virtudes sólidas, sino á la creencia de ciertas opiniones, y á la observancia de algunas ceremonias, que ni sirven para ilustrar el entendimiento, ni para purificar el corazon.

La corrupcion y la avaricia de los Sacerdotes, replicó Pitágoras, son el orígen de todos estos males. Los Ministros de los Dioses, establecidos principalmente para hacer buenos á los hombres, convierten el sacerdocio en un vil comercio, y solo miran con cuidado lo exterior de la Religion. Los espíritus vulgares, no entendiendo la misteriosa significacion de los ritos sagrados, caen en una grosera supersticion, al paso que los hombres atrevidos é inconsiderados se abandonan á la impiedad.

Este es el orígen de las diferentes sectas

que inundan la Grecia. Unos desprecian aun la mas pura antigüedad: otros niegan la necesidad de un culto exterior: otros no reconocen la Sabiduría eterna por causa de los males y crímenes que acaecen acá baxo. Anaxîmandro y sus audaces discípulos, actualmente esparcidos por toda la Grecia, enseñan que Dios y la naturaleza son una misma cosa. Cada uno forma un sistema á su modo, sin respetar la doctrina de los antiguos.

Quando Cyro le oyó nombrar á Anaxîmandro le dixo. Me han informado de la causa de vuestras desgracias y de vuestro destierro; pero tengo gran deseo de saber por menor la disputa que tuvisteis con el Filósofo Milesiano. Decidme, ¿de qué modo impugnasteis su doctrina? Quizá me servirá para precaverme de sus perniciosas máxîmas. Yo he visto en Ecbactana muchos Magos, que hablaban el mismo lenguage que Anaxîmandro. Los errores del entendimiento humano son casi los mismos en todos los paises y en todos los tiempos. . . . .

Los particulares de esta disputa, respondió Pitágoras, son largos: sin embargo no quiero ser corto en referirlos por no ser obscuro

Habiendo vuelto á Samos despues de mis viages, continuó el Filósofo, hallé que Anaxîmandro habia esparcido por todas partes su impia doctrina, y que los jóvenes la habian adoptado. El amor de la novedad, la inclinacion á lisonjear sus pasiones, y la vanidad de creerse mas sabios que los demas hombres, habian cegado su entendimiento, y arrastrádolos á aquellos errores.

Para remediar tantos males impugné los principios del Milesiano, quien me citó para ante un tribunal de Pontífices en el templo de Apolo, adonde el Rey y todos los grandes se habian juntado. Él empezó su discurso representando mi doctrina baxo la forma mas odiosa, dió á mis palabras interpretaciones falsas y maliciosas, y procuró hacerme sospechoso de la impiedad de que él mismo era culpable. Entónces me levanté, y hablé del modo siguiente.

¡O Rey, imágen del gran Júpiter! ¡O

Sacerdotes de Apolo, y vosotros ó Jueces que estais aquí juntos, oidme y juzgad de mi inocencia! Yo he viajado por todas las naciones del mundo para aprender la verdadera ciencia, la qual únicamente se halla en la tradicion de los antiguos, y he averiguado que desde el orígen de todas las cosas no han adorado los hombres mas que un Principio eterno: que todos los Dioses de la Grecia no son mas que nombres diferentes para expresar los atributos de la Divinidad, las propiedades de la naturaleza, ó las virtudes de los héroes.

Es máxîma constante de todos los Pueblos que los hombres no son ahora lo que eran en el siglo de Oro: que se han envilecido y degradado, y que la Religion es el único medio para restablecer al alma en su primera grandeza, para hacer crecer otra vez sus alas, y elevarla á las eternas regiones de donde cayó.

Nuestra primera obligacion, como hombres, consiste en exercer las virtudes civiles y sociales, y despues asemejarnos á los Dioses por un amor desinteresado de lo

bello y perfecto, es decir, amando la virtud por sí misma. Este es el único culto digno de los Inmortales, y esta es toda mi doctrina.

Levántase despues Anaxîmandro en medio de la Asamblea: su edad, su talento, y su reputacion consiguen que se le escuche con silencio y atencion universal. Pitágoras, dixo, destruye la Religion con sus sutilezas. Su amor á lo perfecto es una quimera. Consultemos la naturaleza, exâminemos todos los escondrijos del corazon del hombre, preguntemos á todas las naciones, y hallarémos que el amor propio es el orígen de todas nuestras acciones, de todas nuestras pasiones, y aun de todas nuestras virtudes. Pitágoras se pierde en sus abstractos pensamientos. Yo me ciño á la simple naturaleza, y en ella hallo mis principios. La uniformidad de todos los pareceres autoriza mi doctrina: este género de prueba es el mas corto, y el mas convincente.

Anaxîmandro, repliqué yo, substituye las pasiones á los justos sentimientos. Afirma atrevidamente; pero nada prueba. Yo

no uso tal método. Estas son mis pruebas.

Los Dioses hacen bien sin interes alguno. El alma es una parte de su substancia, y por consiguiente puede imitarlos, y amar la virtud por sí misma. Tal era la primitiva naturaleza del hombre. Anaxîmandro no puede negar esto sin trastornar la Religion.

Esta doctrina influye en todas las obligaciones sociales. Si no podemos amar mas que lo que mira á nosotros mismos, cada miembro de la sociedad llegará poco á poco á considerarse como un ser independiente hecho para sí mismo. No habrá razon para sacrificar el interes particular por el bien público. Se destruirán los nobles sentimientos y las virtudes heroycas. Además todos los crímenes ocultos serán inmediatamente autorizados, si la virtud no es amable por sí misma: cada uno la abandonará quando pueda ocultarse á los ojos del público: cometerá sin remordimiento todo género de iniquidades, siempre que el interes le compela, y el temor no le contenga; en cuyo caso será des-

truida toda sociedad. Reflexionad, pues, sobre la Religion ó la Política, y vereis que ambas prueban mi doctrina.

Anaxîmandro respondió á esto diciendo. Pitágoras no solo no conoce la naturaleza humana, sino que tambien ignora la historia de los Dioses. Si debemos asemejarnos á ellos, como él dice, nadando ellos en delicias allá arriba, es preciso que amemos los placeres si queremos imitarlos. Los Dioses solo nos dan las pasiones para que podamos satisfacerlas. El mismo Júpiter nos da el exemplo. El deleyte es la gran ley así de los Inmortales como de los mortales; su atractivo es irresistible: él es el único resorte del corazon del hombre.

Nosotros siempre amamos con gusto, respondí yo, pero no siempre por mero placer. Podemos amar la justicia por el bien que nos procura; pero tambien podemos amarla por sí misma. En esto consiste la diferencia entre la virtud heroyca y la comun. El verdadero héroe hace nobles acciones por motivos nobles.

¡O Samios! Anaxîmandro no solamente

intenta ofuscar vuestros entendimientos, sino tambien corromper vuestras costumbres. Os engaña ciñéndose al sentido literal de vuestra Mitología. Los Dioses, exêntos de fragilidades humanas, no baxan á la tierra para saciar sus pasiones. Todo lo que la sabia antigüedad nos dice de los amores de Júpiter y de otras Divinidades, no son mas que alegorías ingeniosas para manifestar el trato inocente que los Dioses tenian con los hombres en el siglo de Oro. Pero los Poetas, que solo intentan agradar y arrebatar la imaginacion, amontonando maravillas sobre maravillas, han desfigurado vuestra Mitología con sus ficciones.

Anaxîmandro me interrumpió exclamando: ¿Sufrireis ¡ó Samios! que se destruya de este modo vuestra Religion, volviendo sus misterios en alegorías, blasfemando contra los sagrados libros de vuestros Poetas, y negando los hechos mas indubitables de la tradicion? Pitágoras echa por tierra vuestros altares, vuestros templos y vuestro sacerdocio, para conduci-

ros á la impiedad con pretexto de destruir la supersticion.

Levantóse inmediatamente en la Asamblea un confuso murmullo. Dividiéronse los pareceres; pero la mayor parte de los Sacerdotes me trató de impio y enemigo de la Religion. Conociendo pues el profundo disimulo de Anaxîmandro, y el ciego zelo del Pueblo engañado con sofisterías, me fue imposible el contenerme; y levantando la voz dixe.

¡O Rey, ó Sacerdotes, ó Samios! oidme por la última vez. No he querido al principio descubrir los misterios del monstruoso sistema de Anaxîmandro, ni hacer odiosa su persona en una Asamblea pública, como él ha procurado hacer la mia. Hasta aquí he respetado sus canas; pero ahora que veo el abismo en que intenta precipitaros, no puedo callar mas sin ser traydor á los Dioses y á mi patria.

Anaxîmandro os parece zeloso por la Religion; pero en realidad procura destruirla. Oid los principios que enseña secretamente á los que quieren escucharle.

Nada hay en el universo mas que materia y movimiento. En el profundo seno de una materia infinita todo se produce por medio de una eterna revolucion de formas. Unas se destruyen, y otras nacen. La diferente disposicion de los átomos hace las diferentes clases de almas; pero todo se disipa y se sumerge en el abismo despues de la muerte. Segun Anaxîmandro lo que ahora es piedra, madera ó metal, puede disolverse no solamente en agua, ayre y pura llama, sino tambien en almas racionales. Segun él, nuestros vanos temores han forjado los abismos infernales, y nuestra asombrada imaginacion es el orígen de aquellos famosos rios que corren en el tenebroso tártaro. Nuestra supersticion, dice, ha poblado las regiones celestes de Dioses y Semidioses, y nuestra vanidad nos ha hecho imaginar que algun dia beberémos néctar en su compañía. La bondad y la malicia, la virtud y el vicio, la justicia y la injusticia no son mas que nombres que damos á las cosas, segun nos agradan ó desagradan. Los hom-

bres nacen viciosos ó virtuosos, como feroces los tigres y mansos los corderos. Todo es efecto de un destino invencible; y nosotros pensamos que escogemos, solo porque la dulzura del placer oculta la fuerza que nos arrastra sin poder resistir. Este es ¡ó Samios! el espantoso precipicio á que os quiere conducir.

Estando yo hablando de este modo, los Dioses se declaran á mi favor. Retumban los truenos, mézclanse los vientos impetuosos, y confunden los elementos. Toda la Asamblea se llena de horror y de espanto. Arrodíllome al pie del altar, y digo en alta voz: ¡O Dioses, dad testimonio de la verdad, cuyo amor únicamente nos inspirais! Una profunda calma sucede inmediatamente á la tempestad. Toda la naturaleza se serena y calla; en fin una voz divina parece salir de lo mas interior del templo, diciendo: los Dioses no obran por interes, sino por mero amor del bien; no podeis honrarlos dignamente sin asemejaros á ellos [1].

1 Hier. Sobre los versos dorados de Pitágoras.

Los Sacerdotes, y la multitud, mas movidos del citado prodigio, que de la verdad, mudáron de parecer y se declaráron á favor mio. Anaxîmandro lo conoció, é imaginando qúe yo habia corrompido á los Sacerdotes para engañar al Pueblo, se cubrió con un nuevo género de hipocresía, y dixo á la Asamblea. El Oráculo ha hablado, y yo debo callar. Creo, pero no estoy ilustrado; mi corazon está conmovido; mas aun no está convencido mi entendimiento. Deseo hablar en particular con Pitágoras para instruirme con sus razonamientos.

Pareciéndome que Anaxîmandro habia hablado con sinceridad, me enternecí; le abracé, llorando de alegría, á presencia del Rey y de los Pontífices, y le llevé á mi propia casa. Imaginando el infeliz impio que era imposible que un hombre de entendimiento no pensase como él, creyó que yo afectaba este zelo de religion, únicamente para captarme la voluntad del Pueblo. Apénas estuvimos solos quando mudó de estilo, y me dixo.

Nuestra disputa se reduce á esta qüestion. Si la Naturaleza Eterna obra con sabiduría y designio, ó toma por mera necesidad todo género de formas. No nos alucinemos con preocupaciones vulgares. Un Filósofo no puede creer sino quando se ve forzado por una evidencia completa. Yo solo discurro sobre lo que veo; y nada veo en toda la Naturaleza mas que una inmensa materia y una fuerza infinita. Esta materia activa es eterna: luego una fuerza activa infinita es preciso que dé en un tiempo eterno todo género de formas á una materia inmensa. Ella ha tenido otras diversas de las que vemos al presente, y tomará sucesivamente otras nuevas. Todo se ha mudado; todo se muda y se mudará. Tal es el círculo eterno en que ruedan los átomos.

Todo lo que decis, repliqué yo, no es mas que una sofistería, y no una prueba. Decis que nada veis en toda la Naturaleza mas que una infinita actividad, y una inmensa materia. Lo concedo, pero ¿por ventura se sigue de aquí que la actividad

infinita es propiedad de la materia? Añadís que la materia es eterna, y quizá será así [1], porque la fuerza infinita, que siempre está en accion, podrá haberla produducido; ¿mas demostrais con esto que ella sea la única substancia exîstente? Tambien convendré en que la fuerza omnipotente pueda dar en una duracion eterna todo género de formas á una materia inmensa; ¿pero se prueba con esto que la fuerza obra por una ciega necesidad y sin designio? Aun quando admitiese vuestros principios, me era indispensable negar vuestras conseqüencias, las quales me parecen absolutamente falsas. Estas son mis razones.

La idea que tenemos de la materia, no incluye necesariamente la de la actividad. La materia no dexa de ser materia quando está en un perfecto reposo; ni puede recobrar por sí misma el movimiento quando le ha perdido. De lo que infiero que no es activa por sí misma; y por consi-

1 Véase el Discurso citado.

guiente que la fuerza infinita no es una de sus propiedades.

Ademas yo percibo en mí mismo, y en muchos seres que me rodean, un principio que raciocina, siente, piensa, compara y juzga. Luego es un absurdo suponer que la materia sin entendimiento ni sensacion pueda sentir y entender solo por mudar de lugar y forma. No hay ciertamente conexîon entre estas ideas. Concedo tambien que la vivacidad de nuestras sensaciones depende ordinariamente del movimiento que tienen los humores en el cuerpo. Esto prueba que el espíritu y el cuerpo estan unidos; pero no que sean una misma cosa. De todo lo qual colijo que hay en la Naturaleza otra substancia ademas de la materia; y por consiguiente, que puede haber una Soberana Inteligencia muy superior á la vuestra, á la mia, y á la de todos los demas.

Para conocer si hay una Inteligencia tal recorro todas las maravillas del universo; observo la constancia y la regularidad de sus leyes, la fecundidad y variedad de

sus producciones, la conexîon y proporcion de sus partes, la estructura de los animales y de las plantas, el órden de los elementos, y las revoluciones de los cuerpos celestes. No puedo dudar que todo esto es efecto del arte, de la invencion y de una Infinita Sabiduría. De lo que infiero, que la fuerza infinita, que conoceis en la Naturaleza, es una Soberana Inteligencia.

Me acuerdo, dixo Cyro interrumpiéndole, que Zoroastro me descubrió todas esas maravillas. Una vista superficial de ellas puede dexar el alma en suma incertidumbre; pero quando descendemos á los particulares, quando entramos en el santuario de la Naturaleza, y estudiamos á fondo sus secretos, es imposible dudar mas. No comprehendo como Anaxîmandro pudo resistir á la fuerza de vuestros argumentos.

Despues de haberle expuesto, prosiguió Pitágoras, los motivos que me obligaban á creer, le supliqué que me propusiese sus objeciones.

Un Ser infinitamente sabio y poderoso,

dixo él, es necesario que sea enteramente perfecto; es preciso que su bondad corresponda á su sabiduría, y que su justicia iguale á su poder: sin embargo, segun vuestro sistema, el universo está lleno de imperfecciones y de vicios; toda la naturaleza abunda de seres infelices y malos. No puedo pues concebir como un Ser soberanamente bueno, sabio y poderoso puede sufrir tantas miserias y tantos crímenes. La idea de una causa, infinitamente perfecta, me parece incompatible con efectos tan contrarios á su benéfica naturaleza. Esta es la razon de mis dudas.

¿Qué, le respondí yo, negareis lo que veis claramente, porque no comprehendeis lo que no veis? La mas pequeña luz nos obliga á creer; pero la grande obscuridad no es suficiente razon para negar. En este vislumbre de la vida humana los ojos del entendimiento son muy débiles, aun para mostrarnos con evidencia los primeros principios. Solamente los vemos á lo léjos por un instantáneo rayo de luz, que basta para guiarnos, mas no para disipar

toda la obscuridad. ¿ Despreciareis las pruebas mas convenientes de una Inteligencia Soberana porque no veis las razones secretas de su conducta? ¿ Negareis la Sabiduría Eterna solo porque no podeis concebir como puede subsistir el mal baxo su gobierno? ¡ Ó Anaxîmandro! ¿ Es esto raciocinar?

Vos me agraviais, replicó Anaxîmandro: yo ni afirmo, ni niego cosa alguna; pero dudo de todo, porque no veo nada demostrado, y me hallo en la necesidad de fluctuar siempre en un mar de incertidumbre [1].

Conocí que su ceguedad le conducia á todo género de absurdos. Resolví seguirle hasta la orilla del precipicio, y mostrarle sus horrores para librarle despues de él. Sigamos, le dixe, paso por paso las conseqüencias de vuestro sistema.

[2] Demostrar es probar no solamente que una cosa es, sino tambien que es im-

1 Véase el Discurso citado.

2 Hablo de la demostracion geométrica y metafísica.

posible que no sea. Vos no podeis probar de este modo la exîstencia de los cuerpos, ¿y sería esto suficiente para que dudaseis que los hày aquí? Se puede demostrar la conexîon de las ideas; pero los hechos solo se pueden probar con testimonio de los sentidos. El exîgir demostracion en materia de sentir y apelar á los sentidos, donde es necesaria la demostracion, es invertir la naturaleza de las cosas, es la misma locura que si se desease ver los sonidos y oir los colores. Quando tenemos fuertes razones para creer, y nada nos obliga á dudar, el alma debe rendirse á la evidencia. Esto no es una demostracion geométrica, ni es una mera probabilidad; pero sí una prueba suficiente para determinarnos á creer [1].

Los sentidos, dixo Anaxîmandro, or-

1 El orígen del Pirronismo proviene de no hacer distincion entre demostracion, prueba y probabilidad. Demostracion es quando lo contradictorio es imposible. Prueba, quando las razones de creer no nos dexan pretexto para dudar. Probabilidad, quando hay mas motivo para creer que para dudar.

dinariamente nos engañan, y por consiguiente no debe ser creido su testimonio. La vida quizá no es mas que un sueño perpetuo, en el que todo es ilusion.

Convengo, le repliqué, en que los sentidos nos engañan muchas veces; pero es esta una prueba de que siempre lo hacen así, y que jamas se debe confiar en ellos. Yo creo que hay cuerpos, no solo por el testimonio de uno ó mas sentidos, sino por el testimonio unánime de todos los sentidos, de todos los hombres, de todos los tiempos, y de todos los lugares. Luego así como las ideas universales é inmutables son como demostraciones en las Ciencias, así tambien la continua armonía, y casi infinita combinacion de nuestros sentidos, son pruebas en punto de hechos.

Os he traido, replicó Anaxîmandro, adonde queria. Nuestras ideas son tan inciertas como nuestros sentidos. No hay demostraciones, ni verdades inmutables y universales. No sé ciertamente si exîsten algunos otros seres ademas del mio. Pero aun quando así sea, lo que á unos pare-

ce cierto, á otros parece falso. Luego no se sigue que una cosa es verdadera porque nos parezca tal. Un entendimiento, que suele engañarse muchas veces, puede engañarse siempre. Esta sola posibilidad es suficiente para hacerme dudar de todas las cosas.

Tal es la naturaleza de nuestro entendimiento, dixe yo, que no podemos rehusar el hacer homenage á la verdad quando claramente se percibe: ántes bien nos persuade de modo que nos quita aun la libertad de dudar. Esto es lo que los hombres llaman evidencia y conviccion. El entendimiento humano no puede adelantar mas.

¡Ó Anaxîmandro! pensais que raciocinais mejor que los demas; pero por sutilizar demasiado destruis la pura razon. Observad la inconstancia de vuestro entendimiento, y la contradiccion de vuestro discurso. Al principio queríais demostrarme que no hay Inteligencia Soberana. Despues de haberos manifestado que vuestras pretendidas demostraciones eran solamente unas vagas suposiciones, os refugiais á una

duda general. En fin vuestra Filosofía se dirige á destruir la razon, despreciando toda evidencia, y sosteniendo que no hay ninguna regla para poder juzgar con seguridad; y por lo mismo es inútil hablaros mas.

Aquí callé para ver lo que respondia; y viendo que no decia nada, continué así mi discurso. Supongo que dudais seriamente; pero es la falta de luz ó el temor de ser convencido lo que causa vuestras dudas. Entrad en vos mismo. La sabiduría mejor se hace sentir que entender. Escuchad la voz de la Naturaleza, que habla en vuestro interior, y vereis como reprueba inmediatamente vuestras sutilezas. Vuestra insaciable sed de felicidad desmentirá á vuestro alucinado entendimiento, que se regocija con la inhumana esperanza de vuestra cercana extincion. Entrad, vuelvo á decir, una vez en vos mismo: imponed silencio á vuestra imaginacion y á vuestras pasiones, y hallareis en lo íntimo de vuestra alma un inexplicable conocimiento de la Divinidad, que no os permitirá dudar. Entónces ve-

reis la evidencia de esta verdad, y vuestro entendimiento se reconciliará con vuestro corazon. De su reconciliacion depende la paz del alma. Solo en esta tranquilidad podemos oir la voz de la Sabiduría, que suple los defectos de nuestros raciocinios. Aquí acabó Pitágoras su relacion; y Cyro le dixo.

Unis las razones mas patéticas á los argumentos mas sólidos. Ya consultemos la idea de la Primera Causa, ya la naturaleza de sus efectos, la felicidad del hombre, ó el bien de la sociedad, la razon ó la experiencia, todo conspira á probar vuestro sistema; pero para sostener el de Anaxîmandro es menester conceder, contra toda razon, que el movimiento es una propiedad esencial de la materia, que esta es la única substancia exîstente, y que la fuerza infinita obra sin conocimiento ni designio, no obstante de todas las señales de la Sabiduría que resplandecen en el universo.

No concibo como los hombres pueden dudar entre los dos sistemas. El uno es

obscuro para el entendimiento; quita todo consuelo al corazon, y destruye la sociedad: el otro está lleno de luz y de ideas consoladoras; produce nobles sentimientos, y fortalece todas las obligaciones de la vida civil.

Ademas, me parece que propusisteis con mucha moderacion vuestros argumentos, los quales creo que son indisolubles y demostrativos. Es necesario que uno de los dos sistemas sea verdadero. Ó la Naturaleza Eterna es una materia ciega, ó una sabia Inteligencia; no hay medio. Habeis probado que la primera opinion es absurda; luego es evidente que la otra es verdadera y sólida. Decidme, pues, ¡ó Sabio Pitágoras! ¿qué impresion hiciéron vuestros discursos en Anaxîmandro?

Se retiró, respondió el Filósofo, confuso, desesperado y resuelto á perderme. El corazon de Anaxîmandro estaba como los débiles ojos, que el sol deslumbra y ciega.

Ni los prodigios, ni las pruebas, ni ningunas otras consideraciones, pueden mo-

ver al alma quando el error se ha apoderado del entendimiento por causa de la corrupcion del corazon.

Despues que partí de Samos he oido que ha caido en la loca extravagancia que yo habia previsto. Resuelto á no creer sino lo que se le demuestre con una evidencia geométrica, ha llegado no solo á dudar de las verdades mas ciertas, sino tambien á creer los mas grandes absurdos. Sostiene, sin ninguna alegoría, que todo lo que ve no es mas que un sueño: que todos los hombres, que le rodean, son fantasmas: que él mismo es quien se habla y se responde quando habla con ellos: que el cielo, la tierra, las estrellas, los elementos, las plantas y los árboles no son mas que ilusiones; y en una palabra, que en el mundo no hay nada real sino él mismo.

Al principio queria destruir la Esencia Divina, substituyendo en su lugar una naturaleza ciega: ya ha destruido esta misma naturaleza, y defiende que él es el único ser exîstente [1].

1 Los Egoistas modernos usan el mismo lengua-

Así se acabó la conversacion entre Cyro y Pitágoras. El Príncipe se condolió mucho, considerando la debilidad del entendimiento humano. El exemplo de Anaxîmandro le hizo ver que los ingenios mas sutiles pueden pasar de grado en grado de la impiedad á la extravagancia, y caer en un delirio filosófico, el qual es tan verdadera locura como otra qualquiera.

Cyro fué el dia siguiente á ver al Sabio para hacerle algunas preguntas sobre las leyes de Minos. La paz que goza la Persia, dixo á Pitágoras, me permite el poder viajar con tranquilidad. Paso por los paises mas famosos, para aprender los conocimientos mas útiles. He estado en Egipto, donde me informé de las leyes y del gobierno de aquel reyno. He viajado por Grecia, para conocer por mí mismo el estado de las diferentes Repúblicas que la componen, especialmente las de Lacedemonia y Atènas.

Las antiguas leyes de Egipto me han

ge que usó en otro tiempo Carneades. Véase el Discurso citado.

parecido excelentes y fundadas en la naturaleza; pero su forma de gobierno era defectuosa. Los Reyes no tenian ningun freno para contenerlos. Los treinta Jueces no eran mas que meros intérpretes de las leyes. En fin el despotismo y las conquistas destruyéron aquel Imperio.

Temo que Atenas se arruine por el defecto contrario. Su gobierno es muy popular y tumultuoso. Las leyes de Solon son buenas; pero no ha tenido bastante autoridad para reformar el genio de un Pueblo excesivamente inclinado á la libertad, al luxo y á los deleytes.

Licurgo ha remediado los males que han arruinado el Egipto, y quizá destruirán á Atenas; pero sus leyes son muy contrarias á la naturaleza. La igualdad de clases, y la comunidad de bienes no puede subsistir mucho tiempo. Ademas, sus leyes refrenan por una parte las pasiones, y por otra les dan demasiada soltura; y al mismo tiempo que proscriben la sensualidad favorecen la ambicion.

Ninguna de estas tres formas de go-

bierno me parece perfecta. Me han dicho que la que Minos estableció en otro tiempo en esta Isla, no tiene ninguno de los defectos que he mencionado.

Pitágoras admiró la penetracion del jóven Príncipe, y le conduxo al templo, donde las leyes de Minos estaban guardadas en una caxa de oro.

Cyro halló en ellas todo lo que miraba á la Religion, á la Moral, á la Política, y quanto podia contribuir al conocimiento de los Dioses, de sí mismos, y de los demas hombres. En el mismo sagrado libro encontró tambien lo mas excelente de las leyes de Egipto, Esparta y Atenas, por lo qual comprehendió que así como habia sido útil á Minos el conocer al Egipto, así Licurgo y Solon debian al Legislador de Creta la mejor parte de sus instituciones. Sobre este mismo modelo formó tambien Cyro las admirables leyes, que estableció en su Imperio despues de haber conquistado el Asia.

Pitágoras le explicó despues la forma de gobierno de la antigua Creta, segun el

qual se precavia igualmente el despotismo y la anarquía. ¿Quién hubiera pensado, añadió el Filósofo, que una constitucion tan perfecta en todas sus partes no habia de haber subsistido siempre? Los sucesores de Minos reynáron ciertamente algunos siglos como hijos dignos de tal padre; pero fuéron poco á poco degenerando. No creyéndose bastante grandes, siendo solo protectores de las leyes, quisiéron substituirlas su arbitraria voluntad. Los Cretenses se opusiéron á las innovaciones, y de aquí proviniéron las discordias, y las guerras civiles. En estas turbulencias los Reyes fuéron destronados, desterrados ó muertos, y los usurpadores ocupáron su lugar. Estos, para lisonjear al Pueblo, debilitáron la autoridad de los Nobles. Los Diputados del Pueblo invadiéron la autoridad soberana, se abolió la Monarquía, y el gobierno se hizo popular.

Tal es la triste condicion de las cosas humanas. El deseo de una autoridad ilimitada en los Príncipes, y el amor de la independencia en el Pueblo, expone á to-

dos los reynos á inevitables revoluciones. Nada es fixo ni estable entre los hombres. Sus pasiones, tarde ó temprano, derogan las mejores leyes.

Cyro comprehendió por esto que la seguridad y felicidad de un reyno no depende tanto de que sus leyes sean sabias, como de la sabiduría de sus Reyes. Tampoco es la forma de gobierno la que hace felices á los pueblos: todo depende de la conducta de sus Gobernadores, de la pronta execucion de las leyes, y de su exâcta observancia. Todos los Gobiernos son buenos quando los que gobiernan buscan solamente el bien público; pero siempre serán defectuosos, porque siendo hombres los Gobernadores, son imperfectos.

El Príncipe, despues de haber tenido varias conversaciones de esta naturaleza con el sabio Samio, se preparó en fin para continuar sus viages; y al partir le dixo: siento infinito veros abandonado á la crueldad de una fortuna caprichosa. ¡Quan dichoso seria yo si vinieseis á Persia á vivir en mi compañía! No os ofrezco ni place-

res ni riquezas, que tanto atraen á otros hombres, pues conozco que os moverian poco. Sois superior á los favores de los Reyes, porque conoceis la vanidad de la grandeza humana; pero os ofrezco en mis Estados paz, libertad, y la dulce tranquilidad que los Dioses conceden á los que aman la sabiduría.

Me alegraria verdaderamente, respondió Pitágoras, el vivir baxo vuestra proteccion con Zoroastro y los Magos; pero me es preciso seguir las órdenes que se me han dado por el Oráculo de Apolo. En Italia se levanta un poderoso Imperio, que algun dia se hará dueño del mundo. Su forma de gobierno es semejante á la que Minos estableció en Creta. El genio del Pueblo es tan guerrero como el de los Espartanos. El generoso amor de su patria, la estimacion de la pobreza personal para aumentar el erario, los sentimientos nobles y desinteresados, que prevalecen entre los Ciudadanos, su desprecio á los placeres, y su ardiente zelo por la libertad, los hace aptos para conquistar to-

do el universo. Voy á enseñarlos á conocer á los Dioses, é instruirlos en las leyes que deben observar. Me es preciso dexaros; pero mi corazon os seguirá á todas partes. Extendereis sin duda vuestras conquistas, según lo han predicho los Oráculos. ¡Los Dioses os preserven entónces de embriagaros con la autoridad soberana! Ellos os hagan sentir el placer de reynar únicamente para hacer felices á los demas. La fama me informará de vuestros sucesos. Yo preguntaré con freqüencia: ¿la grandeza del mundo ha mudado el corazon de Cyro? ¿ama aun la virtud? ¿continúa temiendo á los Dioses? Aunque es menester que ahora nos separemos, nos volveremos á encontrar en la morada de los justos. ¡Ah Cyro! ¡quanto me alegraré de veros otra vez, despues de la muerte, entre los buenos Reyes, que son coronados por los Dioses de gloria inmortal! A Dios, Príncipe, á Dios. No os acordeis de usar de vuestro poder, sino para manifestar vuestra bondad.

Cyro estaba tan enternecido, que no pu-

do hablar. Abrazó con respeto á aquel venerable viejo, y le bañó el rostro con lágrimas; pero en fin fuéles preciso el separarse. Pitágoras se embarcó inmediatamente para Italia, y el Príncipe en una nave Fenicia para Tiro.

Conforme se iban apartando de Creta, y las costas de Grecia perdiéndose de vista, Cyro sintió un gran pesar. Acordándose de todo lo que habia visto y oido en aquellos paises, dixo á Araspes: ¿Es esta la nacion que se me habia pintado como superficial y frívola? Yo he hallado en ella grandes hombres de todas especies, profundos Filósofos, hábiles Guerreros, sabios Políticos, y genios capaces de comprehender lo mas alto y profundo de todas las cosas.

Es verdad que mas aman los conocimientos agradables, que las ideas abstractas: las artes de imitacion, que las sutiles teorías; pero no desprecian las Ciencias sublimes. Al contrario, se aventajan en ellas quando se aplican á su estudio.

Aman á los extrangeros mas que las de-

mas naciones, por lo qual su país debe llamarse la patria comun del género humano. Parece ciertamente que algunas veces estan embebecidos en bagatelas y entretenimientos pueriles; pero los grandes hombres de la Grecia poseen el secreto de preparar los negocios mas importantes quando se estan divirtiendo. Conocen que el espíritu necesita descansar de quando en quando; mas entónces ponen en movimiento las mas grandes máquinas con los muelles mas pequeños. Miran la vida como un juego semejante á los Olímpicos, en los que las danzas alegres se mezclan con exercicios penosos.

Admiro, dixo Araspes, la política de los Griegos, y todas sus bellas prendas para el trato; mas no puedo estimarlos ni por su talento, ni por su ciencia. Los Caldeos y los Egipcios los aventajan excesivamente en todos los conocimientos sólidos.

Yo soy de muy diferente parecer, replicó Cyro. Es evidente que hallamos ideas sublimes y descubrimientos útiles entre

los Caldeos y Egipcios; pero su profunda ciencia está muchas veces llena de obscuridad. No saben, como los Griegos, llegar á conocer las verdades desconocidas, encadenándolas con otras conocidas y fáciles. El método ingenioso de colocar cada idea en su propio lugar, de conducir por grados al entendimiento, desde las verdades mas sencillas, hasta las mas bien ordenadas, claras y breves, es un secreto poco conocido de los Caldeos y Egipcios, quienes se jactan de tener mas ingenio para inventar. Esta ciertamente es la verdadera ciencia, que enseña al hombre la extension y los límites de su entendimiento; y por lo mismo prefiero á los Griegos á las demas naciones, no por su urbanidad.

La verdadera política es comun á todos los hombres civilizados, de qualquier nacion que sean; no es peculiar de ningun Pueblo. La urbanidad exterior no es mas que la forma establecida en diferentes paises para expresar la cultura del alma. Prefiero la política de los Griegos á

la de las demas naciones, porque és natural y ménos embarazosa: ella excluye todas las solemnidades superfluas; su único objeto es facilitar y hacer agradable la sociedad y la conversacion. La urbanidad interior es muy diferente de la política civil.

No estuvisteis presente el dia que Pitágoras me habló sobre este asunto; y por lo mismo quiero informaros de sus ideas sobre la política, las que practica con exâctitud. Oid como la definió. Es una igualdad de alma, la qual excluye al mismo tiempo la insensibilidad y la facilidad en inclinarse: supone un vivo discernimiento para conocer inmediatamente los diversos caractéres de los hombres, y por una fácil condescendencia se acomoda al gusto de todos, no para lisonjear, sino para calmar sus pasiones. En una palabra, es un olvido de nosotros mismos, para buscar lo que puede agradar á los demas; pero de un modo tan fino que no conozcan nuestro intento. Sabe contradecir con respeto, y agradar sin adulacion. Está

igualmente distante de una insípida condescendencia y una baxa familiaridad.

Así fuéron conversando Cyro y Araspes, hasta que los vientos contrarios los obligáron á anclar en la costa de Chipre. El jóven Príncipe se aprovechó de esta oportunidad para visitar el templo de Pafos, y los montes de Idalia, consagrados á la madre del amor. La vista de aquellos famosos lugares le traxo á la memoria lo que Pitágoras le habia dicho sobre la corrupcion de los Poetas Griegos, y las monstruosas producciones de sus licenciosas y desarregladas imaginaciones. Ellos han degradado la primitiva Teología de Orfeo, baxando del empíreo las Deidades celestes, para colocarlas en las montañas de Grecia, como su mas alto cielo; y les han atribuido no solamente pasiones humanas, sino tambien los vicios mas vergonzosos [1]. Cyro no perdió el primer momento favorable para dexar esta Isla profana; y desembarcó muy presto en Tiro.

1 Véase el Discurso citado.





